

Obras literarias
de los combatientes de la División Azul:
rasgos germanófilos e influencias
nacionalsocialistas
durante la Segunda Guerra Mundial

Memòria d'investigació

AUTORA: Ulrike Pfeifer

DIRECTOR: Dr. José Servera Baño

Departament de Filologia Espanyola, Moderna i Llatina

Universitat de les Illes Balears

Palma de Mallorca, 11 de setembre de 2012

Índice

1. Objetivos de la memoria de investigación y metodología	4
2. La tradición germanófila en España desde el siglo XIX	6
2. 1. España y Alemania en la primera mitad del siglo XX	7
2. 2. Un ejemplo de la fascinación por lo alemán a principios del siglo XX: la obra de Pío Baroja	11
3. Afinidades con la ideología fascista en la literatura española hasta 1945	15
3. 1. La narrativa fascista en los años treinta.....	16
3. 2. Tendencias filonazis en obras españolas	18
3. 2. 1. Definición del concepto ‘filonazismo’	18
3. 2. 2. Algunas características de las obras de índole filonazi	19
3. 2. 3. Un resumen panorámico de las novelas españolas pro-germanas a partir de 1939	22
4. La literatura de la División Azul entre 1942 y 1945: un panorama	28
4. 1. Alberto Crespo Villoldo: <i>De las memorias de un combatiente sentimental</i> , 1945	34
4. 2. Enrique Errando Vilar: <i>Campaña de invierno</i> , 1943.....	40
4. 3. José Luis Gómez Tello: <i>Canción de invierno en el Este. Crónicas de la División Azul</i> , 1945	51
4. 4. José Martínez Esparza: <i>Con la División Azul en Rusia</i> , 1943.....	60
4. 5. Jesús Revuelta: “De cómo Erich Marie Remarque no estuvo en la División Azul”, 1943.....	69
5. Análisis de la novela divisionaria: <i>¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos, 1944</i>, de Rodrigo Royo Masía	72
5. 1. Rasgos y elementos quevedianos	75
5. 2. Referencias culturales.....	81
5. 3. La temática germanófila y filonazi.....	96
6. Conclusiones	105
7. Bibliografía	110

Agradecimientos

En el proceso de elaboración de esta memoria de investigación debo agradecer a mis tutores Dr. José Servera Baño y Dra. Ulrike Steinhäusl Molnar que han creído desde el primer momento en el proyecto y que han contribuido de manera decisiva a elaborar y mejorar el presente trabajo. Quisiera agradecerles el apoyo moral y el haberme animado a seguir con tesón y disciplina.

A título personal, debo destacar el inmenso apoyo moral y la paciencia infinita de Renate y Marc que me han ayudado con su sentido práctico, constructivo y comprensivo.

1. Objetivos de la memoria de investigación y metodología

Desde el punto de vista de la literatura comparada resulta interesante la imbricación entre la historia europea en el siglo XX y la literatura. El presente estudio parte de una perspectiva hispano-alemana y se centra en el tema de la guerra, ya que se considera que los acontecimientos bélicos del pasado siglo tuvieron un gran impacto en la literatura. Así, respecto a la relación historia y literatura parecen de mayor interés las obras literarias en torno a la Segunda Guerra Mundial.

El objetivo del presente estudio será el análisis de la narrativa española de un conjunto de escritores de la División Azul. Se trata de un grupo de jóvenes españoles voluntarios que se unió al ejército alemán con el fin de combatir a los rusos en 1941. Ha resultado de especial interés estudiar el intenso carácter germanófilo de este tipo de literatura, rasgo propio del momento.

Esta memoria consta de cinco grandes capítulos: en la primera parte se introducirá a la temática y se definirán las nociones claves del estudio. Con el fin de contextualizar el carácter germanófilo de las obras estudiadas, es necesario retroceder, en un segundo capítulo, al final del siglo XIX: es entonces cuando en España se fomenta una notable admiración cultural y literaria por Alemania. Así, se llegó a crear una larga tradición germanófila en España que gira alrededor del krausismo y también en la Institución Libre de Enseñanza.

Luego, en torno a la Primera Guerra Mundial, es interesante ver cómo se posicionan los escritores españoles respecto a la Alemania en guerra, antes tan admirada en lo cultural. Son años de convulsiones sociales y políticas que tienen una gran repercusión en la literatura, de ahí la necesidad de trazar los panoramas literarios y las escenas políticas de ambos países.

Uno de los escritores que muestra a lo largo de su obra, desde finales del siglo XIX hasta su muerte en 1956, una gran admiración por Alemania es Pío Baroja, aunque no es un caso aislado ya que en esa denominada edad de plata hay numerosos intelectuales españoles que comparten ese sentimiento. A fin de dar un ejemplo de las actitudes pro-germanas de la primera mitad del pasado siglo su obra se caracterizará brevemente en 2. 2.

El tercer capítulo –siguiendo un orden cronológico– versará sobre la consolidación de nacionalismos extremos tanto en Alemania como en España: en Alemania la ideología fascista goza de popularidad, basándose en el sistema anterior italiano, y se convierte pronto en el nacionalsocialismo de Hitler. Mientras tanto,

España sufre las consecuencias de la caída de la monarquía y los años convulsos de la Segunda República. A pesar de que en lo político España y Alemania no son comparables, se puede equiparar el crecimiento de sus valores nacionales, respectivamente, y abordar la cuestión de cómo se refleja dicho desarrollo de forma inmediata en la literatura española de la época, sobre todo en la narrativa.

Para una diferenciación clara y rigurosa de los términos empleados en este trabajo, es preciso definir algunas nociones o conceptos. Por ‘germanofilia’ se entiende, en un sentido muy general, toda simpatía o admiración por lo alemán en diferentes aspectos: En la literatura, ésta puede verse reflejada en forma de una simple admiración desde la lejanía, pero también puede llegar a ser una empatía notable con todo lo germano¹. En otros casos se puede hasta convertir en una inmersión de un extranjero en ese mundo. Al respecto, es necesario contextualizar y analizar las obras germanófilas ante un trasfondo histórico-político del momento. En este trabajo, el término ‘literatura germanófila’ engloba toda obra literaria que considere el tema de Alemania y los alemanes en sentido positivo. Además incluye todo tipo de alabanza de los demás países germano-parlantes y sus habitantes, como son Austria y la Suiza alemana.

A principios de los años treinta y con la toma de poder de los nacionalsocialistas en Alemania, el perfil de la actitud germanófila en España cambia. A muchos escritores y sus obras literarias se les puede atribuir entonces la característica ‘filonazi’, término que será definido en 3. 2. 1, ya que es clave para el análisis de las obras divisionarias.

Antes de estudiar estas últimas con más profundidad y a fin de contextualizarlas, se hace imprescindible establecer un pequeño catálogo de escritores germanófilos y filonazis que publican obras en prosa, narrativas y de ensayo de tema bélico durante la Segunda Guerra Mundial. Sus trabajos literarios se mencionarán en forma de un resumen panorámico a finales del tercer capítulo.

Esta introducción pretende servir de base para el análisis y la comprensión de obras de carácter fascista y pro-nacionalsocialista, como lo son las obras de los divisionarios. En los capítulos cuatro y cinco se caracterizarán seis obras representativas de combatientes de la División Azul. La novela que mayor repercusión obtuvo y la que se diferencia notablemente de las demás por su estilo literario es *¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos* de Rodrigo Royo Masía. Por su mayor calidad, y con el fin de

¹ DRAE (1992), ‘germanofilia’.

ofrecer un ejemplo de dicha literatura divisionaria, se estudiará en el quinto capítulo de manera más detallada.

El estudio se centra en la obra narrativa y también ensayística de la División Azul, publicada poco después de empezar la contienda hasta el final de la guerra, es decir, entre 1942 y 1945. Dejamos de lado, pendientes de un estudio mucho más amplio, las aportaciones poéticas y también las teatrales, que se han ido recopilando pero que sobrepasan el objetivo de este estudio.

En el capítulo de las conclusiones cabe preguntarse sobre la actualidad y el reconocimiento artístico de este tipo de literatura. Además, se resume el grado de actitud germanófila y filonazi que se desprende de las obras estudiadas.

2. La tradición germanófila en España desde el siglo XIX

A partir de los escritores de fin de siglo XIX se generaliza entre algunos sectores de intelectuales un gran interés por Alemania, su cultura y su lengua.

Alemania, hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, es considerada uno de los países líderes dentro de Europa en el ámbito cultural. Siguiendo una larga tradición germanófila, en España se valora la filosofía alemana, en especial las figuras de Kant, Schopenhauer y Nietzsche; en música, Beethoven, Schubert, Schumann, Wagner; y en literatura Goethe, Schiller, Novalis y E.T.A. Hoffmann (Ortiz de Urbina 2007: 194). A quienes se podrían añadir Hölderlin y Heine.

Muchos escritores y filósofos españoles comparten su predilección por la filosofía alemana. Uno de los filósofos que más repercusión tiene en la obra de los escritores del grupo del 98 es el antes mencionado Friedrich Nietzsche (1844-1900):

La influencia de Nietzsche en los autores de esta generación ha sido la más importante: Maeztu, Baroja, Azorín y Unamuno, sobre todo, ven en él un superador de la crisis pesimista schopenhaueriana que ellos mismos atravesaron en diversas fases de su vida (Berchem 1982: 19).

En cuanto a los escritores aquí mencionados, conviene retener que Baroja, debido a Paul Schmitz, su buen amigo suizo, se dedica especialmente a las teorías de Nietzsche e interpreta su obra de manera novelística².

De la siguiente generación o grupo cabe destacar la figura de José Ortega y Gasset, que tanto influye en los literatos españoles de la época, ofreciendo en sus escritos una imagen positiva de Alemania. Su biografía ya refleja claramente su actitud

² Véanse Orringer 2008: 142 y López García-Berdoy 1975: 19-22.

germanófila, pues recién doctorado, a los 22 años, en 1905, va a Alemania (Leipzig, Núremberg, Colonia, Berlín y Marburgo) para ampliar ahí sus estudios. Esta estancia le permite tener una perspectiva desde la distancia con su propio país, de manera que se convierte en una figura predestinada a introducir en España las ciencias y culturas europeas (Neuschäfer 1997: 340). Como filósofo demuestra especial admiración por la filosofía alemana:

Como el francés del siglo XVIII fue «progresista», el alemán del XIX ha sido «culturalista». Todo el alto pensamiento germánico, desde Kant hasta 1900, puede reunirse bajo esta rúbrica: Filosofía de la cultura. A poco que en él entrásemos veríamos su semejanza formal con la teología medieval. Ha habido sólo una suplantación de entidades, y donde el viejo pensador cristiano decía Dios, el contemporáneo alemán dice «Idea» (Hegel), «Primado de la Razón Práctica» (Kant, Fichte) o «Cultura» (Cohen, Windelband, Rickert) (Ortega y Gasset 1987: 109-110).

Ortega y Gasset impulsa y profundiza sobre el tema alemán, cuya hegemonía en aquellos momentos se mantendría en una buena parte de escritores durante la Primera Guerra Mundial:

[Unamuno y] Ortega y Gasset, el mentor de la siguiente generación de intelectuales españoles, eran profundos conocedores de la filosofía idealista alemana, la que vulgarizaron en España. Su obra es impensable sin ella como punto de referencia, como paradigma o como antítesis. Esta ligazón ha sido sin duda alguna componente importante en su amplia recepción en Alemania que pocos compatriotas suyos de sus generaciones consiguieron lograr (Berchem 1982: 19).

2. 1. España y Alemania en la primera mitad del siglo XX

Con el comienzo de la Primera Guerra Mundial en 1914 se dibuja un cambio de postura en las actitudes germanófilas de los españoles. Así, se distingue generalmente entre los intelectuales y escritores germanófilos también llamados defensores del Imperio Alemán, y los aliadófilos o francófilos (Ortiz de Urbina 2007: 194 y Rodríguez Richart 1986: 353). Conviene destacar en este contexto que:

[l]a mayoría de los intelectuales de peso españoles pertenecían, [...] al bando aliadófilo o germanófobo. Sin embargo, esto no fue obstáculo para que muchos de ellos se reconocieran todavía, aunque *con la boca pequeña*, admiradores de la cultura y la ciencia alemanas (Ortiz de Urbina 2007: 205).

Esto parece ser el caso de Ortega y Gasset quien, como se vio anteriormente, fue un gran admirador de Alemania y de su cultura, aunque durante la Primera Guerra Mundial se manifestó aliadófilo³. En realidad habría que distinguir entre la opción cultural inicial

³ “Dentro del bando aliadófilo, también denominado bando francófilo o antigermanófilo, encontramos así a personajes vinculados a la política de izquierdas: republicanos, socialistas, liberales e independientes. [...] Una gran mayoría de estos intelectuales se vinculan a la Institución Libre de Enseñanza, al

y lo que luego supuso la posición política del Imperio Alemán. Hasta cierto punto era lógico que intelectuales formados en el krausismo o estudiantes en I.L.E. admiraran las aportaciones culturales y literarias alemanas pero, al mismo tiempo, no asumieran la política del Imperio.

Más evidentes quedan las simpatías políticas en autores como Azorín y Blasco Ibáñez que defienden de forma ferviente la parte aliada. La lista de escritores que se declaran germanófilos es, no obstante, larga. Entre los novelistas y ensayistas son de mencionar –por orden de edad– Emilia Pardo Bazán⁴, Sinesio Delgado⁵, Carlos Arniches, Jacinto Benavente, Luis Antón del Olmet⁶, Pío Baroja, Manuel Bueno, José María Salaverría, Fernando de los Ríos, Julio Camba, Eugenio d’Ors, Wenceslao Fernández Flórez, Manuel García Morente así como otros escritores entonces aún más jóvenes como Dámaso Alonso, Edgar Neville y Enrique Herrero. Algunos de ellos realizaron aportaciones significativas sobre su admiración por lo germano. Así, entre otras, de especial interés en este contexto –su título lo indica– resulta la novela *Alemania. Impresiones de un español* (1916) de Julio Camba. Además destaca la obra germanófila de Eugenio D’Ors, en particular su obra de teatro *Guillermo Tell. Tragedia política* (1926), (Puerta 2003: 9) y también la obra en general del narrador Tomás Borrás. En el ámbito de la lírica bélica destaca el mismo Eugenio D’Ors y Francisco de Bonmatí, ambos dedican muchos de sus poemas a la Alemania de Hitler.

A pesar de que los alemanes pierden la Primera Guerra Mundial, un gran número de los escritores mencionados sigue manteniendo su afinidad con el mundo germano, confiando en una recuperación rápida del país centroeuropeo. Mientras en Alemania se establece a continuación, entre 1919 y 1933, la República de Weimar, España sufre las consecuencias directas del golpe de estado de Miguel Primo de Rivera y los posteriores años de la dictadura. En 1925, el ministro de Asuntos Exteriores, Gustav Stresemann, describe las buenas relaciones hispano-alemanas:

Nuestras relaciones con España se caracterizan por una amistad no perturbada desde hace siglos con dicho país, del cual no nos separan contradicciones políticas de ninguna

krausoinstitucionalismo y al regeneracionismo cultural y científico. Muchos de ellos se relacionan también entre sí por su documentada pertenencia a la Masonería española, como Luis Simarro, Menéndez Pallarés, Manuel Azaña, Ortega y Gasset o Menéndez Pidal y por su tendencia política progresista y de izquierda” (Ortiz de Urbina 2007: 198).

⁴ Compárese, entre otros, Pardo Bazán 1964: 22.

⁵ Sinesio Delgado fue, a finales del siglo XIX, director de la revista de carácter antimodernista *Madrid Cómico* para la que, entre otros, escribió también el autor Rafael López de Haro, escritor de actitudes germanófilas muy evidentes (Muñoz Olivares 1990: 70).

⁶ Véanse Rodríguez Richart 1986: 354 y Ortiz de Urbina 2007: 198.

índole, al que nos unen numerosos intereses culturales (Sepasgosarian 1933: 1, citado por Bernecker 2000: 112).

Para comprender mejor el crecimiento simultáneo de las ideas fascistas en ambos países, resulta imprescindible situarse en sus respectivos contextos político-sociales a principios de los años treinta:

El giro económico (y político) anunciado en Alemania y España en 1929/30 significaba para ambos países una importante cesura con numerosas consecuencias: En España, el dictador Miguel Primo de Rivera se retiró en enero de 1930; le sucedieron algunos gobiernos de corta vida y faltos de concepción (política), cuyo fracaso se reflejó en el éxito electoral de las fuerzas republicanas en abril de 1931. España se convirtió en una república, dando comienzo así a una de las fases más turbulentas de su historia contemporánea. – En Alemania, la ruptura de la Gran Coalición en marzo de 1930 anunció el inicio de la fase de gobiernos «presidencialistas» que iría acompañada de una crisis coyuntural de una intensidad hasta el momento desconocida con profundas consecuencias económicas y sociales. El nombramiento de Hitler como Canciller en 1933 selló el fin de la República de Weimar (Bernecker 2000: 112).

En aquellos acontecimientos está el germen de la posterior evolución del rumbo histórico español, por un lado, y de la historia alemana, por otro. Mientras en la España de 1931 se recibe con entusiasmo la República, aumenta en Alemania la popularidad de los nacionalsocialistas que ocuparán el poder en el país. En España, el partido falangista tiene entonces aún poco peso en la política⁷. Es tan sólo a partir del año 1936, cuando el nacionalsocialismo alemán y el fascismo español coinciden en el poder. Mientras que la historia española entonces se ve marcada por las consecuencias de la Guerra Civil, Alemania desata, poco tiempo después, la Segunda Guerra Mundial, con la invasión de Polonia en 1939. Es en esa época cuando el fascismo juega un papel primordial en ambos países aunque en dimensiones diferentes. Son precisamente estas circunstancias y su repercusión en la literatura que resultan de máximo interés para el presente estudio.

Durante la República de Weimar se produce un cierto estancamiento de la literatura germanófila en España, que sólo se recupera en torno a la victoria electoral de los nazis. En lo socio-histórico es interesante ver que:

[a] diferencia de otros países, en el caso de España no existe hasta hoy ningún estudio detallado sobre la reacción de la opinión pública de este país frente a la toma de poder nacionalsocialista. [...] ... el nombramiento de Hitler como Canciller del Reich y la

⁷ En las Segundas Elecciones Generales de la República, el Partido Falangista sólo obtiene un escaño – resultado del que no se puede derivar un peso elevado de falangistas en este Congreso de Diputados. Los falangistas sólo triunfan por primera vez en febrero de 1936 (Ellwood 2001: 44 y Gallego 2005: 283). Respecto al partido de la Falange, se debe recordar que: “Cuando el partido es débil, como sucede en el caso español, tendremos que considerar si el fascismo concluye abruptamente en las líneas organizativas de Falange, algo que haría arduo explicar la cómoda afluencia masiva de militantes entre febrero y julio de 1936 al partido fascista o la masa de milicianos que visten la camisa azul – precisamente ésta y no otra prenda o distintivo – en cuanto el conflicto estalla y se convierte en una guerra, antes del decreto de diciembre de 1936 que plantea la subordinación militar de estos cuerpos” (Gallego 2005: 283).

disolución de la República de Weimar fueron acogidos en España con «indiferencia total» (Pereira 1983: 163, citado por Bernecker 2000: 115). Aunque sin lugar a duda, la derecha española acogió con gran satisfacción el cambio de gobierno alemán el día 30 de enero de 1933. María Semolinos ha puesto de relieve en su estudio sobre la prensa de la Segunda República, que la prensa española de derechas se hizo eco de la designación de Hitler como Canciller con una acogida mayoritariamente positiva, pese a ciertas imponderabilidades, como por ejemplo, la posibilidad de una nueva guerra o una postura un tanto incierta por parte de Hitler en cuanto al catolicismo alemán (Semolinos 1985, citado por Bernecker 2000: 115) (Bernecker 2000: 115).

Los sentimientos afines que tiene España hacia Alemania no sólo conciernen a lo político y a lo literario, sino que se extienden también a otros campos como la ciencia jurídica⁸.

Otra prueba del acercamiento del gobierno de la Segunda República (mientras están en el poder las derechas) al del Tercer Reich y de la admiración de los españoles “derechistas” por los nazis se encuentra en un informe muy favorable al régimen nacionalsocialista que escribe Francisco Agramonte, embajador español en Berlín en 1935, acerca de la Asamblea del Partido nazi en Nuremberg. En un tono igualmente positivo y elogioso se expresa la prensa española reaccionaria que considera ejemplar el sistema alemán:

Las simpatías profesadas hacia la Alemania supuestamente pacífica y pacificada eran evidentes. Los corresponsales y comentaristas de periódicos conservadores españoles como *El Debate* o *ABC* hablaban del nacionalsocialismo como «modelo» para la República Española, dirigida desde diciembre de 1933 por un gobierno conservador (Bernecker 2000: 117).

En ese momento el intercambio entre ambos países es poco activo ya que se trata de una admiración desde la lejanía. Sin embargo, esto cambiará sustancialmente con el estallido de la Guerra Civil, y tres años más tarde, con el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Es entonces cuando las relaciones hispano-alemanas se intensifican aún más en lo político, como se verá en el tercer capítulo de este trabajo.

Con anterioridad a las obras publicadas entre 1939 y 1945, que tienen rasgos filonazis, se encuentran ejemplos literarios de germanofilia española anterior a la toma

⁸ Uno de sus representantes es Carl Schmitt, catedrático en Derecho Constitucional, y especialista en su campo en la época. Schmitt, aparte de poder ser considerado precursor en los ámbitos de la teoría constitucional y otros conceptos políticos, fomentó la germanofilia, entre otras la de Ortega y Gasset, al declararse él un ferviente hispanófilo: “Concretamente, el hecho de que Schmitt se interesara por España en un momento en que los españoles, después del 98 se han dado cuenta de su insignificancia en el entorno europeo suscita agradecimiento y curiosidad. Sorprende que un profesor extranjero, fino analizador de los fenómenos políticos contemporáneos, ponga en el centro de sus reflexiones la figura de un pensador español relativamente reciente. [...] Si los krausistas y la Junta de Ampliación de Estudios habían fomentado la veneración por el profesorado alemán ya desde finales del siglo anterior, en el caso específico de Schmitt en el período entre las dos guerras mundiales su calidad de católico y de expresarse en castellano contribuye a magnificar su persona” (Sánchez-Blanco 2000: 101-102).

de poder de los nazis. Sirva de ejemplo el caso de Pío Baroja, escritor imprescindible en el paisaje cultural español a principios de siglo. La caracterización de las posiciones germanófilas de Baroja servirá de base para el posterior análisis en los capítulos cuatro y cinco.

2. 2. Un ejemplo de la fascinación por lo alemán a principios del siglo XX: la obra de Pío Baroja⁹

A pesar de que Baroja no domina la lengua alemana, es grande su curiosidad por el pueblo germano: “Siento yo mucho no saber alemán para leer estos trozos reunidos de los grandes filósofos antiguos. Sólo con el diccionario en la mano puedo comprender los temas de que tratan” (Baroja, OC, VII: 1002). Como es frecuente en la época, Baroja o se comunica en francés o habla con alemanes que saben español.

Mientras el escritor, en su juventud, se manifiesta claramente germanófilo, a partir de los años veinte desarrolla una actitud más desilusionada y crítica con lo alemán. En *Bagatelas de Otoño*, que forma parte de sus *Memorias*, se refleja claramente este cambio de postura. En el capítulo “En un restaurante de buen tono” describe una comida entre amigos y extranjeros que se desarrolla en el restaurante Prunier en los años veinte (Baroja, OC, VII: 1326). En la sobremesa, aparece otra mujer, una americana, que empieza a hacerle preguntas a Baroja sobre Alemania:

« –¿Qué le gusta a usted? ¿Alemania? – Yo he ido dos veces a Alemania; naturalmente, no para quedarme. Ahora con el nazismo y con Hitler, el país no me es simpático. – Oiga usted, viejito. ¿Es verdad que es usted germanófilo? – En parte, sí. –¿Y por qué? – En algunas cosas, Alemania es el país que ha ido más lejos. –¿En qué? – En filosofía, en música... En ciencias también está a gran altura. –¿Y a usted qué le importa eso? – Como motivo de conversación, sí. –¿Y por qué no va usted entonces más a menudo a Alemania? – Ya he ido, y he visto lo que podía ver. ¿Qué quiere usted que vaya a hacer por allí? A mí no me conoce nadie en Alemania, y no encontraría manera de vivir (Baroja, OC, VII: 1326-1327).

En la simpatía de Baroja por lo germano destacan dos peculiaridades importantes: en primer lugar su obra menciona tanto las virtudes como los defectos del pueblo alemán. De ahí que la obra barojiana presenta, más que una pura germanofilia, una gran fascinación por el mundo germano. En segundo lugar –característica propia de toda la obra de Baroja– el escritor tiende mucho a generalizar aquellas virtudes o

⁹ A continuación citaré por *Obras completas* de Pío Baroja, de los volúmenes I, II, V y VII, Madrid: Biblioteca Nueva, 1947-1978. Véase bibliografía. Se citará con la abreviación OC, seguido por el volumen y la página.

defectos observados; efecto que ha sido considerado a veces como una falta de contundencia y de credibilidad en sus juicios (De Bruyne 1970: 818-819).

Cuando Baroja compara la situación socio-económica de principios del siglo XX entre España y Alemania, opina que la política alemana debería ser en muchos ámbitos un ejemplo para la España más pobre de entonces:

En nuestro país, la influencia germánica, la adopción de los procedimientos alemanes científicos, técnicos y mercantiles, sería el único modo de penetrar de lleno en el ciclo industrial, de acabar con todo dogmatismo, de limpiar el pensamiento español de las viejas rutinas, de la elocuencia de leguleyos, de nuestras fórmulas de retórica putrefacta (Baroja, OC, V: 148).

Jacques de Bruyne ya estudió que el interés y la fascinación por lo alemán recorren como un hilo conductor toda la obra de Baroja¹⁰. Son muy numerosas las comparaciones con alemanes o con lo que el escritor define como características supuestamente típicas del pueblo germano. A menudo dichas características, debido a que son generalizaciones, son consideradas estereotipos. Se pueden dividir, por un lado, en los rasgos físicos (prosopografías) de los germano-parlantes, y por otro en sus características interiores (etopeyas), como por ejemplo sus comportamientos y pensamientos. Así conforma el retrato (suma de prosopografía y etopeya) del alemán.

Respecto a lo físico Baroja destaca, entre otras, la belleza corpulenta de la mujer alemana: “Madame Müller era una alemana opulenta, de belleza a lo Rubens, con el pelo rubio, las mejillas rosadas y los ojos azules” (Baroja, OC, I: 959) y, en las palabras de Larrañaga, uno de los protagonistas de la trilogía *Los amores tardíos*: “Esos brazos blancos, esos senos de mármol, están producidos por la grasa animal bien colocada” (Baroja, OC, I: 1217).

Como características interiores positivas del pueblo germano el escritor resalta su honradez, su sentido del idealismo y del sentimentalismo así como su aplicación, su carácter trabajador, su empeño y su sentido muy marcado de la disciplina. Además apunta que los alemanes, en comparación con gente de otros países, destacan por su eficiencia. Así es que el danés Olsen, otro personaje de la misma trilogía, comenta, en una situación de apuro: “He salido y he preguntado si había aquí algún alemán, porque los alemanes siempre son más rápidos y expeditivos que mis paisanos” (Baroja, OC, I: 1106). Al sentido de la disciplina de los alemanes se refiere con relativa frecuencia. También resalta que cualquier orden es recibida y ejecutada sin la más mínima queja –

¹⁰ Véase Bruyne, Jacques de. “Pío Baroja und die Deutschen.” *Revue belge de Philologie et d’Histoire* 48 (1970) : 803-819.

característica de la que los mismos alemanes están orgullosos: “El alemán no puede vivir más que con disciplina derecha”, comenta la figura novelística Stolz (Baroja, OC, I: 1209). La indisciplina, en cambio, sería más insoportable para un alemán que para otro europeo: “Es indudable que en un pueblo como el alemán, disciplinado, la indisciplina es más cerril y más bruta que en un pueblo latino” (Baroja, OC, I: 1209).

Baroja destaca en los alemanes tres aspectos etopéyicos: la inteligencia, la capacidad musical y su sentido de la ciencia y la cultura en general. A veces también los compara con los españoles: “Estos pueblos de la Europa germánica son inteligentes, pero muy mezquinos. En cambio, los españoles no somos tan mezquinos, ni tan trabajadores, ni tan inteligentes” (Baroja, OC, I: 1318).

En lo filosófico, Baroja observa: “Yo creo que en la esfera del pensamiento puro Alemania ha sido y seguirá siendo el primer país del mundo,…” (Baroja, OC, V: 460). Pero también cree en la superioridad alemana en lo musical:

En filosofía y música, Alemania está por encima de Francia y de los demás pueblos europeos. Parece que éste es el sentir general del mundo. En la ciencia moderna es difícil saber quien marcha a la cabeza; Francia, Alemania, Inglaterra, han sido las rivales en esta actividad (Baroja, OC, VII: 1030).

En cuanto a la música apunta además:

... no se ha comprobado que un bosquimano pueda ser tan buen relojero como un ginebrino, un papuá [sic] tan buen matemático como un francés, ni un tagalo tan buen director de orquesta como un alemán (Baroja, OC, V: 996).

Pero la música y la filosofía no son los únicos ámbitos en los que Alemania demuestra superioridad, según el escritor. Es en todo lo cultural que el país manifiesta cierta preeminencia y no sólo en comparación con España, sino también con otras naciones como Francia, Inglaterra o Italia. Esta opinión se refleja en un diálogo entre el protagonista Andrés y su tío Iturrioz, figuras de la novela *El árbol de la ciencia*. Mientras Iturrioz desaconseja a su sobrino que lea Kant y Schopenhauer, éste defiende a los alemanes:

[Dice Iturrioz:] No leas esos metafísicos alemanes; su filosofía es como un alcohol que emborracha y no alimenta. ¿Conoces el *Leviatán*, de Hobbes? Yo te lo prestaré si quieres. – No; ¿para qué? Después de leer a Kant y a Schopenhauer, esos filósofos franceses e ingleses dan la impresión de carros pesados que manchan chirriando y levantando polvo (Baroja, OC, II: 507).

Cuando el novelista, en otro momento, equipara algunos de sus compatriotas, del ámbito cultural, con intelectuales alemanes, su juicio es severo y los españoles salen perdiendo:

A Letamendi le pasaba como a casi todos los españoles de su tiempo, aun a los más célebres, como Castelar, Echegaray, Valera. Habían leído, poseían una gran memoria, pero creo que profundamente no habían comprendido nada. No tenía ninguno de ellos ese sentimiento trágico de la cultura y de sus obligaciones que han tenido, sobre todo, los alemanes (Baroja, OC, V, 198).

La actitud germanófila del escritor es aún reforzada por el hecho de tener amigos alemanes que saben apreciar su obra, más que aparentemente sus propios compatriotas. En la siguiente cita, Baroja habla de las críticas que se escriben de él en periódicos extranjeros:

En periódicos alemanes, ingleses y escandinavos he visto críticas elogiosas: De un diálogo de *La Gaceta Literaria*, febrero de 1934: «Conversando con el crítico alemán J. P. Keins, salió a relucir la novela y hasta qué punto debe ser una reproducción de la realidad, una creación basada en ella o en un mundo nuevo. Y, hablando de novela, tan cerca la publicación de la última de Baroja, hubieron de surgir en la conversación los procedimientos novelísticos barojianos. Este mi amigo extranjero es un admirador decidido de don Pío, y así lo ha demostrado en un extenso artículo publicado en la *Vossische Zeitung*» (Baroja, OC, VII: 424).

A medida que avanzan los años en Baroja se manifiesta el antisemitismo, actitud propia del nacionalsocialismo. El antisemitismo barojiano se refleja en la mayor parte de su literatura, pero de manera especialmente explícita en su novela *Comunistas, judíos y demás ralea* (1939) y también en *El tesoro del holandés* (1939). Sobre dicha actitud escribe Rehrmann:

Finalmente, la "manía de Baroja por los judíos" es producto de su profesión: «Es subsecuente a su talento de novelador y de psicólogo. Y a sus vagos estudios de medicina y antropología [...]. Imbuido de Gobineau, de Chamberlain y de Nietzsche, y seguro de su prosapia vascolombarda. Baroja, enfrenta bravamente a los mestizos, a los negros, a los americanos y a los judíos» [Giménez Caballero 1927: 1]. El antisemitismo más bien 'literario' de Baroja sería entonces también el responsable en última instancia de la siguiente "manía": "Baroja no mira nunca en un hombre sus conocimientos eruditos, sino su nariz" (Rehrmann 1998: 67-68).

Si bien la crítica literaria se declara unánime sobre el Baroja antisemita, el mismo autor se defiende de las acusaciones en las que es calificado de nacionalsocialista¹¹. En este contexto, Baroja expresa además su profundo rechazo al Tercer Reich y al sistema nacionalsocialista en diversas entrevistas con periodistas franceses. De hecho, al poco de entrar la Wehrmacht en París en junio de 1940, Baroja efectúa su desbandada hacia

¹¹ "Según el crítico A. Azeez Butt: «Baroja, a lo largo de su obra manifiesta un profundo desprecio, odio y antipatía por el pueblo judío. Ningún grupo étnico ha sufrido una crítica tan severa, mordaz y tajante por parte de Baroja»" (A. AZEEZ BUTT, *La visión del extranjero en la obra de don Pío Baroja*, resumen citado, pág. 44, citado por López García-Berdoy 1975: 28). Sin embargo, la obra hitleriana *Mein Kampf* le parece nada inventiva y vulgar: "En París me presentaron en la Ciudad Universitaria el libro de Hitler *Mi combate* (Mein Kampf). Yo no lo pude leer. Es un libro que no tiene originalidad; es una serie de vulgaridades retóricas dichas en tono violento" (Baroja, OC, VII: 983).

España por miedo a que sus artículos contra los nazis puedan perjudicarle (De Bruyne 1970: 816 y Sánchez-Óstiz 2000: 174).

Baroja critica el hecho de que los escritores se vean en la obligación de comprometerse desde el punto de vista político y ello, lógicamente, se refleje en su literatura:

Ya no se permite la neutralidad ni el deporte intelectual – dirá Baroja en uno de sus artículos de la guerra, ... : hay que ser de la derecha o de la izquierda. Para mi gusto esto es un poco primario y sin interés. No se aceptan términos medios: o comunista o fascista. [...] Somos obligatoriamente beligerantes, pero beligerantes ¿de qué lado? No lo sabemos [...] (Trapiello 2010: 39).

Con tales afirmaciones el escritor se opone por tanto al hecho de comprometerse de manera ideológica y de tomar una posición clara y contundente en política.

Por ello tal vez no sea exacto calificar a Baroja de filonazi, sin embargo es incuestionable su antisemitismo, rasgo nazi. Por ese motivo las novelas anteriormente mencionadas *Comunistas, judíos y demás ralea* (1939) y *El tesoro del holandés* (1939) se deben incluir en un estudio de narrativa española pro-nazi.

Las aportaciones literarias de Baroja son, por tanto, claves para el desarrollo de una germanofilia en España en el siglo XX ya que el escritor, además de difundir la cultura alemana en España, también fue en aquella época un personaje de notable influencia en la escena literaria.

3. Afinidades con la ideología fascista en la literatura española hasta 1945

A fin de comprender en su totalidad las tendencias germanófilas y filonazis en la literatura española, se caracterizará a continuación brevemente el panorama político y literario tanto en Alemania como en España. Considerando la situación política turbulenta y de crisis económica mundial, no es de extrañar que a principios de los años treinta se reactiven en ambos países sentimientos nacionalistas. Son sentimientos que ya habían surgido anteriormente, por un lado en España con la guerra de Marruecos y por otro lado en Alemania con la Primera Guerra Mundial: “La guerra de Marruecos permite que se desarrolle gran parte de la retórica imperial y se afiancen los valores nacionalistas” (Urrutia 2004: 23). Mientras las relaciones germano-italianas y también las germano-francesas se caracterizan entonces por un cierto estancamiento –según algunos críticos son “prácticamente inexistentes” (Werz 2000: 77)– el intercambio intelectual entre Alemania y España funciona mejor. Una vez más, esto se debe a ciertas colaboraciones filosófico-literarias, como las mencionadas entre Ortega y Carl Schmitt,

pero también con otros intelectuales alemanes, como por ejemplo con el romanista Ernst Curtius (Sánchez-Blanco 2000: 100). Otros sucesos que, más adelante, fomentan el carácter ya filonazi de las relaciones hispano-alemanas son acontecimientos a nivel cultural como, por ejemplo, las diferentes exposiciones del Libro Alemán que tienen lugar entre 1937 y 1940.

En cuanto a los sucesos políticos en torno a la crisis económica mundial de la época, España y Alemania no son equiparables. Sin embargo, el fascismo alemán le sirve de ejemplo a un grupo determinado de escritores españoles en los que se reavivan también sentimientos nacionalistas, hecho que repercutirá muy pronto en la narrativa.

3. 1. La narrativa fascista en los años treinta

Para el análisis de este tipo de narrativa española, es imprescindible considerar la siguiente definición, basada sobre todo en el fascismo alemán:

[...] el concepto de «literatura fascista» es algo más amplio que una simple etiqueta para clasificar a una literatura de tercer rango, producto de los adeptos a movimientos políticos reaccionarios, o bien a ideologías populares, tanto como a las poéticas expansiones de los defensores de una cierta tradición popular: la de Lagarde, Langbehn o Moeller van den Bruck. Éstos y muchos otros ... contribuyeron al desarrollo de una subcultura de extrema derecha que se convertiría en terreno abonado para agrupaciones políticas extremistas que, en combinación con el desorden social, las crisis económicas y las tensiones internacionales, se desplegarán en poderosos movimientos de masas. ... Pero, para que una investigación de la literatura fascista represente una contribución al entendimiento de las trayectorias culturales centrales del siglo XX, debe plantearse en primer lugar la cuestión de si sobre la estricta base de unos criterios literarios puede definirse como fascista un grupo significativo de producciones literarias; y ello, concierne tanto al recurso a los marcos y temas literarios como a la presencia de estructuras formales y estilísticas (Berman 2004: 103).

A pesar de ser la narrativa fascista por tanto un tipo de literatura de menos valor estético que otro tipo de novelística, goza de una gran popularidad entre los jóvenes lectores, quienes ya habían mostrado cierta afinidad con la ideología de la derecha. La fascinación por la guerra es cada vez mayor y aumenta aún con experiencias bélicas como la Guerra Civil y, al menos al principio, la Segunda Guerra Mundial. Motiva y estimula sobre todo a jóvenes escritores a ocuparse de la temática bélica. Se establecen entonces categorías para estos autores, a fin de simplificar su adherencia a un grupo ideológico en concreto. Uno de ellos, el poeta y escritor Agustín de Foxá, describe el paisaje literario de la actualidad contemporánea de la siguiente manera:

España ha dado estos últimos tiempos tres castas de hombres: «Una: los que querían una España ‘renovada’ en la ‘tradición’ y que pudiéramos llamar nacional. Otra: los que querían una España dependiente de Moscú y roja: una España ‘comunista’. Y la tercera

clase de hombres: aquella que no quería a España ni ‘fascista’ ni ‘comunista’, sino ‘ginebrina’, ‘afrancesada’ y ‘masónica’ [...] (Trapiello 2010: 76-77).

Centrándonos en el primer grupo mencionado por de Foxá, cabe retener que hoy día la valoración de obras de escritores fascistas es más ambigua ya que muchos de ellos se han distanciado de sus textos una vez terminada la euforia por el fascismo (Rodríguez-Puértolas 1986: 116). Es por tanto preciso destacar que cada obra se analice en su contexto específico.

Son múltiples los escritores que han influido en el movimiento fascista español y particularmente en los jóvenes miembros de la Falange Española de las JONS en los años anteriores a la Guerra Civil. Entre ellos están, desde el principio, Friedrich Nietzsche, Georges Sorel y Filippo T. Marinetti y, más tarde, ya en torno a la Guerra Civil, Oswald Spengler, el conde de Keyserling, Eugenio d’Ors y José Ortega y Gasset. Muchos de los autores aquí citados también fueron leídos por Primo de Rivera (Rodríguez Jiménez 2000: 23 y 156).

Además hay quienes opinan que, por parte de Alemania, tuvo bastante influencia en el movimiento (fascista) el filósofo histórico Oswald Spengler y su obra *La decadencia de Occidente* (1923). En la escena literaria española hay quienes pretenden que fueron algunas obras de Ortega y Gasset que sirvieron a los jóvenes escritores fascistas de base para sus novelas: “Sin que sea lícito afirmar el fascismo ni de Spengler ni de Ortega y Gasset, sí es verdad que en su obra los fascistas encontrarán la base histórico-filosófica sobre la que sostener su acción” (Urrutia 2004: 31).

En cuanto a Ernesto Giménez Caballero la crítica se manifiesta unánime: fue una de las figuras literarias precursoras en el fomento de un sentimiento nacional y pro-bélico en España. Su novela *Genio de España. Exaltaciones a una resurrección nacional y del mundo* (1932) se lee como el llamamiento a una revolución mundial de los fascistas (Neuschäfer 1997: 363):

Ese libro termina con una «Exaltación final sobre el Monte de El Pardo» en la que reclama la fuerza de un país que debe recuperar su sentido histórico en una hora en la que las naciones fuertes «vuelven a extenderse por el mundo en rangos de batallas y tormentas», porque se está de nuevo en un «mundo guerrero». España, cuyo genio consistió siempre en «civilizar continentes y españolizar Europa», ha nacido para mandar y no puede resignarse ni con la Democracia ni con el Comunismo” (Urrutia 2004: 26).

Esta novela de Giménez Caballero puede considerarse una base para muchos escritores fascistas de la época, hecho que se verá en las publicaciones posteriores a *Genio de España*, en la parte 3. 2. 2.

3. 2. Tendencias filonazis en obras españolas

Para mi estudio sobre la obra de la División Azul, producida durante la Segunda Guerra Mundial, hay tener en cuenta el cambio de perfil de la literatura fascista de cara a la Segunda Guerra Mundial. A medida que ésta se va acercando, la simpatía por lo alemán se transforma: ya no es la que se ha podido observar a principios del siglo XX. A partir de 1933, cuando Hitler se hace con el poder, muchos de los germanófilos más fervientes se convierten de manera más o menos explícita también en filonazis.

3. 2. 1. Definición del concepto ‘filonazismo’

Debido a la importancia de dicho término para el presente estudio, trataré a continuación de definir la palabra ‘filonazi’ y su familia lingüística correspondiente en el sentido más riguroso posible. Me baso en un primer momento en la definición del Diccionario de la Real Academia Española que determina el término ‘nazismo’/‘nacionalsocialismo’ como “[m]ovimiento político y social del Tercer Reich alemán, de carácter pangermanista, fascista y antisemita”¹². Ese término engloba por tanto, al igual que ‘germanofilia’, una fuerte admiración por las virtudes características del pueblo germánico entre 1933 y 1945. Esta admiración puede llegar hasta ser un tipo de amor o incluso idealización por lo alemán. En la literatura, el filonazismo se refleja concretamente en la simpatía por la ideología nacionalsocialista, por sus adeptos y desde luego por su líder Hitler.

Es preciso destacar dos aspectos de esta definición: por un lado se debe definir lo nacionalsocialista sólo en la combinación de las tres características “pangermanista”, “fascista” y “antisemita” y no por uno de ellos por sí solo. Por otro lado hay que resaltar que la definición del DRAE no incluye todas las características por las que se define el nacionalsocialismo. Me refiero aquí por ejemplo al carácter racista –su creencia en la raza aria pura– y anticatólico de este movimiento (Seco 1999: 3199¹³). A diferencia del fascismo,

la piedra de toque del nacionalsocialismo alemán es el determinismo biológico. Lo que constituye el fondo del nazismo es el racismo en su sentido más extremo; y la guerra a los judíos, la guerra a las razas inferiores, juega en él un papel mucho más preponderante que la guerra a los comunistas (Sternhell 1994: 4).

¹² DRAE (2006): ‘nazismo’ y ‘nacionalsocialismo’.

¹³ Véase la definición de Seco: “‘nazismo’ (*también, raro, con la grafía nacismo*) m. Nacionalsocialismo. [...] Vicens *Polis* 489: Dado su sentido biológico y anticatólico, el nacismo alemán resultó mucho más revolucionario y corrosivo que el fascismo italiano” (Seco 1999: 3199). En cuanto al aspecto anticatólico del nacionalsocialismo, éste choca con el ferviente catolicismo de los franquistas. En 1942, Franco confirma su fe católica por lo que José Goebbels le califica de “beato fanático” (Proctor 1972: 194).

Falta por añadir que el filonazismo no es necesariamente en todo momento una admiración de todas las características del nacionalsocialismo. Por el mero hecho de no ser alemanes, los españoles no pueden compartir la ideología nacionalsocialista en su totalidad, sino solamente algunas facetas del movimiento nacionalsocialista alemán.

3. 2. 2. Algunas características de las obras de índole filonazi

¿Cómo se podrían, pues, definir las obras literarias de carácter filonazi? ¿Cuáles son rasgos típicos respecto al mundo germano que se hallan en ellas? En un primer paso, me parece imprescindible caracterizar brevemente las novelas fascistas españolas. El protagonista de éstas es a menudo una figura masculina, de entre 18 y 35 años, buen católico y habitualmente falangista o perteneciente a un partido o grupo de derechas como la CEDA o la JONS. Dichas características se suelen cumplir también para muchos autores, por lo que la mayoría de las novelas fascistas muestran toques notablemente autobiográficos. El héroe narrativo de este tipo de obras se caracteriza con frecuencia por un físico fuerte. Además, tiene una buena predisposición frente a la violencia que domina a su capacidad retórica, como comentan algunos escritores mismos: “Al fin y al cabo, Guillén Salaya¹⁴ afirmaba que «un pueblo es más sincero cuando pelea que cuando vota» (Urrutia 2004: 27). Esto coincide con las metas que prescriben los dictadores de la época como Mussolini, Hitler y Franco a sus juventudes respectivas, a las que les gusta moverse en grupo, ya sea en una unión militar o en un partido político o estudiantil de derechas. En cuanto al empleo de la violencia por parte

¹⁴ “Francisco Guillén Salaya firmaba, como ya sabemos, como Guillén Salaya (1899-1965). Después de la guerra civil – fue procurador en cortes – su antigua obra literaria se transforma en obra puramente ideológica” (Rodríguez-Puértolas 2008: 841-842).

Guillén Salaya también es mencionado por Trapiello en su libro *Las armas y las letras: literatura y guerra civil (1936-1939)*. Refiriéndose a un discurso pronunciado por César Arconada en el que éste hace un llamamiento a la juventud actual y la anima para realizar sus ‘ideas actuales’, Trapiello apunta: “El 1 de enero de 1928 leemos estas líneas del que habría de ser, con el tiempo, un fervoroso comunista, César Arconada: «Ante todo es necesario sentar este principio: en el momento actual los que se llaman liberales son los retrasados, los reaccionarios [...]. Violencia. Lucha. Arte Nuevo, al fin [...]. Un joven puede ser comunista, fascista, cualquier cosa, menos tener ideas liberales. [...] Los jóvenes queremos para la política, como hemos querido para el arte, ideas actuales, de hoy, con el perfil y el carácter de nuestra época...» La posición de Arconada (o la del joven y mucho más mediocre Guillén Salaya, que empezó de exaltado comunista y terminó de fascista furioso), la compartían, si no en los mismos términos, sí en el espíritu, gentes que entonces eran amigos, comían juntos y se divertían juntos, como Montes, Agustín Espinosa, Alberti, Bergamín, Lorca, Buñuel, Ledesma Ramos, el propio Giménez Caballero y en general todos los jóvenes vanguardistas. Es obvio que quien decía una cosa así no debía de saber qué significaba ser comunista, ser fascista ni ser liberal, y tal vez ese desconocimiento de las cosas les llevara a unos y a otros a las trincheras” (Trapiello 2010: 39).

de estas figuras narrativas es considerado, según Urrutia, una característica ineludible para sobrevivir en la sociedad de entonces:

La literatura a la que me refiero aquí juzga la violencia imprescindible para el propio desarrollo de la sociedad, para la renovación de sus valores, y por lo tanto, es un componente necesario de la evolución social (Urrutia 2004: 34).

Los factores que preceden a la violencia y que también se encuentran en estas novelas son el rechazo y el odio hacia un grupo determinado de personas, generalmente los republicanos. Dichas actitudes se reflejan tanto en la agresividad verbal como en la física de las figuras novelísticas. Es evidente que la violencia conlleva además el empleo de armas y que los protagonistas, al igual que las figuras de la realidad contemporánea no se cohíben, por tanto, ante el derramamiento de sangre y el asesinato: finalmente se hacen a la idea de convivir, a menudo a diario, con la muerte, manteniéndose siempre animados a base de su fe en Dios, un sentimiento de responsabilidad frente a la llamada patria y su creencia en la victoria.

La mayoría de estos criterios son características comunes no sólo de las novelas fascistas, sino también de las obras narrativas de carácter germanófilo de los años treinta. Por ello, ha resultado interesante estudiar el tipo de novela que cumple con ambos criterios: es de ideología fascista y a la vez de carácter pro-nazi.

En el análisis de estas obras me basaré en un pequeño catálogo de elementos llamados filonazis que se ha establecido tras la lectura de todas las obras relevantes para este trabajo. Son las virtudes características representativas del pueblo y país germánicos que alaban los escritores españoles. Entre estas está todo tipo de elogio del aparato ideológico nacionalsocialista, como por ejemplo toda alabanza del Tercer Reich. Otras características muy marcadas de esta ideología son el antisemitismo y el anticomunismo.

En un segundo momento resaltan ciertos valores que se refieren al ámbito militar o a la mentalidad del pueblo germano. Ortiz de Urbina (2007: 195) agrupa algunas de ellas y hace especial hincapié en la disciplina, el orden, la organización y los avances técnicos y científicos de los alemanes. Incluyen también todos los elementos bélico-militares de índole logística, como lo son, por ejemplo, la organización, la maquinaria y el equipamiento del ejército nazi. En la narrativa fascista, los valores mencionados por Ortiz de Urbina o son descritos de manera más general o son directamente asociados a un personaje novelístico. En el segundo caso, este personaje es con mucha frecuencia el del soldado. Dichos valores del perfil profesional del militar se reflejan en la literatura

cuando el militar es descrito como sumamente disciplinado, demuestra grandes rendimientos, adopta actitudes de extrema organización, es de carácter duro y fuerte y está dispuesto a morir por su patria.

También se percibe cierto filonazismo en la narrativa en todo tipo de admiración por personas de la realidad contemporánea como son Hitler, otros políticos nacionalsocialistas o nazis con los que han entrado en contacto los escritores españoles y que generalmente pertenecen a otros grupos profesionales, como, por ejemplo, periodistas.

Otros elementos considerados filonazis son todas las referencias a la cultura germana. Las que con más frecuencia se incorporan en los textos literarios en castellano son las menciones a la música y a la literatura. En lo literario, el escritor filonazi alaba generalmente las obras pro-nazis y condena al mismo tiempo la narrativa antibélica. Una de las novelas ejemplares de este último grupo es *Sin novedad en el frente* (1929) de Erich María Remarque que fue prohibida durante el régimen nazi y que serviría de base, entre otras, a la novela española filonazi *Se ha ocupado el kilómetro seis. Contestación a Remarque* (1939) de Cecilio Benítez de Castro. Otras novelas de índole antinazi no sólo fueron prohibidas sino incluso quemadas.

También se tiene en cuenta todo tipo de alabanza de la cultura germana fuera del ámbito militar, que está del gusto de los nacionalsocialistas e utilizada con fines propagandísticos, como, por ejemplo, la música de Wagner o la literatura de Friedrich Hölderlin, Heinrich von Kleist y Georg Büchner (Beutin et. al. 2008: 438), para sólo mencionar algunos. Los nazis recurren sobre todo a las obras de Wagner, y lo hacen en muchas ocasiones de manera cruel o para aumentar el efectismo de una situación¹⁵.

Una vez estudiadas las obras literarias que forman parte del presente estudio se deben considerar dos criterios: en un primer momento se cuenta con referencias filonazis llamadas ‘reales’, es decir todas ellas que aluden a hechos históricos o políticos verdaderos de la época. Entre ellos están también referencias que se consideran erróneamente filonazis, porque son o mal citadas o directamente inexistentes. En segundo lugar están los elementos filonazis literarios ‘ficticios’ que aluden a personajes novelísticos inventados por los autores, pero que representan la ideología filonazi. En muchos casos es de suponer que se basan en alemanes de la realidad contemporánea que conoció el propio autor. Entre ellos se halla el típico protagonista de la novela filonazi

¹⁵ Para la importancia que tenían Wagner y su obra, particularmente para Hitler, compárese Sala Rose 2003: 408-415.

anteriormente mencionado que cumple, generalmente, con los requisitos de soldado, es joven y falangista.

En cuanto a los elementos filonazis literarios ‘ficticios’, ha resultado de especial interés el análisis del mismo personaje novelístico de ideología filonazi. En varias novelas destaca la figura de la mujer alemana que puede cumplir diferentes funciones, ya sea la de la amiga, de la amante o de la esposa del protagonista español.

Sin embargo, no se encuentra en cada obra publicada entre 1939 y 1945 un número notable de elementos filonazis según estos criterios. A fin de darle a este estudio un carácter lo más completo posible, se incluirán en la parte del análisis de las obras todos los elementos pro-germanos, tanto a los alemanes y Alemania en general como al mundo nazi en específico.

3. 2. 3. Un resumen panorámico de las novelas españolas pro-germanas a partir de 1939

Para comprender y analizar en su totalidad la literatura germanófila y filonazi producida en España me parece imprescindible dividir los escritores fascistas en tres subgrupos cuyo vínculo con Alemania es notable. El primero es el grupo de los escritores de la Falange y en el segundo están los escritores de la División Azul. Esta clasificación no es del todo excluyente ya que hay, por ejemplo, escritores falangistas que también estuvieron en la División Azul. Sin embargo, debido a las características de sus obras, he optado por clasificarles únicamente en un solo grupo. Los escritores del tercer conjunto se agrupan en la sección “Otros novelistas germanófilos y filonazis”. A pesar de no pertenecer a ninguno de los grupos arriba mencionados, sus obras deben ser incluidas en el análisis por la notable identificación de sus autores con la ideología nazi (Rodríguez-Puértolas 1986: 494-495). Me centraré en el cuarto capítulo únicamente en la presentación y el análisis del segundo grupo de autores, es decir en las obras de los escritores de la División Azul. No obstante, se mencionarán los demás textos literarios y sus autores correspondientes, que serán analizados con mucho mayor detalle en un futuro estudio de mayor alcance.

Para el presente resumen panorámico –que todavía no permite adentrarnos más profundamente en la temática– han sido de gran importancia algunos capítulos de los volúmenes siguientes: la *Novela española de nuestro tiempo (en busca del pueblo perdido)* (1975) de Gonzalo Sobejano, *La novela española desde 1936* (1982) de Ignacio Soldevila Durante, la *Historia de la novela española entre 1936 y el fin de siglo*

(1997) de José María Martínez Cachero y *Manual de literatura española XIII. Posguerra: narradores* (2000) de Felipe B. Pedraza Jiménez y Milagros Rodríguez Cáceres, entre otros. En total, se ha formado una lista de alrededor de 46 trabajos literarios, tanto novelas como novelas cortas y ensayos. Su característica común es su enfoque en la temática bélica. Además, se han encontrado en ellos o elementos germanófilos o filonazis o de ambos tipos. De dicha lista se excluyen todas las obras que pertenecen al género de la novela rosa. Tampoco se estudiarán aquí las novelas de escritores exiliados, escritas y publicadas fuera de España ni las de los géneros teatral y poético. Todo ello será objeto de un futuro estudio.

El listado de Sobejano ha sido una primera referencia importante. Su índice bibliográfico de escritores y obras del período de la Segunda Guerra Mundial empieza en el año 1939. En su lista destaca un número considerable de novelas de Azorín como *El escritor* (1941), *Capricho* (1942), *El enfermo* y *María Fontán* (ambos de 1943), *La isla sin aurora* y *Salvadora de Olbena* (ambos de 1944). Sobejano cita además algunas novelas del autor vasco Juan Antonio Zunzunegui como *El Chiplichandle* (1940), *¡Ay..., estos hijos!* (1943) y *El barco de la muerte* (1945). También incluye a Ignacio Agustí con *Mariona Rebull* (1944) y *El viudo Ríus* (1945), a Pío Baroja con *Laura o la soledad sin remedio* (1939), a Gonzalo Torrente Ballester con *Javier Mariño. Historia de una conversión* (1943) y a Rafael García Serrano con *La fiel infantería* del mismo año. Finalmente incorpora otras cuatro novelas en su lista como son *La familia de Pascual Duarte* (1942), *Pabellón de reposo* y *Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes* (ambas de 1944) de Camilo José Cela y *Nada* (1945) de Carmen Laforet.

Casi todas las obras aquí citadas tuvieron que ser excluidas del resumen panorámico ya que no se ocupan ni del tema germano en general ni del nazi en particular. Entre ellas está también la novela de Torrente Ballester que no se incluyó debido a su carácter ambiguo: no pudo ser clasificada ni germanófila ni filonazi según las definiciones correspondientes. El protagonista de *Javier Mariño...* no toma una posición clara y coherente frente al franquismo y también al nacionalsocialismo – desarrollo que vive el mismo Torrente Ballester a principios de los años cuarenta (Giménez 1981: 25-26 y Rodríguez-Puértolas 1986: 522-523).

La única obra relevante que debe, por tanto, formar parte de un estudio de la narrativa fascista pro-germana de temática bélica es *La fiel infantería* de García Serrano (Sobejano 1975: 630), que pertenece al grupo de las novelas pro-alemanas de la Falange.

En comparación con el trabajo de Sobejano destaca la amplitud de la recogida de novelas en torno a la Guerra Civil en Soldevila. No obstante, lógicamente, –este criterio se cumple también para la selección anterior– Soldevila tampoco se centra en exclusiva y explícitamente en la novela de ideología fascista. El número de obras que demuestran un vínculo con el mundo germano es, por tanto, escaso. La selección de Soldevila está dividida en dos grandes partes, tituladas *Las generaciones de preguerra* y *La generación de la guerra civil*. Ambas partes disponen de novelas de interés en cuanto a su afinidad con el mundo germano. En un primer momento se pueden añadir a las obras ya mencionadas por Sobejano las siguientes, siempre por orden cronológico.

- 1939 Carlos Arauz de Robles: *Mar y tierra*
- 1939 Tomás Borrás: *Oscuro heroísmo*
- 1939 Concha Espina: *Luna roja. Novelas de la revolución.*
- 1939 Rafael López de Haro: *Adán, Eva y yo*
- 1939 Rafael López de Haro: *Fuego en el bosque*
- 1940 Tomás Borrás: *Checas de Madrid*
- 1940 Cecilio Benítez de Castro: *La rebelión de los personajes, El creador y Maleni*
- 1940 Felipe Ximenez Sandoval: *Camisa azul*
- 1941 Ricardo Baroja: *Bienandanzas y fortunas*
- 1941 Cecilio Benítez de Castro: *Los dos amores de Maximino Claudel*
- 1941 José Antonio Giménez Arnau: *El puente*
- 1941 Ricardo León: *Cristo en los infiernos*
- 1941 Edgar Neville: *Frente de Madrid*
- 1941/1942 Salvador González Anaya: *Luna de plata*
- 1942 Ignacio Agustí: *Los surcos* (de la trilogía *La ceniza fue árbol*)
- 1942 José María Alfaro Polanco: *Leoncio Pancorbo*
- 1942 Pedro Álvarez Gómez: *Nasa*
- 1942 Pedro de Lorenzo: *La quinta soledad*
- 1942/1944 Salvador González Anaya *Luna de sangre*
- 1942 Antonio Reyes Huertas: *Lo que la arena grabó*
- 1942 José Andrés Vazquez: *El nieto de Don Juan*
- 1942 José Vicente Torrente: *IV grupo del 75-27*
- 1943 Wenceslao Fernández Flórez: *El bosque animado*
- 1943 José María Pemán: *Señor de su ánimo*
- 1944 Pedro Álvarez Gómez: *Los colegiales de San Marcos*

- 1944 Cecilio Benítez de Castro: *El alma prestada*
- 1944 Carmen Conde: *Vidas contra su espejo*
- 1944 Darío Fernández Flórez: *Zarabanda*
- 1944 Manuel Halcón: *Aventuras de Juan Lucas*
- 1945 Ricardo Baroja: *Los hermanos piratas*
- 1945 Concha Espina: *Victoria en América*
- 1945 Rafael López de Haro: *Interior iluminado*
- 1945 José Antonio Muñoz Rojas: *Historias de familia*
- 1945 Manuel Pombo Ángulo: *La juventud no vuelve*
- 1945 Antonio Sánchez Barbudo: *Sueños de grandeza*

De esta lista, porque no tratan la temática bélica en relación con Alemania y los alemanes y no muestran actitudes germanófilas, se excluyen las novelas siguientes: los cinco trabajos de Benítez de Castro así como las obras *Fuego en el bosque* de Rafael López de Haro (1939), *Bienandanzas y fortunas* de Ricardo Baroja (1941), *Nasa* (1942) y *Los colegiales de San Marcos* (1944) de Pedro Álvarez Gómez, *Luna de plata* (1941/1942) de Salvador González Anaya, *Los surcos* (1942) de Ignacio Agustí, *La quinta soledad* (1942) de Pedro de Lorenzo y *Luna de sangre* (1942/1944) de Salvador González Anaya. Tampoco formarán parte del estudio *Lo que la arena grabó* (1942) de Antonio Reyes Huertas, *El nieto de Don Juan* (1942) de José Andrés Vazquez, *Señor de su ánimo* (1943) de José María Pemán, *Vidas contra su espejo* (1944) de Carmen Conde, *Aventuras de Juan Lucas* (1944) de Manuel Halcón, *Los hermanos piratas* (1945) de Ricardo Baroja, *Victoria en América* (1945) de Concha Espina, *Interior iluminado* (1945) de Rafael López de Haro, *Historias de familia* (1945) de José Antonio Muñoz Rojas y *Sueños de grandeza* (1945) Antonio Sánchez Barbudo.

De la lista de Soldevila quedan, por tanto, catorce novelas. Algunas de ellas, como *Oscuro heroísmo* (1939) de Tomás Borrás y *Luna roja* (1939) de Concha Espina, son también mencionadas por Martínez Cachero en su *Historia de la novela española entre 1936 y el fin de siglo* (1997).

Debido a que las selecciones tanto de Martínez Cachero como de Pedraza Jiménez y Rodríguez Cáceres son aún bastante más generales que las de Sobejano y Soldevila y apenas aportan títulos relevantes para este estudio, se incorpora únicamente una novela de Pío Baroja, *El tesoro del holandés* (1939).

Dado que ninguno de estos cinco críticos literarios ha puesto el enfoque en la narrativa fascista, es menester centrarse en trabajos más especializados en la temática como son –y me basaré aquí en las publicaciones en español– la *Literatura fascista española*, (dos volúmenes de 1986 y 1987) de Julio Rodríguez-Puértolas y *La guerra civil española en la novela. Bibliografía comentada, Tomo I* (1982) de Maryse Bertrand de Muñoz. Por parte de los críticos alemanes destaca el trabajo de Regine Schmolling titulado *Literatur der Sieger. Der spanische Bürgerkriegsroman im gesellschaftlichen Kontext des frühen Franquismus*¹⁶ (1990).

Las aportaciones de la catalogación de Rodríguez-Puértolas resultan de especial interés. Su estudio está dividido, entre otras y además de un primer capítulo escrita de forma más general, en los subgrupos *La narrativa*, *Los grandes novelistas de Falange* y *La narrativa de la División Azul*. Las siguientes obras, mencionadas en su trabajo, cumplen con los criterios anteriormente establecidos:

- 1939 Pedro Álvarez Gómez: *Cada cien ratas un permiso* (La novela de «Vértice»)
- 1939 Benítez de Castro: *Se ha ocupado el kilómetro 6: Contestación a Remarque*
- 1939 Francisco Camba: *Madridgrado*
- 1939 Wenceslao Fernández Flórez: *Una isla en el mar rojo*
- 1939 Pedro García Suárez: *Legión 36*
- 1939 José Vicente Puente: *Madrid recobrado. Crónicas de antes y después del 28 de marzo*
- 1940 José Antonio Giménez Arnau: *Línea Siegfried*
- 1940 Félix Ros: *Preventorio D*
- 1941 Álvaro Cunqueiro: *Los cuatro Guisando y otras antigüedades*
- 1941 Wenceslao Fernández Flórez: *La novela número 13*
- 1941 Felipe Ximénez de Sandoval: *José Antonio. Biografía apasionada*
- 1941 José Vicente Puente: *Una chica topolino*
- 1943 Enrique Errando Vilar: *Campaña de invierno*
- 1943 Jesús Revuelta: “De cómo Erich Marie Remarque no estuvo en la División Azul”
- 1944 Pío Baroja: *Desde la última vuelta del camino*
- 1944 Rodrigo Royo Masía: *¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos*
- 1945 Alberto Crespo Villoldo: *De las memorias de un combatiente sentimental*
- 1945 Álvaro Cunqueiro: *Balada de las damas del tiempo pasado*

¹⁶ *La literatura de los vencedores. La novela española de la Guerra Civil en el contexto social del franquismo temprano*, traducción de la autora. Véase bibliografía.

- 1945 José Luis Gómez Tello: *Canción de invierno en el Este. Crónicas de la división azul*

La crítica literaria Maryse Bertrand de Muñoz está en la línea de Rodríguez-Púertolas, la mayoría de las novelas de su lista coinciden con las de éste. De su selección, se debe añadir por tanto solamente la novela *La virgen blanca* (1944) de Antonio Heredero (Bertrand de Muñoz 1982: 234).

Con el fin de intentar completar este listado panorámico, es necesario agregar aún cinco obras más de la época, mencionados por diferentes críticos literarios. Son *Alto espionaje* (1940) de Víctor María de Sola (Schmolling 1990: 192)¹⁷, *Con la División Azul en Rusia* (1943) de José Martínez Esparza (Negreira 1991: 29), *Un hombre a la deriva* (1945) de Ricardo Fernández de la Reguera (Sanz Villanueva 1991: 77-78) y dos ensayos de Julio Camba, ambos de 1945, que son *Etc., etc.*, y *Esto, lo otro y lo de más allá* (Gracia García y Rodenas de Moya 2008: 228).

En cuanto a la formación de dichos grupos, se deben a ciertas diferencias en sus pensamientos y actitudes germanófilos. Mientras en todas las novelas aquí denominadas se han encontrado elementos germanófilos, no todas demuestran también características filonazis. Aunque por sus biografías se ha demostrado que muchos de los escritores aprueban el régimen nazi, esta aprobación no siempre tiene un reflejo inmediato en la literatura. De ahí que es imprescindible tener en cuenta que el apoyo al ejército hitleriano no fue un apoyo constante, sino dependía de la situación bélica del momento:

De hecho, a partir de 1941 y hasta 1945,..., el régimen [franquista] oscila entre un filonazismo abierto o encubierto, según las veleidades del conflicto y las posibilidades de victoria o derrota de las potencias del Eje (Núñez Díaz-Balart 1997: 205).

Es por tanto obvio que a medida que el número de las victorias alemanas en las diferentes batallas disminuye, España se va apartando de la ideología nacionalsocialista. Sin embargo, como se ha podido comprobar en Ortega y Gasset, las actitudes germanófilas son posturas más constantes e independientes de las convulsiones políticas de la época y también son éstas que se analizarán.

¹⁷ La novela también se menciona en Bertrand de Muñoz, Maryse. "Bibliografía de la creación literaria sobre la guerra civil española." *Anales de la literatura española contemporánea*. Vol. 11-3 (1986): 374.

4. La literatura de la División Azul entre 1942 y 1945: un panorama

A fin de dar un ejemplo de la literatura germanófila y filonazi durante la Segunda Guerra Mundial se analizarán en este capítulo las obras de los escritores divisionarios azules.

La obra realizada por la División Azul es un tipo de literatura con una marcada tendencia germanófila y, en algunos aspectos, también filonazi. Los combatientes de dicha unidad militar son, mayoritariamente, jóvenes españoles que apuntan de forma voluntaria a la campaña militar de los nazis en Rusia en verano de 1941. A pesar de que esta batalla es sólo una de múltiples dentro de la Segunda Guerra Mundial, es de especial importancia para el presente estudio ya que, aparte del número elevado de militares con los que se cuenta, se fomentó durante esta lucha aún más el espíritu fascista entre los españoles, un espíritu que fue apoyado y reforzado por los nazis.

Antes de analizar las crónicas de este grupo de autores que se publican a partir de 1942, conviene repasar diversos hitos claves de esta lucha. La hostilidad germana contra la Unión Soviética¹⁸ antes y durante la Segunda Guerra Mundial ya había marcado las relaciones ruso-alemanas en los siglos anteriores. La imagen de Rusia como el gran enemigo que se tiene en los años treinta en Alemania se dirige sobre todo contra el sistema comunista soviético. También es fundamental para mantener el sistema franquista en España.

A principios de 1933 el régimen nazi empieza a promover diferentes acciones propagandísticas de carácter anticomunista, entre ellas la prohibición del partido comunista en Alemania y la publicación de libros de carácter antimarxista. La declaración de guerra a Rusia conlleva, por tanto, la idea de combatir el comunismo. Los nazis simplifican la imagen del enemigo equiparando los rusos a los comunistas. De la misma manera, se iguala además los rusos a los judíos, comparación que favorece uno de los motivos mayores de Hitler: asesinar a los judíos rusos. Según uno de los críticos, “[l]o que subvierte Hitler es la visión sobre Rusia, que está ahora dominada por «el judío» (lo expresa así, no es una caricatura), que es incapaz de sostener, por su idiosincrasia, un Estado eficaz” (Reverte 2011: 40).

El régimen nazi consigue con su propaganda aumentar el odio contra los rusos no sólo entre la población alemana, sino también en otras partes de Europa como en

¹⁸ En vez de la palabra ‘Unión Soviética’, los falangistas emplearon con más frecuencia el término ‘Rusia’, palabra que recogieron también los escritores cronistas de la batalla (Reverte 2011: 25). El término ‘Unión Soviética’ incluía, por tanto, también otros países como por ejemplo Letonia, Estonia y Bielorrusia. Éstos son los países que con más frecuencia se citan en las obras analizadas en esta sección.

España, Italia o Rumanía. Otros países que también participan en la lucha contra Rusia con grupos de militares voluntarios de diferentes tamaños son Hungría, Eslovaquia, Croacia, Francia, Holanda y Bélgica.

Dicha imagen del enemigo ruso creada por los nazis, llega a España a través de exposiciones de libros de carácter nacionalsocialista, apoyadas por el régimen franquista:

Por tanto, las obras de pensamiento nacionalsocialista que entraron en las bibliotecas españolas mediante exposiciones y donaciones no cayeron en saco roto. El régimen de Franco se inspiró en gran medida en la frenética propaganda anticomunista de la que el Tercer Reich hizo gala. El «Rusia es culpable», tan a la mano de Serrano Súñer, recuerda a la demonización sistemática que hizo el nazismo de todo lo que presentara reminiscencias bolcheviques. Por otro lado, existen indicios de que los fundamentos ideológicos del sindicalismo vertical franquista se vieron influenciados, principalmente en el primer franquismo, por la teoría y práctica de las relaciones laborales en la Alemania de Hitler, encarnadas en una de las instituciones nazis que experimentó mayor arraigo, el Frente del Trabajo (*Deutsche Arbeitsfront*), sobre el que tantos libros enviados a España versaban minuciosamente (Bernal Martínez 2007: 30).

En lo político, España había declarado su neutralidad en la Segunda Guerra Mundial desde su inicio. Sin embargo, a medida que la propaganda nazi contra los rusos aumenta, se ve obligada a tomar una posición clara frente a esta intervención militar. Por un lado, preferiría no intervenir en la guerra. Por otro lado, el gobierno español se siente presionado, y no sólo por la política alemana. También siente la simpatía que en ciertos sectores europeos produce la noticia sobre la invasión germana en la URSS.

Tras una reunión entre el entonces ministro español de Asuntos Exteriores, Ramón Serrano Súñer y el embajador alemán Eberhard von Stohrer así como otro encuentro entre Serrano Súñer y los falangistas Manuel Mora Figueroa y Dionisio Ridruejo se decide la participación española en esta contienda:

La idea surge de la boca de Serrano Súñer: en el caso de que se inicien las hostilidades, al margen de la posible entrada de España en la guerra general, tendría que haber tropas españolas luchando codo a codo con la Wehrmacht. Unas tropas que fueran inequívocamente falangistas. Voluntarios procedentes del partido único, del que tiene que impulsar aún la revolución en España frente a quienes pretenden devaluar su impulso y convertir la victoria en la Guerra Civil en un nuevo régimen reaccionario. Ridruejo y Mora están de acuerdo y declaran que ellos serán voluntarios en esa eventualidad (Reverte 2011: 26).

Según Serrano Súñer, uno de los argumentos de más peso para entrar en el combate es la lucha contra el enemigo comunista, sobre todo por su apoyo a los Republicanos durante la Guerra Civil: “Rusia es culpable de nuestra guerra civil. Su exterminio es exigencia de la Historia y del porvenir de Europa” (Saña 1981: 249). A la vez, se quiere mostrar un gesto de agradecimiento por “la ayuda fraterna de Alemania

durante la guerra civil” (Proctor 1972: 132). Finalmente, a medida que se difunden en el resto de Europa las noticias sobre los éxitos del ejército nazi en el Este, que casi a diario se puede apuntar victorias, España también quiere hacer suyos los méritos bélicos conseguidos.

Con la participación en la batalla, se piensa haber encontrado una posición política relativamente neutra:

El hecho de que España no hubiese entrado en la guerra no iba a impedir que el entusiasmo de Franco y Serrano por los triunfos militares del Tercer Reich crecieron enormemente tras la victoria alemana sobre Yugoslavia y Grecia, el rápido avance alemán en los Balcanes y África, y la perspectiva de invasión de la Unión Soviética. Entendían que la posición de España en la guerra partía de la consideración de Rusia e Inglaterra como enemigos, de la afinidad con el Eje, la confianza en la victoria alemana y la percepción de que la plena dignidad nacional no podía lograrse si España se abstenía de tomar parte en los acontecimientos de Europa (Rodríguez Jiménez 2000: 363).

Resulta interesante saber que, a estas alturas de la guerra, Serrano Suñer está aún convencido de que Alemania ganará (Saña 81: 163). No obstante, el ministro destaca que hay más posibilidades de victoria si Alemania obtiene más apoyo político y militar de otros países, como el de los países arriba mencionados.

La decisión final de los franquistas consiste, por tanto, en enviar una división de soldados voluntarios a Alemania – acontecimiento que se realiza poco después de que los nazis empiecen a invadir Rusia, el 22 de junio de 1941, a las tres y cuarto de la madrugada. Desde el principio, Hitler tiene previsto terminar esta guerra en dos meses (Reverte 2011: 33 y 38).

La unidad española al frente ruso está, por un lado, compuesta de soldados del ejército y, por el otro, de un conjunto de falangistas. Como menciona Núñez Seixas (2005: 84), el número de los que son miembros de la Falange es bastante elevado. Además de los objetivos de España en lo político, muchos de los falangistas tienen un propio interés en esta batalla: destacar como fuerza militar en Europa. Por ello, adoptan fácilmente la doctrina de combatir el «judeobolchevismo», sumándose del todo a los objetivos de los nazis:

No es que los diarios españoles reciban las directivas que están llegando a las tropas alemanas, pero ese aire se respira en los que apoyan a Franco desde el alzamiento de 1936, el del antibolchevismo. Otra cosa es que, para hacerse más simpáticos a los alemanes, se incorpore cada vez más el discurso antijudío (Reverte 2011: 45).

Muchos de los soldados divisionarios provienen de profesiones académicas o periodísticas, o bien, tienen cargos importantes dentro de la Falange (Errando Vilar

1943: 24). En cambio, muy pocos de ellos proceden del ámbito militar. A la mayoría les influye, por tanto, su falta de experiencia en lo bélico y su entusiasmo con la causa hitleriana. Debido a dichas circunstancias, les fue relativamente fácil a los nazis transmitir y aumentar cierta excitación entre los jóvenes soldados. En consecuencia, se entiende a través de las procedencias profesionales de estos la admiración de los españoles por el aparato militar nazi.

Sin embargo, el entusiasmo que expresan los divisionarios falangistas varía, en función de su origen: dado que Madrid es uno de los baluartes de la Falange, la involucración de los divisionarios madrileños es mayor que la que hay en Barcelona, donde se cuenta con un número de falangistas mucho menor (Reverte 2011: 75).

El primer general que dirige la división es Agustín Muñoz Grandes y su sucesor, Esteban-Infantes. Los primeros divisionarios parten el 13 de julio de 1941 de Madrid: “Hasta diecinueve trenes salen en pocos días hacia Francia, llevando a dieciocho mil¹⁹ hombres” (Reverte 2011: 83). A finales de julio de 1941 los voluntarios llegan al campo de entrenamiento militar de Grafenwöhr (Baviera) donde efectúan su juramento a la causa alemana:

«¿Juráis ante Dios y por vuestro honor de españoles absoluta obediencia al jefe del ejército alemán Adolf Hitler en la lucha contra el comunismo, y juráis combatir como valientes soldados, dispuestos a dar vuestra vida en cada instante para cumplir ese juramento?» (Reverte 2011: 102).

Los voluntarios efectúan solemnemente este juramento, traducido a su propia lengua. La División Azul emprende el 31 del mismo mes su marcha hacia Rusia que durará algo más de nueve semanas. El recorrido la lleva primero por Polonia y después por varios lugares en Bielorrusia: la capital Minsk y las ciudades Orcha y Witebsk (Vitebsk)²⁰. Durante su viaje, los españoles pueden observar las huellas que han dejado los nazis: tanto las pruebas de la devastación de los territorios polaco y bielorruso como el número de víctimas humanas con las que se encuentran los soldados españoles tienen un impacto notable en los jóvenes. El 9 de octubre de 1941, la División Azul llega finalmente a Rusia y se coloca en la zona del lago Ilmen, en los alrededores de la ciudad

¹⁹ Este número se refiere a la primera unidad de soldados que llegó a Alemania (Núñez Seixas 2005: 84). Otros cifran el número de esta primera división española en 16.000 voluntarios (Martínez Esparza 1943: 73). Sobre el total de divisionarios españoles que se apuntaron a esta batalla, hay unanimidad en las fuentes históricas y literarias. Según Reverte (2011: 55), participaron más de 47.000 varones en edad militar, según Núñez Seixas (2005: 84) 45.000.

²⁰ La grafía de estos lugares varía en función de la fuente histórica y también se hallan diferentes maneras de escribir sus nombres en los relatos de los divisionarios.

de Novgorod (Proctor 1972: 168)²¹. Los divisionarios, en estos momentos excitados por entrar por fin en combate, no pueden imaginarse el desenlace de esta misión que durará exactamente dos años: Debido a múltiples derrotas en el frente, se termina la labor de la División Azul con la retirada de sus tropas el 9 de octubre de 1943, a orden del coronel Antonio Navarro (Salas 1989: 266). Ésta también, al igual que la ida, dura varias semanas. Muchos divisionarios pasan, por tanto, exactamente dos años en el frente ruso (Proctor 1972: 249-250). El número de muertos españoles es cifrado en al menos cinco mil divisionarios que fueron enterrados en Rusia (Reverte 2011: 556).

A pesar de no resultar una campaña militar exitosa, se ven reforzadas las relaciones hispano-alemanas por ser esta guerra una experiencia bélica muy intensa. En consecuencia también se fortalecen los valores ideológicos de extrema derecha, sobre todo en España, y a pesar de la pérdida de los alemanes.

La cantidad de obras literarias que giran en torno a la temática de la División Azul no es pequeña:

La DA [División Azul] ha generado en conjunto un número de libros de memorias, autobiográficos o biografías noveladas no inferior a ciento treinta y tres, entre 1942 y 2004. Hasta 1988, se contaban 136 títulos, entre libros, folletos, novelas y autobiografías. [...] Sin embargo, el cómputo de estos autores incluye todo tipo de textos, incluyendo textos académicos o reflexiones sobre la DA sin ser autobiográficas (Núñez Seixas 2005: 90).

Por lo que se refiere a las publicaciones literarias entre 1942 y 1945, periodo que está en el centro de esta sección, el número de obras es más reducido. Entre los autores combatientes están Juan Eugenio Blanco, Alberto Crespo Villoldo, Enrique Errando Vilar, José Luis Gómez Tello, Antonio José Hernández Navarro, Víctor José Jiménez, José Martínez Esparza, Jesús Revuelta, Luis Romero, Rodrigo Royo Masía, Ángel Ruiz Ayúcar, Tomás Salvador, Fernando Vadillo o Carlos M. Ydígoras²². Todos ellos se muestran abiertamente germanófilos en sus trabajos literarios. Sin embargo, en cuanto a sus obras, muchas han sido excluidas del presente estudio por ser publicadas después de 1945, o bien, por tratar la temática bélica sólo de manera marginal y, por consiguiente, no ocuparse del tema alemán.

En las obras literarias de este grupo se observan los diferentes motivos de sus participantes. A todos los escritores les une el hecho de haberse dejado contagiar por el

²¹ Al igual que en el caso de Witebsk, se han encontrado varias grafías diferentes de este lugar en la literatura sobre la División Azul, como 'Nowgorod' (Gómez Tello), 'Novogórod' (Proctor) y 'Nóvgorod' (Reverte).

²² Véanse Rodríguez-Puértolas 1986: 560-565 y Negreira 1991: 293-294.

espíritu de la época, que es marcado por discursos patrióticos y anticomunistas. No obstante, las posturas varían según los autores: en algunos la actitud anticomunista o antirrusa es más explícita que en otros. La mayoría de ellos se muestra notablemente pro-bélico y destaca en sus obras la necesidad de esta guerra. En cuanto a sus actitudes germanófilas se pueden interpretar en algunos casos como posturas notablemente filonazis, siempre y cuando dominan las situaciones militares con el ejército hitleriano.

Considerando las fechas de publicación arriba mencionadas, he elegido cinco obras y un ensayo que merecen ser estudiados. Cinco de ellas se estudiarán, dada la extensión de este trabajo, de forma general. Son las novelas *De las memorias de un combatiente sentimental* (1945) de Alberto Crespo Villoldo, *Campaña de invierno* (1943) de Enrique Errando Vilar, *Canción de invierno en el Este. Crónicas de la División Azul* (1945) de José Luis Gómez Tello, *Con la División Azul en Rusia* de José Martínez Esparza y el ensayo “De cómo Erich Marie Remarque no estuvo en la División Azul” (1943) de Jesús Revuelta.

La novela *¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos* (1944) de Rodrigo Royo Masía ha resultado de especial interés, ya que su autor parece ser el escritor más culto de este grupo. Su crónica abunda en referencias culturales: la literatura, la historia, la pintura, la arquitectura o el cine. Por ello, sus memorias son más amenas e instructivas que las demás crónicas y se analizarán con más profundidad a parte, en la quinta sección.

Las seis obras se analizarán en los siguientes capítulos bajo varios criterios: Uno de ellos es la fascinación por la guerra en general y el desarrollo de ésta durante la lucha que expresan los héroes literarios. La mayoría de los voluntarios españoles entran entonces por primera vez en combate y son muy jóvenes. Su euforia militar primeriza se suaviza en muchos casos con el tiempo, en otros se transforma en sobriedad e incluso desánimo, siempre dependiendo de sus experiencias. Otras figuras mantienen su actitud inicial.

También es interesante observar hasta qué punto los soldados alemanes representan en lo militar un ejemplo para los españoles:

Es la imagen, que siempre fascina a los latinos, de cómo hacen la guerra los alemanes. Suenan los cañones, vuelan los bombardeos, se mueven las columnas blindadas seguidas por la infantería. Y todo ello lo dirigen unos tipos severos que ejercen de guardias de tráfico (Reverte 2011: 36).

Lo que Reverte describe aquí como la típica imagen de una película bélica, son experiencias directas de los españoles en esta contienda. Los cronistas enfocan en estas

características nazis –su severidad, rigidez y organización– que, a pesar de ser a veces ridiculizadas, pasan por ser, en su mayoría, elementos filonazis.

Otro criterio es el de la convivencia que va surgiendo entre alemanes y españoles en el frente. Un primer paso en esta dirección es la efectuación del acto de juramento de la doctrina nazi²³. Este acto, que crea una identificación notable con los objetivos de los nazis, causa además diferentes sensaciones en los divisionarios como se verá en los siguientes capítulos.

Dado el trasfondo bélico, se estudiarán a continuación las características de estas obras, siempre respecto a su relación con el mundo germano o nazi. Cada análisis constará además de unas breves informaciones biográficas acerca del autor y de un esquema de la estructura de su obra respectiva.

4. 1. Alberto Crespo Villoldo: *De las memorias de un combatiente sentimental*, 1945²⁴

La mayoría de los relatos de los divisionarios españoles se caracterizan por un tono notoriamente autobiográfico. Es también el caso de *De las memorias de un combatiente sentimental* (1945) de Alberto Crespo Villoldo, más conocido solamente como Alberto Crespo. Sin embargo, ha resultado difícil encontrar mucha información biográfica sobre este autor, al igual que sobre los demás divisionarios. Es sabido que Crespo, Gómez Tello, Royo Masía y Revuelta, durante y después de la Guerra Civil, son figuras de cierta reputación en la escena literaria, de ideología de derechas. Crespo, además de ser novelista, escribe algunas obras teatrales y trabaja de crítico literario (De Paco 1987: 1070). A finales de los años treinta dirige el diario falangista *Cartagena Nueva* y a partir de 1943 la revista falangista *Haz*:

El 12 de septiembre [de 1937] le sucedió [a José Zaplana Chaparro] Alberto Crespo Villoldo cuya ejecutoria confirmará la orientación política y las conexiones con Sotomayor: camisa vieja de Madrid, fundador de la Falange de Murcia, herido dos veces en combate, responsable durante la Guerra de la Subdelegación Nacional de Prensa y Propaganda del SEU y fundador de la revista *Haz*, en la que venía trabajando hasta ocuparse del diario cartagenero (Vid. *Cartagena Nueva*, 12-IX-1939, citado por Egea Bruno 1996: 499).

Según otra fuente, Crespo es abiertamente anticatólico – hecho que no le hace muy popular entre la mayoría de sus compañeros falangistas que le reprochan ser un mal ejemplo para la juventud (Abellán 1978: 30).

²³ Véanse cita anterior de Reverte (2011: 102) así como Proctor (1972: 144) y Salas (1989: 252).

²⁴ Crespo, Alberto. *De las memorias de un combatiente sentimental*. Madrid: Ediciones Haz, 1945.

Su novela *De las memorias de un combatiente sentimental* está dividida, además de una pequeña introducción, en dos grandes partes que se titulan “Cartas de Javier Álvarez” y “Pequeña crónica de una chabola y de las gentes que la habitan”. Como el mismo autor reconoce en el prólogo, los capítulos de cada parte no están ordenados de manera cronológica, hecho que confunde al lector desde el inicio de la lectura de la obra. Cada parte consta de varios capítulos que, además de compartir el protagonista, apenas están relacionadas entre ellas.

Según el autor, sus intenciones con la presente obra, también llamada “estos trozos de memorias” (Crespo 1945: 7²⁵), son ambiguas: por un lado, comenta haber dudado sobre si publicar esta obra y por el otro, afirma poco después que su edición había sido forzada, supuestamente por la censura franquista (7 y 9). Ya desde el inicio de la novela resalta el sentido de humor del narrador cuando comenta que la opinión que más le importa es la del lector que nunca ha leído su obra: “Los españoles, por regla general, enjuician mejor lo que no han leído que lo que leen” (8).

En la introducción, el autor afirma que la temática bélica no será especialmente relevante en su obra: “La guerra, sin yo quererlo, se ha quedado un poco fuera de estas páginas, que sólo recogen los momentos de descanso. Esto no sé si será una virtud o un defecto” (7). Hasta el cuarto capítulo de la primera parte el narrador de Crespo cumple del todo con esta afirmación. Es sólo después cuando empieza a dejar constancia de algunas pocas experiencias bélicas relacionadas con el mundo nazi. Debido a este número limitado de referencias al mundo germano y elementos filonazis, el análisis de la novela de Crespo es más breve que los demás.

La novela está escrita en primera persona del singular y no está compuesta como un diario, sino como una novela de capítulos relativamente largos. Otro aspecto que diferencia esta narración de la de sus compatriotas es que el ‘yo’ se dirige a menudo a un amigo.

El protagonista de Crespo se describe como un hombre “humilde y recatado por naturaleza” (9). La primera de estas características tiene en común con el protagonista de Royo Masía que afirma lo mismo de su persona. Sin embargo, equipara la humildad con una especie de “vanidad disfrazada” (8) con lo que revela que está aspirando a cierto reconocimiento dentro del mundo literario. Como afirma, también es un gran amante de la literatura:

²⁵ A partir de ahora se citará siempre por la edición de 1945, ediciones Haz. La página se indicará entre paréntesis.

Ya desde pequeño, cuando principié a impresionarme con libros de grandes aventuras y grandes amores, me extrañó la frecuencia con que las firmantes de aquellas prodigiosas narraciones encontraban polvorientos manuscritos en algún rincón de una casona de pueblo y cómo después daban a la publicidad en forma de historia estos manuscritos, firmándolos, además, con el mayor desparpajo. Los años me han enseñado que esto es sólo un gracioso truco (9).

Le conmueve la idea de que su obra podría pertenecer a un manuscrito olvidado de cierto prestigio, haciendo de tal manera alusión al *Quijote*.

Conforme con el título de la primera parte, el protagonista se presenta en ésta como Javier Álvarez, de origen extremeño, pero que había crecido en León. Tiene veintiséis años y desde pequeño se ha dedicado a la poesía. Al igual que la gran mayoría de sus compatriotas afirma en el primer capítulo que aún es inexperto en términos de la guerra (16) y que, por tanto, forma parte de los soldados de la Infantería. A diferencia de otros divisionarios, el narrador de Crespo no apunta indicaciones temporales en su relato –su crónica empieza en Rusia– y también salta repentinamente de un lugar a otro, por ejemplo de Rusia a Polonia. No relata por tanto el viaje de España o Alemania a Rusia, como lo hacen los demás escritores de los capítulos cuatro y cinco, a excepción de Revuelta. Tampoco hay indicación sobre alguna batalla en concreto. Sólo es sabido que el narrador de Crespo termina con la vuelta del protagonista a España.

Una de las características destacables de este narrador es su estado triste y desanimado, muy marcado por un profundo sentimentalismo que conserva durante casi toda su estancia en Rusia. Aquel desánimo no está relacionado con ningún acontecimiento en especial como, por ejemplo, una batalla perdida o la pérdida de un camarada querido. El protagonista reconoce más bien que es una persona de carácter introvertido, que cambia con frecuencia de humor:

Soy a ratos cínico, sentimental, dionisiaco, y siempre más sensual que un fauno. En el fondo, es posible que éstas sean solamente defensas de mi timidez o enmascaramiento de mi falta de talento; no creo que, en definitiva, importe mucho (63).

En los capítulos que constituyen la primera parte de la novela, el protagonista se centra sobre todo en la descripción de sus encuentros con mujeres rusas que le fascinan. Menciona muy pocas veces a los nazis y, a diferencia de otros divisionarios, los recuerdos de su convivencia con ellos son escasos. Una de estas situaciones es el encuentro con una parte de la compañía alemana a la que los españoles tienen que reemplazar. El narrador comenta:

...cuando llegamos a la puerta, ya nos estaban esperando los tres soldados alemanes que teníamos que sustituir. Entramos. Un agradable calor y un inconfundible olor a col

fermentada y cocida llenaba toda la habitación, alumbrada débilmente por un quinqué de petróleo (48).

Este tipo de asociaciones que hacen referencia a la típica comida alemana, como lo es la col, se hallan también y con más frecuencia en otros relatos divisionarios.

A finales de la primera parte, se cuenta con un pequeño elemento filonazi cuando el narrador defiende la idea de que todos los maniáticos deberían vivir en sitios encerrados, idea que forma parte de los lemas hitlerianas: “Lo siento – dije. – Nunca me han gustado los maniáticos, es una fauna que debía estar encerrada bajo siete llaves” (89-90). Además de este comentario, el narrador no enfoca más en la temática.

La segunda parte de *De las memorias de un combatiente sentimental* consta de más elementos germanófilos y también algún elemento filonazi. El ambiente entre los soldados está marcado por pensamientos antisemitas, como refleja una conversación entre los divisionarios y un cura. Uno de los soldados comenta, reflexionando sobre cómo aprovecharse de la guerra haciendo negocios en Letonia:

Yo no he dicho precisamente que se trate de hacer contrabando. Simplemente comprar pieles en Letonia y llevarlas a España cuando vayamos; es una manera práctica de resarcirnos de ciertos sufrimientos..., digo yo..., y vengarnos a la vez de los judíos (111).

El propio narrador no comenta esta afirmación.

En lo lingüístico, el protagonista no revela si ha estudiado alemán antes de partir a la guerra. Debido al hecho de que otros escritores resaltan sus conocimientos de la lengua germana y de que el narrador de Crespo no entra en contacto directo con ningún nazi, se puede suponer que no dispone de conocimientos amplios del alemán. No obstante, utiliza con mucha naturalidad las palabras alemanas que se emplean en la época en el frente y que provienen del ámbito bélico. Pensando en el correo que reciben los soldados durante la guerra, el narrador anota en su diario, como si se dirigiera a ellos: “Eso es: cincuenta días si funcionan normalmente los *feldpost* [alemán por ‘correo militar’] y a vuestras familias les da la gana escribiros” (122). El tema del correo militar ocupa una gran parte del inicio de su crónica y así es que explica en el primer capítulo cómo su compañero Humberto compra muchas postales para enviarlas a España, llamadas “Feldpostkarten” (22).

A medida que va avanzando su crónica, el narrador demuestra sus conocimientos del ámbito cultural germano. Cuando en otro fragmento del texto, dos tenientes ofrecen coñac a los españoles, el protagonista observa que en la habitación de

los oficiales se halla la obra *Ética* del filósofo alemán Max Scheler²⁶. El número de elementos germanófilos aumenta en el quinto capítulo de la segunda parte, cuando el protagonista introduce a un teniente español que demuestra ser experto y gran admirador de la música alemana. El oficial, que queda en el anonimato por ser solamente llamado L., es sobre todo un aficionado de Ludwig van Beethoven:

Esta mañana [L.] entró en nuestra chabola tarareando un tema de Beethoven. Ama el revolucionarismo de Beethoven, y no admite que se hable de otro músico delante de él, sobre todo en tono de alabanza (142).

Sin embargo, de la misma manera que dicho oficial siente admiración por Beethoven, expresa su animadversión hacia Goethe: “Su entusiasmo por el músico alemán es tan grande como su desprecio por Goethe. «Entre el hombre que crea con el corazón y el que crea con la cabeza –dice–, me quedo con el primero»” (142). A este comentario, otro divisionario, Jaimito, replica:

Goethe fue un hombre ampuloso, sabio, siempre metido en camisas de once varas, vanidoso, egoísta. En fin, no tenía más remedio. ¿Entendéis? Sabía demasiadas cosas y era un tiranuelo en la pequeña Corte de Weimar. Conocía a Beethoven y no fue capaz de comprender su genio. Luego tembló ante Napoleón. Más tarde se murió, y, según Baroja, andará a estas horas tocando el tambor en el Parnaso (143-144).

En este fragmento, Jaimito no defiende al escritor dieciochesco demasiado. Sin embargo dispone de una actitud germanófila preocupándose del tema alemán y demostrando sus buenos conocimientos culturales del mundo germano. En dicho contexto, cabe retener que Goethe y su obra no fueron, en un primer momento, admirados por los nazis sin reservas, sino se formó con el tiempo una reinterpretación de su obra, que pretendía ir conforme con algunos de los postulados nazis:

Ciertamente, la apropiación de Goethe por la cosmovisión nazi impuso la necesidad de una profunda reinterpretación de su vida y obra, lo que pasaba por reducir al máximo el peso de su humanismo clásico y acentuar el interés por sus etapas de juventud y vejez, de mayor libertad formal y supuestamente más apasionadas y vitales. Uno de los primeros exégetas de Goethe en este sentido fue el propio H. S. Chamberlain, quien en 1912 publicó una biografía del poeta alemán –marcada por un vehemente antisemitismo– en la que presenta a Goethe como el creador de un culto a la personalidad de tintes casi religiosos y donde se afirma que es la acción artística la que acaba generando al artista. [...] Con todo, el aspecto del pensamiento goethiano que mejor encajó con la cosmovisión nazi no fue tanto su producción literaria como su concepción panteísta de la naturaleza, perfectamente integrable en la adoración del mundo natural característica del nazismo y que se oponía a la concepción cristiana tradicional (Sala Rose 2003: 174-175).

²⁶ Max Scheler (1874-1928) fue un filósofo alemán influenciado por Edmund Husserl. Su obra *Ética: nuevo ensayo de fundamentación de un personalismo ético* fue por primera vez publicada por capítulos en la *Revista de Occidente* en 1941 y 1942 (Scheler 2001: 306 y 424).

El narrador de Crespo, por su parte, se mantiene fiel a su papel de cronista y no opina propiamente sobre el poeta alemán. Mientras tanto, Beethoven sigue siendo el tema principal de las alabanzas del teniente:

¿Conocéis la «Novena Sinfonía» de Beethoven? Es una música para soldados. Principia invocando trémulamente a los hombres para salvarse, y sigue, durante todo este tiempo, llamándolos angustiosamente a la guerra. Todo el primer tiempo es un banderín de enganche. Y el segundo. Y el tercero. Los soldados marchan por la pradera con nuevo brillo en los ojos. Y luego – el cuarto – la victoria. Los guerreros vuelven victoriosos cantando entre las mieses y los viñedos. Es un canto de alegría, casi de sobrehumana alegría (Crespo 1945: 145).

En la opinión del teniente, la *Novena Sinfonía* de Beethoven tiene la función de incitar a hacer la guerra y, por tanto, a acompañar al buen soldado. Esta idea va conforme con el culto a Beethoven que fomentaron los nazis en los años treinta. El oficial se muestra con sus afirmaciones por tanto como un hombre marcadamente filonazi.

Además, el teniente deja constancia de otras experiencias bélicas con los nazis. En éstas, cumple con los estereotipos del físico de la típica mujer alemana. Relata cómo conoció a una alemana en una cervecería de buen ambiente:

Estábamos en una cervecería y todo nos parecía agradable. Servíanos una muchacha sonrosada y rubia de ojos azules muy claros que sonreía por cualquier motivo. Pensábamos todos que sería más fácil alcanzar su corazón que las murallas del Kremlin, pero no nos atrevimos a intentarlo. Era más fácil hablar o discutir (156).

Más adelante relata el encuentro con otro oficial nazi, el alférez K., cuyo desenlace es trágico: en Nowgorod, K. se enamoró de una enfermera rusa. Ambos empezaron una relación, pero murieron durante la guerra de manera trágica, el mismo día, en sitios distintos.

Aparte del teniente, el narrador describe brevemente en el mismo capítulo sus propios conocimientos de la música alemana cuando alude a una de las sagas más populares de la Edad Media. Se trata de *El flautista de Hamelín*, cuento de los hermanos Grimm, de 1248, de cuyo texto también existe una versión para la ópera²⁷.

Tras tales anotaciones, el protagonista de Crespo termina su relato en el séptimo y último capítulo apuntando los preparativos de los divisionarios para la vuelta a España.

²⁷ Lowens 2001: 15.

4. 2. Enrique Errando Vilar: *Campaña de invierno*, 1943²⁸

La novela *Campaña de invierno* (1943) de Enrique Errando Vilar, al igual que la anterior, consta de un tono notablemente autobiográfico. Sin embargo, Errando Vilar no le cambia el nombre a su protagonista sino incorpora más bien detalles de su vida real en su crónica. A pesar de ello, también es escasísima la información sobre obra y vida de este autor, de ahora en adelante llamado solamente Errando, a excepción de las citas: *Campaña de invierno* es la única novela del escritor de la que tengo constancia. Las fechas de su nacimiento y muerte son desconocidas, pero se sabe que murió a la edad de 57 años. El escritor era “un médico de derechas [y] fue director de un sanatorio que se llamó Dieciocho de Julio [... Su] clínica particular estaba en la plaza del Caudillo” (Cruz 2009) en Barcelona. Durante su ejercicio como voluntario, fue, en función de Teniente Médico, Oficial al mando de la 2ª Sección de ambulancias (Negreira 1991: 62).

Al igual que Crespo, Errando compone su obra en forma de una novela, pero con anotaciones como se encuentran en un diario. Su narrador recoge, por tanto, los hechos en primera persona, en apuntes agrupados por meses y, a excepción de la primera anotación, empezándolas siempre entre el día 1 y 3 de cada mes. Es a través de este narrador que se conocen todas las demás figuras novelísticas, que, además, son personas de la realidad contemporánea del autor y que provienen, en su mayoría, como el de (las) letras o Bellas Artes. Entre ellos también está Crespo (Errando Vilar 1943: 42-43)²⁹. Lo que les une a todos ellos, a parte de su predilección por las letras, es la enorme alegría que experimentan al ir a la guerra.

El autor de *Campaña de invierno* se identifica con su narrador; hecho que se comprueba hacia el final de la novela, cuando es presentado por uno de los nazis como el “«... Führer Krankenkraftwagenzug der Spanischen Division Oberarzt Errando» – el jefe de la Ambulancia de la División Española, teniente médico Errando” (195).

A través de este narrador se sabe que Errando era de familia de origen valenciano. Su héroe novelístico afirma además haber vivido mucho tiempo en Mallorca, información que podría equivaler también para el autor si se consideran las veces que menciona la isla y la manera en que la describe. Una de ellas es: “Mallorca es

²⁸ Errando Vilar, Enrique. *Campaña de invierno*. Madrid: José G.^a Perona, 1943.

²⁹ Se citará a partir de aquí por la edición de 1943, editorial José G.^a Perona. La página se indicará entre paréntesis.

mi segunda patria, pues si Valencia me ha dado una vez la vida, la isla me ha regalado otra” (133).

Cuando, en otro momento de su relato, compara el paisaje ruso con el mallorquín, resalta las diferencias entre ambos. Además menciona el castillo de Palma de Mallorca, la fortaleza Bellver:

Y así me gusta más que cuando la tierra parda se perdía en el horizonte sin otra cosa para romper la monotonía obsesionante de su perspectiva gris que la mancha verde de un bosque. [...] Es como el mar. No es igual en dos segundos. Desde los pinos de Bellver yo he visto en la más bella de las islas cambiar el Mediterráneo según la hora del día. En esta latitud, tan lejos de Mallorca, la nieve, como aquel mar, no se ha dejado mirar con el sol que hace saltar en mil cristales el arco iris (33).

En otro fragmento del texto, recuerda la isla de Cabrera que se encuentra al sur de Mallorca, cuando conoce a un compatriota cuya familia también tiene orígenes en Mallorca (104-105).

La profesión del protagonista es la del autor: ambos son médicos. El protagonista es un joven cirujano que ejerce, en una de las compañías, el cargo de teniente médico (195). Debido a ese trabajo entra durante la lucha con frecuencia en contacto con heridos de todo tipo, tanto españoles como alemanes, pero también rusos. En el ejercicio de su profesión va conociendo asimismo a muchos nazis de cierto rango militar que en algunos casos provienen, como él, del ámbito médico.

La novela contiene, en su estructura de diario, detalladas descripciones de la vida en el frente. Cada capítulo consta de varios apuntes de un mismo mes. Conforme con los hechos históricos la acción narrativa se desarrolla entre octubre de 1941 – fechada con ‘12 de octubre’– y el 22 de abril de 1942, última indicación temporal al final de la novela. Sin embargo, la misión del protagonista en el Este ya termina el 2 de abril, cuando emprende con su compañía el largo viaje de vuelta hacia España. La novela concluye con un divisionario que ya anhela desde hace tiempo el regreso a su país. La euforia primera de la guerra se ha convertido entonces en un estado de alivio y agradecimiento por haber sobrevivido.

En su función de teniente médico y oficial de una de las secciones de ambulancias, el protagonista ocupa un puesto de cierta responsabilidad y, antes de recapitular los detalles del viaje a Rusia, da una pequeña descripción de la compañía que tiene a su mando:

Mis soldados, viejos falangistas, son nuevos en este forzado trabajo. Pero tienen tesón. Y el español ha logrado su tumba al lado de otras muchas alemanas. Dos más allá

rezaba el nombre de un Schubert³⁰ sobre una cruz. La de nuestro camarada llevará nombre gallego... (12-13).

Es de considerar que la mayoría de los divisionarios son muy jóvenes y, en cuanto a sus conocimientos militares, bastante inexpertos. Este comentario, en el que el protagonista expresa algo de su preparación mental para la guerra, consta además de un primer elemento filonazi, ya que el hecho de que un soldado gallego esté enterrado en medio de tumbas alemanas es considerado un honor por parte del narrador.

El tono filonazi de la crónica de Errando se mantiene cuando, a continuación, se relata el viaje de España a Alemania, pasando por Francia. El narrador hace entonces hincapié en la buena y meticulosa organización de los alemanes así como en el trato amable que se les ofrece a los divisionarios:

Nuestro paso por Francia fue rápido. La perfecta organización alemana nos hizo aquella primera demostración de su efectividad. Los trenes que transportaban a la División Azul tuvieron sus paradas previstas. En las estaciones las «Schwestern-Helferinnen» (hermanas enfermeras de la Cruz Roja alemana) nos ofrecían comida caliente, y cuando nuestro paso por alguna estación donde el tren tomaba descanso no coincidía con horas de comer, llenaban nuestras cantimploras de café y, ¡claro está!, nos ofrecían su simpatía como siempre (13-14).

Más adelante, cuando describe la manera de calentar los motores de los coches nazis, alaba una vez más la preparación y previsión de los alemanes y concluye: “Todo llega a estar prevista en la formidable organización alemana” (134).

Poco después, en Alemania, esa amabilidad por parte de la población germana aún aumenta. Con la acogida entusiasta de la gente que saluda frenéticamente a los soldados viajeros desde los andenes y estaciones de tren, éstos sienten como se les agradece el apoyo a su país:

Nuestro viaje por Alemania fue algo inolvidable. Llenas las estaciones. Bandas de música. Banderas. Una multitud entusiasta aclamaba a Hitler y a Franco. Aprenderon a saludarnos gritando: «¡Arriba España!» Pero hubo algo que nos conmovió más. Fueron aquellos pasos a nivel, donde el tren no paraba y acudía la gente, no en llamada oficial, sino en espontánea muestra de afecto, a saludar nuestro paso. Acudían niños, mujeres rubias, ancianos... Con sus bicicletas recorrían dos, tres, cinco kilómetros, desde pueblos apartados. Y este espectáculo se repitió siempre. Aún recuerdo aquella estación donde llegamos de noche, ya todos durmiendo en los asientos, y en la que nos despertaron los habitantes del pueblecillo, que acudían hasta nuestro vagón con una postal, una cajetilla de tabaco, una flor; siempre un obsequio para el soldado. Allá en el corazón de Baviera nos esperaba el maravilloso campamento (14-15).

Los divisionarios, que se dejan contagiar por dichos agradecimientos efusivos, llegan entonces al campamento militar en Grafenwöhr. Ahí están provistos de los

³⁰ A partir de aquí fueron corregidas las erratas, sobre todo en la ortografía de palabras alemanas, por la autora de este trabajo.

uniformes alemanes y, en un pequeño acto oficial, efectúan el juramento a Hitler. Así es como el narrador de Errando comenta este acto:

Contestaron todos los españoles: «Juro!...» Allí estábamos – lo había dicho el general – lo mejor de nuestra raza. Lo mejor de nuestra raza no tenía suficientes glúteos para rellenar tanto cuero y tanto paño. Estaba bien patente: a todos nos sobran pantalones. Pero tuvimos los pulmones fuertes para gritar con todo entusiasmo: «¡Arriba España!» (17).

Es posible que el narrador aspire con este comentario por un lado a una equiparación entre el ejército de los divisionarios y el nazi. A pesar de las diferencias físicas entre españoles y alemanes que el narrador menciona aquí de manera irónica – aludirá a ellas también más adelante (126)– se percibe aquí cierta identificación entre los divisionarios y los nazis, considerando el lenguaje del narrador: habla de “lo mejor de nuestra raza” y utiliza así una expresión de los nacionalsocialistas. Finalmente, los españoles demuestran que creen en el objetivo de su misión, algo que apunta a que la sensación de una unidad militar hispano-alemana ya ha crecido.

A diferencia de otros autores divisionarios, el protagonista de *Campaña de invierno* no trata mucho el antisemitismo y tampoco hace especial hincapié en la imagen del enemigo, es decir, en las características rusa y comunista. Sin embargo, comenta, al igual que el narrador de Gómez Tello, la estigmatización de los judíos. Aunque describe también la imagen del judío como enemigo, lo hace desde una perspectiva bastante templada, expresando una actitud de rechazo poco explícita contra esta comunidad:

Los judíos, inconfundibles con sus signos raciales, significan el 35 por 100 de los habitantes. Hay que defenderse de ellos. Van señalados con una estrella amarilla de cinco puntas sobre el traje. También hay que saber dónde viven. En las ciudades se demarca un barrio, verdadero «Ghetto», y en los pueblos se repiten los letreros de «Hier wohnen Juden» (aquí viven judíos) en las casas donde una familia israelita tiene su hogar (20).

En otros momentos del texto, el protagonista hace hincapié en el buen funcionamiento del campo de entrenamiento y en la belleza del lugar en el que éste se encuentra. Su recuerdo es marcado por un paisaje bávaro de carácter pintoresco y romántico:

Un día dejamos el grandioso campamento junto al pueblecillo chico. Llevábamos un recuerdo de sus lagos pintorescos, de sus bosques llenos de toscas y viejas capillas y antiguas tallas del Crucificado, de sus habitantes con pantalones cortos de cuero y sombreros de fieltro adornados con plumas y del las muchas veces que habíamos formado al cabo del día (18).

Todas aquellas primeras experiencias, en las que las figuras entran en contacto con el mundo germano, son calificadas de manera positiva. A través de sus comentarios,

el narrador anticipa ya algo de la buena convivencia que se establecerá entre ellos más adelante en el frente, no sólo entre el protagonista y los nazis, sino también entre los demás españoles de su compañía y algunos de los soldados alemanes.

De la misma manera que el narrador de Errando describe positivamente el paisaje de Alemania le aplica atributos positivos al adorno de los vestidos de sus habitantes. Así, alaba las autopistas alemanas, construidas por Hitler, calificándolas como las mejores:

Nuestra División deshacía marcha tras otra sobre la gran pista de Minsk a Moscú, una autopista de considerables dimensiones en trazo recto, donde el vehículo automóvil podía marcar su velocidad máxima. Sin embargo, a pesar de su tamaño, no podía competir ni siquiera en dimensiones con las magníficas autopistas alemanas. Me enteré que fue construida con batallones de condenados a trabajos forzados. Cumplía un fin: la propaganda. No otro. En Rusia no hay automóviles particulares (21).

A principios de octubre, cuando los divisionarios se posicionan en Novgorod (Rusia), a las orillas del lago Ilmen, el narrador comenta: “Novgorod tiene entonces guardianes nuevos: la División Azul en línea” (10). A partir de entonces, la convivencia entre los soldados de ambos pueblos se empieza a intensificar. Desde el principio es notable el interés que demuestran los españoles por conocer la mentalidad germana: “Hay en nuestros soldados una gran curiosidad por conocer todo lo alemán” (22).

En algunos aspectos *Campaña de invierno* recuerda la novela *Alemania. Impresiones de un español* (1968) de Julio Camba cuyo protagonista viaja durante varios meses por este país, centrándose en las diferencias culturales con España. Al igual que ésta, una de las primeras novedades en el frente para la figura principal de Errando, son las múltiples actividades que están prohibidas. Resalta la cantidad de carteles que señalan todo lo *verboten* (alemán por ‘prohibido’), como por ejemplo el hecho de beber el agua de los pozos (23). Además, el narrador se familiariza con la comida alemana. Respecto a los hábitos alimenticios del pueblo germano se demuestra menos entusiasta: mientras la *Sauerkraut* (alemán por ‘col agria’) no es de su gusto, alaba las tortillas de mermelada de fresa (23).

A lo largo de la novela, el protagonista va conociendo más costumbres alimenticias alemanas y establece buenas relaciones con algunos nazis. Cuando uno de los oficiales invita al protagonista a su casa, éste alaba el buen gusto de los alemanes, refiriéndose a la decoración de interiores de sus casas: “Es admirable la habilidad de los alemanes para hacer comfortable la chabola o habitación en que viven. Se preocupan hasta de la parte estética. Nunca falta algún motivo de ornato en sus paredes” (24).

Entre los nazis se halla una figura caracterizada de manera muy positiva por el narrador y es Hermann Brunner, reverendo e intérprete de Sanidad. Debido a la actitud hispanófila que demuestra Brunner, se establece durante su estancia en el frente una amistad entre el reverendo y el médico:

He ido con Brunner a la Plana Mayor de enlace alemana. Brunner es el intérprete de la Jefatura de Sanidad. Es un alemán que conoce admirablemente nuestro idioma. Vivió en España algunos años, la mayor parte de ellos en Mallorca. Esto hace que sienta motivo de simpatía hacia él (133).

El narrador que ha demostrado desde el principio de su obra una notable actitud germanófila –todavía en España ha adquirido conocimientos de la lengua alemana– asiste en el frente, para profundizar estos conocimientos, a clases de conversación junto a otros divisionarios. Brunner que es quien ofrece este tipo de clases le es en este contexto de gran utilidad:

Brunner, nuestro querido y buen amigo Brunner, ha accedido a darnos alguna clase para perfeccionar nuestro alemán. [...] En las clases nos reunimos con nuestro Capellán don Hilario Gómez. [...] Los demás son Celestino, Solá, Federico Izquierdo, Bruno, José Guillén, Navarro. Mis soldados no se explican por qué estudio yo alemán todavía. Lo comprendo. Ellos ven que nosotros nos entendemos. Y ellos, sin entenderse, dicen que saben hablarlo. Puedo preguntar al más insignificante «guripa». Con una osadía sin límites maneja «gut», «Fräulein», «bitte», «danke» y «kaputt». Con estas palabras, muy poco más, lo explican todo (148-149).

Las situaciones en las que el protagonista se relaciona con Brunner reflejan no sólo la actitud filonazi del protagonista, sino revelan además la hispanofilia por parte de este alemán.

Hermann Brunner es el enlace entre el protagonista y otros militares nazis de rango importante que con frecuencia rinden homenaje al buen trabajo del médico español. En varias ocasiones, le invitan por la noche a sus casas para brindar con él. A través de estas situaciones, el narrador llega a conocer algunas costumbres alemanas:

Nos ponemos en pie. Los alemanes levantan su vaso a la altura del primer botón de la guerrera, y lo sostienen así por un momento y todos a la vez. Luego beben. Es costumbre que veo repiten en todas partes (196).

Aparte de los brindis y discursos que dedican los alemanes a los divisionarios españoles para agradecerles su apoyo, otras veces les obsequian con pequeños regalos (210). Al brindis le sucede con frecuencia el canto. Resalta que Errando en su crónica, a diferencia de otros escritores divisionarios, insiste también en el acto de cantar canciones militares junto a los alemanes. Estas canciones constituyen un elemento de unificación entre ambos ejércitos:

Ahora una canción alemana. Y todos, cogidos de la mano, sentados alrededor de la larga mesa cuadrangular, nos balanceamos al compás. Después, cuando surge otra copla flamenca, ya todos baten las palmas acompañando, como si estuviéramos en el más típico colmado andaluz. [...] También ayer fuimos camaradas y mañana lo seguiremos siendo en el momento del combate (197-198).

Situaciones como estas, en las que el narrador recuerda tradiciones españolas, les sirven a los soldados para olvidar la situación bélica. Valorada de manera muy positiva, los divisionarios viven en este momento una camaradería muy intensa, hasta enriquecedora en cuanto a la mezcla de las dos culturas. Los alemanes, por su parte, no sólo agradecen a los españoles su apoyo militar, sino algunos de ellos demuestran también una actitud hispanófila, cuando se interesan por el aliado ibérico:

Anoche cenaron conmigo Wolf, Fengler, Brunner y Periel. Tenía una botella de Viña A B de González Biass, que me regaló mi arquitecto. Mis amigos alemanes se deshicieron en elogios hacia el buen vino español. [...] Estos tres alemanes que conviven con españoles están apreciando nuestras virtudes (167).

Este tipo de comportamientos hispanófilos que se puede observar también en otros momentos (24 y 152) contribuye a intensificar y mejorar la camaradería entre los soldados.

Hacia el final de la crónica de Errando, a partir de enero de 1942, aumenta aún el número de situaciones en las que se celebra la unidad hispano-alemana. A menudo se describe además con cierta euforia. El 14 de enero, el narrador anota: “He estado trabajando todo el día. Por la noche han venido a mi casa de madera mis amigos alemanes. Brunner, el reverendo Brunner, ha traído unas botellas de champagne” (153).

Poco después, los soldados brindan y exclaman:

«¡Por el triunfo de nuestras banderas y por el amor!» Mi Cruz de Hierro, concedida por las noches de Posad, ha llenado de alegría a mis soldados. El champagne vuelve a descorcharse con estrépito... «¡Nuestras banderas victoriosas y el amor!» Siempre nuestro brindis en todas las ocasiones solemnes (153).

A través de tales encuentros, el narrador tiene la posibilidad de familiarizarse con las costumbres de la sociedad alemana y de trabar amistades. Este tipo de situaciones aumentan por tanto no sólo su actitud germanófila sino también su filonazismo.

De vez en cuando, el narrador recurre también a los estereotipos que existen en la época en España respecto a Alemania y los alemanes. En un fragmento del texto, cuando describe el despacho de uno de los médicos nazis, alaba “ese orden metódico que domina en todas las cosas alemanas” (180). En otro momento traza el físico de las mujeres alemanas, en el despacho del mismo médico. Recurre aquí a uno de los típicos

estereotipos extendidos entre los españoles hasta hoy en día, el de la chica alemana rubia, de ojos claros: “También [está] la foto de una alemanita esbelta y musculada, muy rubia, con ojos casi sin color de tan claros” (180).

En cuanto al idioma alemán, que a primera vista resulta una lengua difícil para los españoles, no se asocian únicamente ideas positivas. Así es que el narrador también describe situaciones en las que españoles y alemanes no se entienden por no saber demasiado bien el idioma del otro. Sin embargo, a través de la ironía tan propia de Errando, el narrador suaviza en sus descripciones el estereotipo de que el alemán es una lengua muy difícil de aprender. De esta manera, su narración se hace más amena. Cuando se refiere a algunos momentos de índole lingüística dicha ironía se percibe:

Como en su propia casa, con una desenvoltura que me pasma, veo estos magníficos soldados nuestros discurrir por todas las carreteras. Ellos encuentran a un alemán y no dejan de hablarle. Manejan cuatro palabras del idioma, cuatro palabras, que, como dice mi amigo Juan Pablo D’Ors, son siempre de cortesía. Pero ellos no se asombran de nada. Yo he visto a un «guripa» hablar con un alemán media hora. Lo ha hecho sin pestañear. Lo que él decía en castellano, no tenía la más remota semejanza con lo que el soldado alemán le contaba en su lengua. Esto no ha sido motivo para que hayan dejado de saludarse muy cortésmente y despedirse, lanzando el buen español un «Auf Wiedersehen» perfecto. Después, los dos se han alejado tan ufanos. El soldado español, apenas ha encontrado un paisano, le ha dicho satisfecho: – Vengo de hablar con un alemán. – ¿Y qué te ha dicho? – Ah, no lo sé; era de una región donde pronunciaban muy mal, y apenas se le entendía (27-28).

Resalta en esta situación la actitud relajada y aparentemente natural con la que los soldados españoles se mueven hablando alemán. Además parece, por cómo se comentan dichas situaciones, que la falta de comunicación no afecta al buen ambiente entre ambos ejércitos. Este tipo de reflexiones sobre la importancia y la capacidad de los españoles de saber alemán, comentados de manera irónica, se encuentra también en otros autores germanófilos y filonazis, como José Antonio Giménez Arnau o Julio Camba, para sólo mencionar dos ejemplos³¹.

En general el narrador ofrece su buen dominio de la lengua germana, incorporando en su relato muchas palabras y expresiones de este idioma. Además de citar nombres de profesiones o de equipamiento bélico, apunta, describiendo uno de los cuarteles nazis, afirmaciones como: “Pegada a la pared y recortada de *Signal*, una bailarina danzando con un velo. Me sirven unas patatas cocidas mezcladas con «Wurst», embutido alemán cortado a pequeños trozos” (249) y, en otro momento: “Mi amigo el filósofo alemán

³¹ Véanse José Antonio Giménez Arnau. *Línea Siegfried*. Barcelona: Destino, 1981: 33 y Julio Camba. *Alemania. Impresiones de un español*. Madrid: Espasa-Calpe, 1968: 46. Mientras Giménez Arnau deja constancia de sus experiencias durante la Segunda Guerra Mundial, Camba describe la Alemania de principios del siglo aunque la primera edición de su obra sólo se publicó en 1947.

Krankensammelstelle [alemán por ‘centro de recogida de enfermos’] hace una apología del español” (263).

Además de sus conocimientos de la lengua germana, el narrador también demuestra su cultura en términos literarios. En una conversación con un voluntario veterano, el soldado mayor le hace recordar un verso de una obra goethiana. Explicando sus motivos por luchar en esta guerra, recita: „«Ein guter Mensch in seinem dunklen Drange / Ist sich des rechten Weges wohl bewusst». (El hombre justo comprende siempre en medio de la turbulencia de sus anhelos, dónde está el verdadero camino.)” (94-95). Una vez más, la obra de Goethe es interpretada de forma pro-nazi.

Más inquietudes literarias del protagonista se hacen notar cuando, a principios de la sexta parte, titulada “La batalla del Voljov”, reflexiona sobre la literatura europea en cuyo contexto también cita a Goethe. A la vez reflexiona sobre el sentido de la guerra:

Es vicio muy español éste de no darle importancia más que al derramamiento de sangre. [...] Sin embargo, no tenemos derecho a mirar con desprecio a los que no luchan con las armas si vencen con el espíritu. El engrandecimiento de la Patria exige algo más que el sacrificio de la vida. Y viene aquella cita de Goethe que también, para apoyar algo semejante, trajo Ganivet hasta las páginas de su *Idearium español*, un librito muy pequeño que los adolescentes españoles debieran leer mucho antes que las inmoralidades y sofismas de Stendhal, Nietzsche, Stefan Zweig u Oscar Wilde: «Yo he procurado llegar hasta donde más alto he podido en aquellas cosas a que me sentía inclinado por mi naturaleza; he trabajado con pasión; no he perdonado medio ni esfuerzo para realizar mi obra: si alguno ha hecho tanto como yo, que alce el dedo» (239-240).

El narrador constata aquí que el escritor español se dejó inspirar por el autor alemán, hecho que se puede interpretar como elemento germanófilo. Además, hace hincapié, a través de esta cita, en la importancia del trabajo duro y constante, ya sea en lo militar o en otros ámbitos, tal como lo proclama Goethe. Dicha cosmovisión también es propia de los nazis.

Conforme con el espíritu de la época muchos de los escritores españoles de la primera mitad del siglo XX conocen, ni que sea por extractos, las obras de Goethe y las citan con relativa frecuencia en sus novelas³². Nociones literarias de tal índole pueden ser consideradas como la herencia de una ferviente actitud germanófila en la España de principios del siglo XX (Ortiz de Urbina 2007: 194). El narrador de Errando demuestra

³² Compárese, por ejemplo, el comportamiento de una de las figuras de *Se ha ocupado el kilómetro seis* (Benítez de Castro 1940: 38) que sabe sonreír “mefistofélicamente” o el de Margarita, la protagonista de *Cristo en el infierno* (Ricardo León 1941: 372), que es una experta en música y literatura alemanas, y que también está familiarizada con la obra goethiana.

por tanto que no es el único autor de la División Azul que se interesa por la literatura alemana, particularmente por la de la Ilustración y del Romanticismo.

Además de la germanofilia por la literatura, muchos novelistas manifiestan también su admiración por las músicas alemana y austriaca, por ejemplo Baroja, como se ha podido observar en el capítulo 2. 2. Mientras los conocimientos de Baroja en lo musical son bastante amplios –no sólo cita a Mozart y Beethoven, sino también a Schubert, Schumann y Wagner– el narrador de Errando menciona sobre todo a Schubert y Mozart. De sus conocimientos deja constancia cuando describe el acto de juramento de los soldados, acompañado de un trasfondo musical. Durante la ceremonia:

[u]n acordeonista vestido de frac interpretaba irreprochablemente a Schubert y a Mozart. Había payasos y equilibristas...Y de nuevo bailaban las muchachas: era lo que más gustaba (Errando Vilar 1943: 18).

Más adelante, en compañía de uno de los capitanes médicos de los nazis, el protagonista disfruta de la obra de grandes compositores alemanes, cuya música les gusta a los nazis:

Hemos oído en los discos del «Stabsarzt» [alemán por ‘capitán médico’] toda la quinta sinfonía de Beethoven. Dos veces escuché la fuerza maravillosa del amor, desbordada en el aria del primer acto de «La flauta encantada»³³, de Mozart. Todavía conservo en mi memoria la voz embriagadora de Tamino. ¡Ansias de amor adolescente! Por la plateada cinta del camino, el coche destinado a mi servicio me lleva. Y yo envío a los caminos del cielo un deseo crecido con la música (134-135).

El efecto que causa la música alemana en el protagonista en ambas situaciones es muy positivo. Además, los soldados de la División Azul no sólo la escuchan, sino aprenden también a cantar en el otro idioma. Una de sus canciones es *Siegfriedlinie*³⁴, tema muy popular durante la Segunda Guerra Mundial:

Después Wolf toca el acordeón. Está aprendiendo a manejar este instrumento desde que estamos en el frente. Y empieza con la conocida canción «Siegfriedlinie», que los españoles conocen, y hasta le han aplicado letra en nuestro idioma, bajo el nombre de Lili Marlen³⁵ (157-158).

³³ Hoy, también oficialmente, traducido de forma correcta como “La flauta mágica”.

³⁴ La ‘Siegfriedlinie’ es la denominación de una muralla construida entre 1936 y 1940 por motivos propagandísticos de la guerra. Marca la frontera entre Alemania y los países del oeste, extendiéndose desde Kleve (Países Bajos) hasta Grenzach-Wyhlen (Suiza) (Moschek 2010: 29-30). Además, el nombre ‘Siegfriedlinie’ es utilizado como título para algunas canciones patrióticas (Inglis 2010: 132).

³⁵ ‘Lili Marleen’, el título original de esta canción, es el nombre de una de las canciones bélicas de la Segunda Guerra Mundial que ha sido traducida a varios idiomas, entre ellos, el español. El origen de la canción se remonta ya a la Primera Guerra Mundial y es muy popular entre todos los divisionarios. El nombre de Lili Marleen no se refiere a ningún personaje real, sino a una anécdota sobre una chica bonita de la que está enamorado un soldado alemán. Se hace aún más famosa con la interpretación en inglés de Marlene Dietrich en 1945 (Jones 2010: 147-148).

Resalta que en estas situaciones de buena convivencia entre españoles y alemanes no se alude, de manera ninguna, a la guerra. Más bien se parece la narración al relato de un excursionista.

A pesar de esta falta de alusiones bélicas en algunos momentos, el narrador no deja de recordar la función de Alemania en esta guerra. Realza con frecuencia su función como nación que lucha con éxito contra el comunismo y hace hincapié a esta cuando comenta: “Los estonios contemplan con simpatía esta intromisión germana, pues no pueden olvidar que fue Alemania quien les liberó del comunismo” (280).

Como un círculo se cierra la crónica de Errando cuando vuelve al final de su relato a las descripciones paisajísticas de Alemania. Una vez terminada su misión en el Este, los soldados llegan a Berlín. El diario del héroe narrativo indica el 13 de abril:

Llevamos unos días en Berlín. La capital del Reich, en guerra, ofrece el ejemplo del alto patriotismo alemán. Todos cumplen exactamente con todas las disposiciones dictadas. Los sacrificios que impone la guerra alcanzan a todos y nadie quiere eximirse de ellos. Alemania está íntegramente movilizada. Solo uniformes en las calles, extraordinariamente animadas. Las mujeres cobran en los tranvías, otras hasta conducen, y una legión de muchachitas jóvenes visten el uniforme de Aviación o el de telégrafos. Vemos algunos paisanos, pero todos son extranjeros. Un obrero español nos dice que disfruta de un buen sueldo que le permite cubrir todas las necesidades y mandar ahorros a España (285).

A pesar del poco éxito que tuvo la División Azul en Rusia, el narrador da aquí una imagen muy positiva de una Alemania aún en guerra. Comenta positivamente tanto la naturalidad con la que los alemanes asumen el estado bélico de su país como las consecuencias que aquello conlleva.

En la última parte de la novela, durante un acontecimiento deportivo (286) y después de rendirles homenaje a los divisionarios, los españoles vuelven definitivamente a sus casas. La novela termina con un protagonista que ya anhela desde hace tiempo el regreso a su país. No obstante, en vez de expresar euforia, agradece a Dios haber sobrevivido.

En lo que más se centra el héroe novelístico de *Campaña de invierno* es, por un lado, la organización alemana, caracterizada como muy meticulosa y completa. Por otro lado, el narrador hace hincapié en la cálida acogida con la que los nazis reciben a los voluntarios no sólo en Alemania, sino también en el frente. La primera característica mencionada se puede considerar una idea preconcebida del narrador en la que se ve reafirmado por su participación en la División Azul. Para suavizar su prejuicio, mencionado con frecuencia, el protagonista realza que los nazis, incluso en tiempos de guerra, no se olvidan de la importancia del entretenimiento de los soldados:

Tengo que afirmar que es una buena cualidad de los alemanes estos recursos a los que con frecuencia acuden, proporcionando con su organización y sencillez unos minutos de esparcimiento. Para este mismo fin disponen las Compañías de Propaganda de equipos proyectores de cine sonoro con los que pueden acudir al más inmediato frente y dar a conocer varios reportajes de actualidad sobre guerra y una película de largo metraje (218-219).

Finalmente, como la mayoría de este tipo de relatos, también la crónica de Errando se caracteriza por un tono notablemente panfletario cuando, por ejemplo, cita las palabras de Muñoz Grandes que agradece el trabajo de los divisionarios: “«Alemania os admira y España está orgullosa de vosotros; y yo agradecido, muy agradecido, a cuánto me dais, os ofrezco cuanto soy. Vuestro General, Muñoz Grandes.»” (254).

Al fin y al cabo, el protagonista define su papel en esta contienda, dentro del ejército español, como el apoyo a Alemania: “Alemania prevé. Y España ayuda” (267-268).

4. 3. José Luis Gómez Tello: *Canción de invierno en el Este. Crónicas de la División Azul*, 1945³⁶

El tercer autor divisionario del presente estudio es José Luis Gómez Tello (1916-2003). Gómez Tello trabaja de crítico literario y cinematográfico en diversas revistas, entre ellas *Arriba*. También es novelista y antes de publicar su crónica sobre la División Azul ya ha escrito varios artículos sobre la guerra en Rusia³⁷. Gómez Tello, de ahora en adelante llamado solamente Gómez a excepción de las citas, también forma parte de los primeros divisionarios que partieron rumbo a Rusia en 1941, al igual que Errando (Rodríguez-Puértolas 1986: 561). Su novela *Canción de invierno en el Este. Crónicas de la División Azul*, publicada en 1945, cumple, como indica la segunda parte del título, con las típicas características de las obras divisionarias: tiene forma de diario y recoge sus experiencias en la división desde su salida de España hasta su regreso, con gran atención en el periodo bélico. El relato de Gómez también tiene un carácter notablemente autobiográfico; se narra en primera persona del singular.

La novela consta de tres grandes bloques que, a su vez, están subdivididas en varios capítulos cortos. La primera parte, titulada “A través de cuatro países en guerra”, sirve de introducción a la batalla contra los rusos. Se centra en algunas impresiones del

³⁶ Gómez Tello, José Luis. *Canción de invierno en el Este. Crónicas de la División Azul*. Barcelona: Luis de Caralt, 1945.

³⁷ Compárense, entre otros, “Sobre el hielo ruso” (*Arriba*, 10.4.1942), “Desde Rusia. Un testigo excepcional” (*Arriba*, 8.5.1942) y “Crónicas del Este. Una primavera en Rusia” (*Arriba*, 12.6. 1942) (Rodríguez Jiménez 2000: 371).

protagonista acerca de Francia, Alemania, Letonia y Estonia, países por los que ha viajado durante la guerra y que le han marcado notablemente. El narrador dedica a cada uno de estos países un capítulo, en el caso de Alemania incluso varios. La segunda parte se titula “La Rusia soviética que yo he visto”, con el subtítulo “Tras las fronteras del enigma”. Enfoca particularmente en las descripciones paisajísticas de Polonia y de la actual Bielorrusia y habla de la presencia alemana y rusa en el este de Europa. Sus diferentes capítulos marcan el camino de Polonia por Bielorrusia y Letonia hasta Rusia donde las paradas más destacables son San Petersburgo y Nowgorod. La tercera y última parte se refiere a la vez a la segunda parte del título y al género de la novela, titulándose “Crónicas de la División Azul”. Se trata de la sección más autobiográfica de esta obra.

Aunque en la primera parte de la novela no hay ninguna indicación exacta del comienzo de la acción, se sabe, por el título, que la crónica empieza en verano de 1941, ya que hace referencia al paso por Francia. No obstante, el protagonista de Gómez que queda en el anonimato durante toda la novela, se concentra sobre todo en los meses de invierno de la lucha³⁸. A partir de la tercera parte, se hallan con más frecuencia fechas concretas en la narración, haciendo hincapié a momentos culminantes de la contienda. El narrador se atañe al periodo entre Navidad de 1941 y Pascua de 1942 (Gómez Tello: 145 y 164³⁹).

Por lo que se refiere al lugar de los hechos, aparte de los dos primeros capítulos sobre Francia y Alemania, la novela se centra en la acción en la entonces Unión Soviética. Con precisión, el héroe narrativo indica las diferentes paradas de su viaje, pasando por Letonia, Estonia y Bielorrusia.

La primera parte del primer bloque se titula “Francia. Tours, «Place Pétain» et «Rue Nationale»” y en el primer capítulo se describe una Francia que se ha sumado a la causa alemana, una Francia antisemita y pro-germana: “Y en los quioscos de los periódicos se vende *Le Pileri*, rabiosamente antisemita, que publica en cada número una sabrosa lista de nombres franceses con antecedentes judíos” (12). Además, menciona algunos signos nacionalsocialistas que indican la ocupación y presencia de los nazis en Francia: “La bandera alemana se riza en un gran edificio de cartelones pintados. Es lo único visible de la ocupación, que no se hace notar” (13-14).

³⁸ Véase el décimo capítulo de la tercera parte, titulado “Navidad española en la nieve” (Gómez Tello 1945: 137-139).

³⁹ Las indicaciones de página entre paréntesis se refieren en lo que sigue a la edición de 1945, editorial Luis de Caralt.

Durante toda la novela se hallan menciones a los estereotipos típicos de la época, acerca de los alemanes. Uno de ellos es la serenidad con la que los alemanes hacen la guerra, como comenta el narrador describiendo la defensa de los alemanes y destacando durante esta su calma imperturbable:

A la altura de Podsberejsa, un alemanito, muy tranquilo, plantaba su compañía y sus ametralladoras en medio de la carretera, y segaba las avalanchas rusas. Así se defendió la carretera de Leningrado (161).

También se refiere a las características de la disciplina y exactitud, que tanto se asocian con el carácter germano. Aún en la primera parte, en el apartado titulado “Alemania” en cuyos capítulos el narrador recuerda sus primeras impresiones de este país, se encuentran bastantes referencias a dichas características. Así es que, una vez en Baviera, al narrador le sorprende positivamente el carácter pulcro de la zona: “... los vidrios bien limpios, las maderas bien fregadas y los cobres brillantes” (15).

Aunque no tan a menudo como Errando, el narrador de Gómez también hace referencia a las características geográficas de Alemania: alaba con frecuencia el paisaje pintoresco de Baviera y realza la belleza de la zona con sus canales de agua y sus casas de paredes entramadas. Resalta el carácter romántico de la región sureña de Alemania, atribuyéndole un ambiente amoroso:

... estoy seguro de algo: si todos los géneros del amor desaparecieran repentinamente de la tierra, sólo dos sobrevivirían: el amor español, primero, y el amor en Baviera, después. Porque dentro de mil años, Don Juan seguirá raptando a las mocitas sevillanas, y dentro de mil años habrá una pareja silenciosa acodada en un puente de Baviera, mirando el agua pasar... (19).

La cita del paisaje puro y pintoresco de Baviera y la equiparación entre el amor español y el alemán se pueden considerar aquí como elementos germanófilos.

A pesar de sus alabanzas, el protagonista critica en otros fragmentos del texto ligeramente la organización de los nazis, a su modo de ver a veces excesiva. Con un tono que recuerda al de Errando ridiculiza el aspecto físico de la ‘Schupo’⁴⁰, un grupo de soldados alemanes, y cuestiona su utilidad: “Una gendarmería lujosa, tan lujosa, que estáis enseguida al cabo de la calle: estos «schupos» de casco charolado y uniforme de gala sólo sirven para adorno de las aldeítas pacíficas” (17).

Pese a este tipo de comentarios, el protagonista demuestra desde los comienzos de sus apuntes diarios una fuerte identificación con los fines de esta contienda y, por consiguiente, con los objetivos de los nazis. Lo demuestran, por un lado, el gran número

⁴⁰ Abreviación de *Schutzpolizei*, alemán por ‘policía de protección’.

de expresiones antisemíticas y, por otro lado, las afirmaciones anticomunistas. En ningún momento, el narrador oculta sus pensamientos antisemitas, postura que equivale asimismo para su autor, como confirma Rodríguez-Puertolas: “[En esta obra] brilla el antisemitismo del autor, que ya ha sido mencionado anteriormente en otro lugar; para él, Moscú es simplemente, «el gran campamento de Israel» (*op. cit.*, p. 72)” (Rodríguez-Puertolas 1986: 561).

Mostrándose fiel a este aspecto de la ideología filonazi, el narrador dedica, en la segunda parte, un capítulo a “[l]a Judería de Osmiana” que se subtitula “Los peluqueros de Riga”. Este capítulo refleja el antisemitismo como una de las doctrinas más fomentadas e importantes para los nazis. El narrador demuestra en las siguientes opiniones su conformismo con el movimiento fascista alemán:

Los judíos rusos no son unos piojosos cualquiera. Ni mucho menos. [...] El [judío] de Riga va al «Luna» [un café español que fue mencionado anteriormente] y es hombre de negocios: cosas de dinero, pieles y brillantes, con su Bolsa oficial están – o estaban – en la mano de Israel, una mano bastante sucia. Se le ve a la puerta de la Sinagoga, siete candelabros, mirando melancólicamente sus puños desflecados. Pero judíos como éstos los he visto también en Tours y en Angulema, por la «Rue Soleil». Es el judío internacional, sin color local. Judíos en Lituania y en Polonia. ¡Ah! La palabra éxodo carecerá completamente de sentido para el que no haya visto las caravanas nómadas de este próximo Oriente europeo (Gómez Tello 1945:63).

Siguiendo el hilo de la temática antisemítica, el protagonista recurre en este capítulo a los estereotipos conocidos de la época sobre los judíos para atacarles: destaca su avaricia y sus artimañas en los negocios (68). Con el mismo tono de desprecio y rechazo describe su aspecto físico:

Los veía con su levita negra con reflejos grasientos – grasa de cinco generaciones – con sus zapatos agujereados, con sus guantes de lana, con sus pares de calcetines uno sobre otro y sobre otro. Con sus grises rizos. Los codos rotos; muchos ojales y pocos botones en el resto del traje. Son como grandes aves sombrías y desconocidas, volando por el fango de la calle (68).

Todo ello culmina por fin en la siguiente cita: “Es bien sencillo. Los judíos están tan cargados de pecados, que echan cada noche al arroyo los del día. Cada piedra, un pecado. Y por eso las calles de la judería son tan puntiagudas” (69). Estimulándose en su antisemitismo, el narrador enumera en el capítulo “Una Revolución y un cambio de moda” una larga lista de judíos famosos de la actualidad contemporánea.

En el pequeño apartado “Adiós al judío errante” el protagonista termina finalmente sus verborreas antisemitas, pero no sin antes afirmar que el único lugar en el mundo donde el judío debería vivir es Israel:

Ahora podemos volver a decir adiós a la judería de Osmiana. [...] Osmiana es una aldea perdida en la estepa rusa y en la noche. Un puñado de casas malditas, dónde Israel está tan apretado. Larga cola de viento sobre los tejados. Y otra tempestad, que baja de los cielos, donde hasta ahora para Israel sólo había el becerro de oro. Pero hay cosas que yo no os las contaría si no en voz baja. Dejemos a Israel con sus pecados, durmiendo sus pesadillas, bajo una luna que engorda en el cielo y pinta de blanco las puertas de la judería. «Y pondrás una cruz de sangre en tus puertas», dice la Thora. Yo sigo mi camino (73).

En el momento en el que los divisionarios llegan a la capital bielorrusa Minsk, el narrador hace hincapié en la falta de conocimientos de cultura general de los soviéticos y de su sistema educativo deficiente. Esta incultura incluye a la literatura alemana y el desconocimiento de uno de sus poetas más reputados:

Esto es Minsk. Esto, simplemente: lo griego plagiado por lo norteamericano, a través de la imaginación pervertida y resentida de Lunatscharky. Estas interpretaciones son muy del gusto de los intelectuales soviéticos. Si yo les transcribiera unos poemas de Goethe, adaptados al bolchevismo, se reirían. Pero resulta que Goethe, según ellos, era un comunista. Si lo dudan ustedes, es que no saben que en las escuelas soviéticas se enseñaba que América la descubrieron los rusos de Siberia (45).

El protagonista contrasta aquí la supuesta incultura de los rusos con sus propios buenos conocimientos de literatura alemana.

La música también funciona como elemento de enlace para unir a ambos pueblos. También le sirve al protagonista para demostrar, una vez más, su conformidad con los objetivos de los nazis. Desde el inicio de su crónica, hace referencia a la música. Conforme con ello, el título del primer capítulo de la sección “Alemania” se titula “Pequeña canción de Baviera” (15). En el centro de esta sección están las tradiciones musicales del país germano: se cita a compositores y poetas teológicos de origen germano tan reputados como Bach, Haydn y Melanchthon.

En la sección siguiente que describe la capital letona, Riga, como “el estrépito y la barahúnda de un centro nervioso de Europa” (26), el narrador anota algunas influencias españolas dentro de esta ciudad y deja constancia de las ideas que los letones tienen de España y de Latinoamérica. Asimismo menciona las huellas que aquí también ha dejado la ocupación alemana. Dentro del Café Luna, un café español, se escucha música española con letra alemana. El ambiente está lleno de estereotipos, no sólo acerca de los alemanes sino también de los españoles: Según la opinión lituana España y Cuba son países casi iguales (28), opinión que demuestra el desconocimiento de los dos países, incluso de los tópicos más superficiales. La atmósfera está dominada por la lengua alemana, pero también por otros símbolos nacionalsocialistas. Una vez más, el protagonista hace hincapié en la música, citando una canción alemana:

La bandera del Reich se riza bajo un cielo claro, y ante un palacio doblan y desdoblan movimientos dos soldados alemanes, los liberadores de Riga. [...] Y Riga – Riga luminosa, dorada, blanca – me sonrío desde sus ventanas donde una niña ensaya en un piano la vieja melodía, que es su corazón musical: *Blumen wieder die Blumen*. Volverán a florecer otra vez las flores (29).

Los símbolos que recoge el narrador en esta cita, reflejan, por un lado, la idea de Alemania como país salvador de los pueblos del Este, y, por otro lado, como transmisor de su música que evoca un ambiente positivo, de primavera. Todos los motivos a los que recurre el cronista los mezcla por lo general directamente con símbolos de carácter nazi. A la imagen de Alemania como nación liberadora vuelve también en Bielorrusia (54). Se hace notar que esta supuesta función de ser los liberadores de la Europa del Este, tan propagada por los nazis, ya ha sido asimilada del todo por los divisionarios españoles.

En la tercera y última sección, titulada “Crónicas de la División Azul”, al igual que la segunda parte del título de la obra entera, el ejército hispano-alemán avanza hacia Moscú. El narrador se concentra entonces en una situación de batalla final: en medio de la belleza de un ambiente otoñal aparentemente tranquilo han quedado las huellas de una lucha de suma crueldad. La zona entera se ha convertido en una región destruida y vacía donde se respira cierta desesperación en el aire. Dentro de un ambiente bélico tal, una vez más, la música de un joven alemán constituye un elemento positivo. Aparentemente no le afecta en absoluto a este joven la guerra actual o bien, utiliza la música como medio para olvidarla:

Es una tarde de cielo amarillo, resumido en las notas de un acordeón, que saltan como pájaros. Toca un mozo de Núremberg, soldado del destacamento de ocupación, y los campesinos rusos han vuelto a recobrar la condición humana (98).

Según el protagonista, esta música tiene un efecto positivo en la población rusa. El narrador se aprovecha aquí del elemento ‘música’ de manera parecida a los nazis: a través de esta, la guerra parece menos cruel y más bonita. Tratando de tal manera la temática musical, expresando en muchos fragmentos del texto su admiración por la música germana, el narrador sigue el hilo de otros escritores germanófilos de la época, como Pío Baroja o Ricardo León. En general se transmite a través de estas descripciones una idea pacífica y armónica de Alemania, idea del todo opuesta a un país en plena guerra.

A pesar de la identificación con los objetivos de los nazis que demuestra el protagonista, también hace, de vez en cuando, referencias a los contratiempos de la lucha. No obstante, aunque parece cada vez menos probable que los alemanes ganaran

la guerra contra los rusos, el narrador, conforme con la propaganda nazi, cree en la victoria, resaltando la violencia alemana: “Rusia es lo imprevisto. «Al soldado ruso después de muerto hay que empujarlo». El ejército alemán lo está empujando, pero todavía no ha llegado al suelo” (105).

La propaganda nazi tiene por tanto su efecto en este cronista que a lo largo de todo su narración se muestra fiel a la ideología hitleriana. Otro elemento filonazi es la terminología que utiliza: desde los principios de su novela trata temas relacionados con la ideología nazi, como por ejemplo el lema ‘KKK’. Estas siglas, que denominan los tres lugares principales que deberían frecuentar las mujeres en la opinión de los nazis, son la abreviación de ‘Kinder, Kirche, Küche’ (los niños, la iglesia y la cocina) y fueron entonces muy utilizados por ellos (Bermann 2004: 111). El narrador de Gómez los traduce aquí con ‘Kirche, Kuss, Küche’ que significa ‘iglesia, beso y hogar’. La palabra ‘beso’ la traduce aquí como ‘amor’:

Iglesia, amor, hogar. Las tres K, que la blanda poesía señala como virtudes de estas doncellitas ruborosas de Baviera. Un poco más, un poco menos, amigos. En todo caso, ellas son las tres notas de la canción apacible de Baviera (15).

De acuerdo con las ideas extremadamente conservadoras de los nazis, el narrador se suma en esta cita, enfocando en las mujeres, al lema anteriormente mencionado, tan proclamado por los nazis.

Relacionándolo con la temática musical, realza a la vez, que el ambiente bávaro actual es, marcado por la música, un ambiente pacífico, característica que encaja del todo con el título que el narrador ha dado al primer capítulo de la sección “Alemania”. A continuación hace referencia a otro tema, también relacionado con la música, que es la religión. Destaca la omnipresencia del cristianismo en el sur de Alemania, cuando describe las iglesias de la región y el carácter creyente de sus habitantes⁴¹.

Otro momento en el que el protagonista demuestra su identificación con la guerra de los alemanes, es cuando utiliza el pronombre ‘nosotros’:

Ahora tenemos que empujar suavemente las líneas soviéticas contra el río Msta. Sabemos que tenemos enfrente tres regimientos: el I, 001, el I, 002 y el I, 004; unas cuantas baterías y los efectivos de una división de tanques, sin material. Los rusos permanecen boca abajo, pegados a sus agujeros, mirando a la ciudad desde lejos (84).

Se puede observar en esta cita que ya se ha establecido cierta unidad entre ambos ejércitos. Aunque el protagonista de Gómez también se centra en las situaciones que comparten los soldados de ambos países, el número de ellas es menor que en la

⁴¹ Para la relación entre el nazismo y el cristianismo, véase Sala Rose 2003: 100-107.

crónica de Errando. También parece tener menos conocimiento de la lengua alemana pues sus citas lingüísticas al respecto no son tan numerosas. Además, las descripciones de algunos de sus encuentros con los nazis son más sobrias que las de Errando:

Fuera, la nieve y muchos matorrales. Vagones volcados; proyectores rusos abandonados. Los rojos colocan aquí sus obuses con cierta regularidad. Pero esto no le importa a mi amigo *Herr* Antony, ferroviario de Dresde, que se ha venido aquí – con su suntuoso uniforme ferroviario alemán, azul de almirante y botones dorados – a ver pasar los trenes y beber coñac con los españoles. – «Spanisch gut Kamerad», afirma (88-89).

Aunque este policía ejerce su trabajo de manera muy disciplinada, “regulando el tráfico con la seriedad que lo haría en Unter den Linden...” (92), aquello no le impide a disfrutar de los momentos de hermandad con los españoles.

En la tercera parte de su crónica, debido al tiempo compartido, aumenta el número de situaciones de camaradería que disfruta la unión hispano-alemana. A finales del capítulo “Ni la muerte venció tu heroísmo y lealtad” el narrador insiste en la euforia que comparten españoles y alemanes, tras haber terminado un combate importante y al haber sobrevivido. Además, se ha conseguido el objetivo tan elogiado de la ‘salvación’ de la población rusa:

Los rusos se repliegan hacia sus guaridas, y, en un asalto violento, la guarnición de Wswad se une a los españoles. [...] Se había realizado el objetivo. «En la madrugada de hoy, restos de la compañía española y guarnición alemana de Wswad se han abrazado, a siete kilómetros de nuestras posiciones» (151).

En el siguiente capítulo, “Una página de gloria de la División Azul”, se intensifican aún más los momentos de enlace entre ambos ejércitos. Calificándolos de ‘hermandad’, el narrador realza su importancia:

Corre una clara voz a lo largo del convoy. Todo el mundo abajo. [...] Veo surgir de la niebla la linde negruzca de un bosque. Y la silueta de un centinela alemán. ¿Españoles? Una afirmación sonriente que hace que nuestras manos se encuentren. Un símbolo de la hermandad de armas, la camaradería, aquí donde la guerra dicta tantas razones inapelables entre Alemania y España. Y bien necesaria que será esta hermandad en el combate de mañana (153).

A pesar de los contratiempos de esta contienda, el protagonista se aferra a la idea positiva de los nazis y de su buen trabajo luchando contra “... los Comisarios rojos pisoteando la carne de todo un pueblo que Alemania va devolviendo a Europa” (127). Pero no sólo se alaba a Hitler y a su regimiento sino también a los héroes españoles. Así es que el octavo capítulo, titulado “20 de noviembre en el Frente del Este”, recuerda el quinto aniversario de la muerte de José Antonio. Predomina el tono fascista en esta conmemoración elogiosa del ausente. El narrador subraya además su pertenencia a la Falange.

Unos momentos especialmente duros para los soldados son las fiestas de Navidad. La lejanía de ambos pueblos de sus países natales recíprocos hace que aún se sienten más cercanos. De tal forma agradecen los ánimos que llegan en estos momentos de los comandantes supremos:

Wswad es un montón de «isbas» en la otra orilla del lago Ilmen. El destacamento alemán que lo guarnece sufre un acoso durísimo; las tropas germanas que resisten, se baten en todos los sectores, y no pueden hacer nada en este momento. El Jefe del Cuerpo de Ejército ha pedido a Muñoz Grandes que, si le es posible, vea la manera de socorrer a los valientes de Wswad. Él confía en el heroísmo de nuestros voluntarios. También confía en ellos el General español. Responde al Mando alemán: «Haremos lo que podamos por salvar a la brava guarnición de Wswad» [...] Llega el segundo mensaje – de la madrugada – del General [español]. «Sé que sufrís mucho. No importa. España entera sabrá vuestra hazaña. Alemania os admira. Sois el orgullo de nuestra raza. ...» (146 - 147).

Esta carta ya fue mencionada por el protagonista de *Campaña de invierno* (Errando Vilar 1943: 254).

Más elementos pro-germanos, a continuación más germanófilos que filonazis, se encuentran en las referencias a los diferentes ámbitos culturales alemanes. De tal manera, el narrador realza su propia cultura general respecto a Alemania. En la primera parte de la crónica, en Núremberg, el protagonista relata la historia medieval de esta ciudad, cuando cita a dos ciudadanos suyos conocidos, Pancracio Labenwolf (por él erróneamente denominado ‘Lebenwolf’) y Hans Sachs. Ocupándose, una vez más, de la temática musical, el protagonista, antes de despedirse de esta ciudad ya que el viaje de los divisionarios continúa, alaba la bonita atmósfera de Núremberg, que se caracteriza por ser musical y pintoresca: “Y cuando me voy a despedir del viento, se inclina y me dice el secreto de la ciudad, sus torres, su río y sus paisajes: Melodía de Hans Sachs, pequeña canción de Baviera” (Gómez Tello 1945: 23).

En el capítulo “Estonia”, último de la primera parte, el narrador describe en qué forma se hace notar la presencia nazi en el Este: los soldados alemanes patrullan por la calle, en cada esquina se encuentran periódicos en lengua germana y tampoco faltan las típicas cervecerías alemanas, las “Brauereien” (30 y 33). Finalmente, se menciona la función de los alemanes como salvadores que ya se ha citado antes: “Hay que pensar que aun no han acabado los ingenieros alemanes de reparar los puentes sobre los ríos, que fueron dinamitados por los soviets” (34). Poco después, recurre otra vez a esta imagen de los nazis (42).

Las crónicas de Gómez terminan con el capítulo “Regreso a Europa, y unas reflexiones” en el que por un lado recuerda con cierta nostalgia todo lo que vivió en el

frente y por otro lado, al igual que el protagonista de Errando, desea ya con ansiedad su vuelta a casa. Llega a la conclusión de que ha sido una experiencia única para ambos ejércitos:

Y le digo adiós a la tristeza de un mundo que está siendo redimido a cañonazos. Dentro de un día estaré en Riga, y dentro de dos, en Tilsit: ¡en Europa! Se acabaron las carreteras, y los paisajes, y los hombres, del apocalipsis soviético. Nadie sabe, sino los que lo han hecho, lo que significa el pasar de caseta pintada de los colores alemanes, donde un centinela os rinde los más exactos saludos militares prusianos (189).

Destaca por última vez la importancia de la misión en el Este y, junto a ella, el objetivo de los nazis de aniquilar el comunismo. Concluye: “Rusia es así. Es como es. Y agradezcamos a las armas que truenan, sobre las Marcas del Este, que Europa no llegue a ser como Rusia era. Como la Rusia de los soviets que yo he visto es” (191).

4. 4. José Martínez Esparza: *Con la División Azul en Rusia, 1943*⁴²

La obra de José Martínez Esparza *Con la División Azul en Rusia* (1943) se diferencia de las tres novelas anteriores ya que no está concebida con el propósito de ser una novela, sino que se trata de una crónica militar de carácter notablemente histórico. Sin embargo, sobre por sus elementos germanófilos, ha sido incorporada en este estudio.

Su biografía revela que es coronel de uno de los cuatro Regimientos de Infantería que salen de España en la primavera tardía de 1941 (Negreira 1991: 29). Ocupa por tanto, al igual que Errando, un puesto superior dentro del ejército español. Sus apuntes en forma de diario enfocan sobre todo en el transcurso de la batalla y se caracterizan por un lenguaje notablemente militar. Otro paralelismo con Errando es la vuelta anticipada a España de Martínez Esparza, llamado Martínez a partir de aquí, a excepción de las citas. Debido a sufrir de diabetes, el coronel ya regresa en enero de 1942 (Negreira 1991: 81). El coronel, que cuenta con cierta importancia y popularidad entre los divisionarios españoles es reclutado con su ejército desde Andalucía (Sevilla). Por la forma con la que el autor describe las características climáticas y paisajísticas andaluzas se puede suponer que es originariamente de ahí, a pesar de que no se hayan encontrado datos biográficos exactos.

Aunque solamente lo comenta en la tercera parte de su narración, afirma desde el principio que sus aspiraciones no son las de un novelista, sino que se define como cronista de una batalla cuyos acontecimientos recoge de manera exacta y minuciosa:

⁴² Martínez Esparza, José. *Con la División Azul en Rusia*. Madrid: Ejército, 1943.

Al comenzar esta parte del libro, conviene hacer una advertencia al lector. Al relatar los hechos bélicos de la División Azul, no vamos a dar rienda suelta a la fantasía, ni aun con la excusa de dar forma literaria al relato, cosa que, por lo demás no pretendemos. No es necesario fantasear, por la sencilla razón de que la realidad es tan bella, que su simple descripción, seguramente, satisfará la más exigente fantasía (Martínez Esparza 1943: 201⁴³).

En el prólogo de *Con la División Azul en Rusia*, Martínez a se presenta como un mando superior orgulloso por haber participado en esta contienda: “Quien esto escribe ha tenido el honor de mandar uno de los Regimientos integrantes de la División Azul en la primera fase de su lucha contra la Rusia Soviética” (5). Se siente extremadamente honrado por el hecho de que los nazis pidieran el apoyo militar de España:

...¿cuál no sería nuestra sorpresa cuando a los dos días se recibieron ya noticias oficiales, por conducto de las Jefaturas Provinciales y Locales de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S., participando que se abrían banderines de enganche para la organización de tropas españolas que fueran a luchar contra el comunismo al lado del Ejército alemán (10)?

¿Cómo se presenta este cronista, que no pretende ser un novelista, en su relato? Por un lado, desde los comienzos de su relato se demuestra claramente anticomunista, actitud que afirma cuando describe el proceso de selección de los soldados españoles: “...en algunas guarniciones se seleccionaba personal y se admitían voluntarios para luchar contra el comunismo” (9). Sin embargo, no expresa pensamientos antisemitas en su crónica. Por otro lado, destaca el carácter notablemente histórico de su obra. Así es que también apunta ciertos malentendidos de organización con el ejército alemán. Relata, por ejemplo, cómo, durante una de las batallas, los nazis por error apuntan a los divisionarios españoles:

El día 18 Muñoz Grandes ordena a Esparza que extienda su sector cuatro kilómetros al norte, hasta Udark y Borissowo, reemplazando a unidades de la División 126 que se trasladan a Kusino, donde se encuentran ya sus compañeros intentando abrirse paso para establecer la cabeza de puente. [...] Nieva intermitentemente ... [...] Al final ganan la orilla opuesta y, tras recorrer unos cincuenta metros, se topan de frente con una unidad de reconocimiento rusa. Las ametralladoras ladran. [...] Cuando los rusos clavan sus fusiles en la nieve, los españoles acaban de obtener su primera victoria. [...] La artillería alemana de la División inmediata, al ver el combate en esa altura y sin noticias de lo que realmente ocurre – por haberse efectuado el relevo tres horas antes – tira sobre el enemigo y sobre los españoles, a los que no distingue desde su observatorio, causándoles siete bajas (Martínez Esparza 1943: 228, citado por Negreira 1991: 47). Inmediatamente organizan la retirada, recogiendo dos españoles muertos (Negreira 1991: 47).

Se sobreentiende que este tipo de acontecimientos trágicos no se comenta más por parte del narrador que, en su relato, se muestra del todo germanófilo.

⁴³ Se citará a partir de aquí por la edición de 1943, edición Ejército. La página se indicará entre paréntesis.

Conforme con la estructura temporal de las novelas de Errando y Gómez, Martínez narra los hechos desde la salida de los soldados de España. Su relato consta, sobre todo, de elementos de carácter patriótico y de fervor falangista que a menudo se mezclan con elementos germanófilos. Llama la atención que en su libro se hallan más exclamaciones patrióticas que en otras novelas divisionarias. Al salir con su ejército de Madrid, el protagonista comenta en el segundo capítulo:

¡Hecho singular en la despedida a soldados que parten para misión de guerra!: no se veían caras tristes. Tanto era el entusiasmo por la causa defendida, tanto era el fervor patriótico, que, aun en los rostros bañados por lágrimas, eran éstas de pura emoción, nunca de tristeza (Martínez Esparza 1943: 26).

Teniendo en cuenta la posición militar del autor parece lógico que su entusiasmo sea mayor que el de un soldado simple: en su función de ejemplo para los demás, es su obligación transmitir cierta exaltación a los jóvenes voluntarios.

Por lo que se refiere a los elementos germanófilos, el narrador recoge y fomenta aún más que otros cronistas los tópicos que existen en la época sobre los alemanes: hace hincapié en el buen sentido de su organización, su disciplina y su buena política de la información.

La primera impresión que el protagonista se lleva de Alemania, cuando con su regimiento viaja en tren por este país, es comparable a la del cronista de Errando. Sin embargo, le influye su estatus como coronel debido al que ya anteriormente había tenido la ocasión de conocer al país centroeuropeo:

Aunque no era el primer viaje que hacíamos a Alemania pues ya estuvimos en ella el año 1939, en viaje oficial, tomando contacto con el Ejército alemán y visitando unidades y cuarteles, la tan favorable impresión que recibimos entonces no podía compararse a la de hoy, en que el mismo Ejército se hallaba en pie de guerra, pues se apreciaba la misma diferencia que existe entre una obra el día del ensayo y la misma obra el día del estreno. En una tarea tan inocente como la de vigilar una estación, una obra de fábrica, unos vagones de ferrocarril, el Ejército alemán nos impresionaba ahora seria y severamente, dándonos la sensación de que su mayor fuerza radicaba en la disciplina: fuerza tan poderosa, que no habrá quien la resista. Sí; había de ser agradable batirse al lado de tan fuertes y buenos compañeros, perfecta y correctamente uniformados, aun para los trabajos más rudos y para los servicios más sencillos (32).

Esta imagen de los nazis, haciendo el narrador referencia a sus físico y actitud acogedora, es positiva. A través de sus observaciones, prevé una buena colaboración en el campo de batalla. Al igual que en el relato de Errando, Martínez también recuerda el entusiasmo con el que el pueblo alemán recibe a los expedicionarios españoles desde los andenes de las estaciones:

Indudablemente, la camaradería de armas en la gloriosa Guerra de Liberación había contribuido a que nos conocieran y nos amaran. Y, desde luego, entre todas las virtudes

de la raza más popular era la del valor militar. Las exclamaciones que repetía la muchedumbre en todas las estaciones del tránsito – «Spanien gute Temperament⁴⁴» – mostraban bien a las claras el alto concepto que tenían de nosotros. Agradecemos, pues, al Todopoderoso que nuestros voluntarios, al actuar en el frente, no hayan desmerecido de opinión tan halagüeña, sino que la hayan confirmado con creces, lo cual será siempre un timbre de honor para la División Azul (44).

Además de hacer hincapié en el espíritu militar que une a estas alturas a ambos pueblos, el protagonista menciona aquí el estereotipo sobre los españoles temperamentales, que es sobre todo extendido en los países del norte de Europa y el que considera una ventaja para su ejército.

También alaba la organización y el abastecimiento de los soldados germanos que observa aún durante el paso por Alemania:

La mencionada sensación dábanla más las estaciones pequeñas que las grandes, pues éstas solían serlo de aprovisionamiento y había en ellas instalaciones de la Cruz Roja Alemana y del Partido Nacional-Socialista dedicadas a suministrar alimentos calientes a los viajeros del Ejército de Ocupación, al cual se considera que pertenecen todas las organizaciones alemanas, incluso las mujeres, ya que cumplen servicios considerados en el país como auxiliares de guerra (33).

Aparte de la buena organización *in situ*, elogia la buena preparación y previsión alemanas:

Gracias a la organización ferroviaria del Reich en tiempo de paz, y a su superabundancia en material de servicio y en personal, puede, en tiempo de guerra, atender a una red ferroviaria que comprende más de media Europa y que puede calcularse como diez veces superior a la explotada en época de paz (33).

A lo largo de su crónica, Martínez realza pequeñas características de la sociedad y mentalidad alemanas. En dicho contexto no sólo menciona la limpieza y puntualidad del pueblo alemán, sino hace también referencia a la comida y productos determinados que en tiempos de guerra son difíciles de conseguir, como por ejemplo el tabaco:

El tabaco todavía era de España; pero algunos a quienes gustaba el tabaco de gusto moderno comenzaron a probar el alemán, de lujosa presentación, y que, sin duda por orden superior, se nos había facilitado en el coche restaurante a título de huéspedes de excepción, pues también el tabaco está racionado en Alemania, y no digamos en Francia (35).

Durante una de las primeras cenas entre soldados españoles y alemanes, aún en Alemania, el protagonista comenta:

La cena consistió en un plato de carne acompañada de verduras varias, servidas en un plato-fuente con varios departamentos en cada uno de los cuales había una clase de legumbres, lo cual simplificaba extraordinariamente el servicio. Además, pudimos tomar algo de queso, riquísima cerveza a placer y una ración de sabroso pan muy

⁴⁴ La traducción de estas tres palabras sueltas en alemán sería equivalente a la frase “Los españoles tienen mucho temperamento”.

blanco, aunque no tanto como exige el gusto español. Todo – muy bien y muy limpiamente servido – por un precio tan módico ¡que no llegó a dos marcos! (47).

A pesar de ser positivas las observaciones de este cronista destaca que son menos entusiastas que las de Errando o de Gómez.

En el cuarto capítulo de la primera parte, el protagonista describe otra comida entre españoles y alemanes. Uno de los nazis aprovecha la ocasión para dar la bienvenida a los nuevos voluntarios y hace hincapié en la parte de la historia que comparten ambos países:

A medida que el General alemán desarrollaba su oración de bienvenida, aludiendo a los tiempos en que España y Alemania estuvieron unidas bajo el cetro de Carlos V, el intérprete la iba traduciendo con bastante diligencia y corrección, la que dedujimos de lo grata que resultaba al oído la versión española que iba desenvolviendo. Terminó levantando su copa por el Caudillo, a lo que respondimos todos puestos en pie (59).

En otros fragmentos del texto el cronista recoge el aspecto limpio de los edificios en Alemania y de una imagen generalmente muy cuidada de los pueblos y ciudades (40 y 110). Cuando apunta que los constructores de las autopistas alemanas han pensado en un espacio para el veraneante o las personas que van de acampada, realza el sentido práctico germano:

No es el detalle estético lo que menos se ha cuidado en las autopistas. El arbolado, los puestos de gasolina, telefónicos y de socorro, cenadores, bancos y fuentes rústicas se han construido como formando parte del paisaje y por ello dan la sensación de que siempre han estado allí... a pesar de lo modernas que son las autopistas. – Por último, las autopistas tienen a un lado y a otro, en ciertos lugares – que generalmente cuentan con arbolado inmediato y puntos de vista pintorescos –, trozos de carretera paralelos, donde el excursionista puede dejar su coche mientras se dedica al «camping», a que tan aficionados son los alemanes, sin temor a que, aunque el coche quede sin vigilancia, no le ocurra ningún daño. Tales son las facilidades que en este país modelo tiene el excursionista en auto, moto o bicicleta, aunque, según tenemos entendido, éstas últimas no pueden circular por las autopistas (111).

Dentro de la temática que se refiere al viajero por Alemania, el narrador insiste en las comodidades a las que los divisionarios en este país ya se han habituado y que, una vez en Rusia, echan por tanto de menos:

En una palabra: [los trenes] no tenían comodidad alguna, ni para el personal, ni para el ganado. Además, no había categorías para el transporte... [...] [El Comandante Pérez Pérez] objetó algo al Oficial de Transportes alemán, el cual se limitó a contestar por toda razón: – ¡No estamos en Alemania! (187).

En cuanto al juramento de la doctrina nazi, que ya se mencionó en varias ocasiones, Martínez, poco antes de efectuarlo con los demás divisionarios, recapitula el discurso de Muñoz Grandes. Al igual que Errando subraya la terminología nazi, cuando cita al general: “...vosotros, los voluntarios españoles, lo mejor y más selecto de mi

raza, ..., os lanzáis resueltamente al combate, ... seguros de la victoria y en abrazo estrecho con vuestros camaradas alemanes, ...” (75). El hecho de transcribir el discurso entero del general, demuestra la conformidad del protagonista con estas palabras.

A la puntualidad exacta de los alemanes se refiere a finales de la lucha, cuando narra la vuelta a España. Algunos de los divisionarios –sobre todo los enfermos, entre los que también se encuentra el narrador– emprenden su regreso a Alemania ya a principios de 1942. La llegada a Berlín es fechada el 15 de enero:

A las 11 horas, con la puntualidad que a través de todas las circunstancias es gala de los ferrocarriles alemanes, seguimos en tren hacia Berlín, en un departamento reservado para nosotros y para el médico que hubo de acompañarnos. A las 23,30 horas del mismo día llegamos a Berlín, y seguidamente la Kommandantur [alemán por ‘comandancia’] de la estación nos alojó en un hotel próximo (364).

De acuerdo con el tono de la crónica de Errando, Martínez elogia el paisaje alemán durante el tiempo del entrenamiento militar:

¿El paisaje? ... Omitimos la descripción, puesto que quien no lo conozca *de visu*, tendrá seguramente una idea del mismo a través de la literatura. Desde luego, llamaba la atención la variedad e intensidad de los cultivos, aunque, a decir verdad, el cambio no es brusco en la frontera (33).

Cuando se adentra el tren en Alemania, el autor continúa con sus alabanzas, observando el país por fuera. Mientras el exterior le da un aspecto impecable, le resulta desagradable el tiempo frío en pleno verano:

El día estaba nuboso y de vez en cuando había algunas precipitaciones acuosas, que duraban poco. [...] La vegetación era de un verde esmeralda, entre el que destacaban los edificios, muy limpios y muy cuidados al exterior, con sus cubiertas de teja plana con un color rojo vivo. Abundaban los árboles. Carreteras y caminos estaban asfaltados, muy bien conservados y con numerosas señales de circulación. Las estaciones – todas del mismo tipo – ofrecían un aspecto muy pulcro, tenían escaso personal y no daban sensación de vigilancia. A pesar de hallarnos en julio, el ambiente era no solamente húmedo, sino fresco, casi frío... (40).

No obstante, una vez en el campo de batalla en Rusia, donde los soldados sufren una temperatura de 50 grados bajo cero, relativiza la importancia del tiempo, exclamando: “Pero [...] nada] había [...] de ser obstáculo para el triunfo total y absoluto de nuestro Regimiento en el Este. ¡Milagros de la fe falangista y del entusiasmo voluntario! ¡Taumaturgia de las cualidades características del infante español!” (40).

Siguiendo el hilo de la descripción paisajística, destaca el tamaño de ciertos edificios:

El tren avanzaba por el Saar [...] Terminada esta región, llegamos – hacia las nueve y media – a una gran población y atravesamos el Rhin por un hermoso puente de hierro. En la otra orilla se asentaba otra población considerable. Más allá, cambiaba el paisaje, aumentando el relieve y los bosques. Desaparecían las explotaciones mineras y, en

cambio, aumentaban las instalaciones fabriles de diversas clases, aunque todas de aspecto colosal (41).

A diferencia de sus compatriotas Errando, Gómez y Royo Masía (5.), Martínez deja los nombres de los nazis que conoce, con algunas excepciones, en el anonimato. Uno de los primeros temas que predomina en las conversaciones entre los divisionarios de ambos ejércitos es, al igual que en otros relatos, el idioma alemán. Lo que durante el viaje en tren por Francia aún parece un obstáculo insuperable, se convierte, una vez conocidos a algunos nazis, en un aspecto insignificante:

Hasta Orléans, nuestros departamentos fueron respetados, y después tuvimos que compartirlos con algunos Jefes del Ejército alemán que viajaban por motivos de servicio o con permiso. Pronto se establecieron entre unos y otros corrientes de simpatía y se trabó conversación por los procedimientos más extraños. Por nuestra parte salieron a relucir gramáticas españolas de alemán y manuales de conversación como los de «¿Quiere Vd. aprender alemán en ocho días?» Pronunciábamos las palabras alemanas como Dios nos daba a entender y señalábamos a nuestros camaradas alemanes las líneas oportunas de cada texto para que las leyesen directamente y pudieran comprendernos (37).

Después de unos intentos de comunicarse también en francés y hasta en latín, el narrador concluye:

De todos modos, a fuerza de constancia, sobre todo a base de los manuales de conversación, cuando llegamos a París ya era casi perfecta la «entente» entre los oficiales alemanes y nosotros, que hacíamos un verdadero derroche de las expresiones alemanas más usuales (38).

Dicha situación lingüística de base parece cambiar poco a lo largo del combate (35 y 48). No obstante, el coronel demuestra una curiosidad y un interés continuo por la lengua alemana:

Por cierto, que algunos divisionarios vestían ya el uniforme alemán. Y, como los sastres no daban abasto a coser emblemas con los colores nacionales españoles en las mangas de las guerreras, se confundían con los soldados alemanes, y de ahí se entablaban diálogos graciosísimos entre alemanes y españoles, cada uno de los cuales creía que su interlocutor era de la propia respectiva nacionalidad, llevándose el correspondiente chasco al recibir como única respuesta el *nich feisteng*⁴⁵ si el interrogado era español, o el *nein compriendo* si era alemán. Parece ser que hubo algún caso en que un español, sorprendido en el pueblo fuera de las horas de paseo, hizo creer a la vigilancia española, sin hablar una palabra, que era alemán. Y, según parece, también se dio el caso contrario. El caso es que el entusiasmo no decrecía, que el humor aumentaba y que la alegría presidía todos los trabajos (66).

Tales descripciones cumplen la misma función que en el relato de Errando, dándole un carácter más ameno a la narración. Son además un ejemplo de la buena camaradería entre ambos ejércitos. En otros momentos, los nazis parecen compensar el

⁴⁵ Transcripción del alemán *Nicht verstehen* ('No comprender').

esfuerzo lingüístico de los españoles, demostrando su hispanofilia. La siguiente situación sucede durante una comida común:

Todos [los alemanes] se fueron complacidos de la amabilidad española, con lo cual transcurrió la sobremesa agradablemente y hasta algunos de los excursionistas entablaron amistad con muchachas, que viajan solas corrientemente (112).

De una manera que recuerda las descripciones de Errando, el cronista deja aquí constancia de una aproximación hispano-alemana fuera del ámbito militar.

En cuanto a la temática bélica, son los instrumentos y las estrategias militares de los nazis, por los que más interés demuestra este cronista:

El campo de la Base – ... – estaba plagado de blokaus⁴⁶ para vigilancia del tiro y otros con dispositivos para arrastrar blancos móviles de madera que daban perfecta sensación de realidad al tiro. También vimos obras defensivas que – según nos dijeron – estaban copiadas de las francesas, belgas, etc., donde ensayó el Ejército alemán los medios de destruirlas, tal como luego había de hacer en la realidad. Con ello, el Mando tuvo experiencia sobre los sistemas de ataque y familiarizó a la tropa y a los mandos subalternos con la táctica que se emplearía el día de la verdad. ¡Procedimiento magnífico, que explica muchos éxitos alemanes! Así pudimos apreciar un perfecto sistema de transmisiones telefónicas blindadas, en el que había teléfonos permanentes de altavoz y otros con los que se podían enlazar los teléfonos portátiles de campaña de las unidades, lo cual facilitaba el trabajo e imposibilitaba materialmente los accidentes de tiro (67-68).

El narrador expresa aquí su admiración desde el punto de vista del experto militar, en su función de coronel.

Cuando en otro fragmento del texto describe a uno de los nazis, sigue la misma línea, resaltando el perfeccionismo alemán en el ámbito militar:

Nótese que el Jefe o Director de Armamento de infantería del Ejército alemán era un Coronel de Infantería sin ningún título técnico y que se había batido en el frente de batalla, como acreditaban las condecoraciones de guerra que lucía en su pecho. Pues bien: aquel hombre locuaz, nervioso, entusiasta, que se lamentaba de que se le retuviese en el Ministerio sin permitirle tomar parte directa en la campaña, era el creador de un armamento de infantería archiperfeccionado. Resolvía automáticamente la mayoría de las dificultades técnicas del tiro y tenía a sus órdenes a los técnicos encargados de resolver prácticamente y de ejecutar sus deseos, que eran los de un taumaturgo del armamento portátil. [...] Sus comentarios respecto al arma producían una gran confianza en el usuario. [...]: – Puedes dormir siete días sin lavarte, pero ni uno solo sin limpiar tu arma (79-80).

A continuación, el cronista se refiere con admiración al minucioso cuidado de las armas, al equipamiento bélico (82).

También alaba las costumbres alimenticias, que son propias de la sociedad alemana. Aún en Alemania, las anota en el capítulo “Preparativos”:

⁴⁶ Posiblemente, el narrador se refiere con esta palabra a las llamadas *Blockhäuser* (casas simples, de madera, que sirven para la caza o se utilizan como establos).

Lo corriente era que después de la cena – a las siete de la tarde – todos fueran a pasar un rato a la cantina, donde se tomaba cerveza o vino del Rhin, que no es desagradable para el gusto español (121).

Poco después repite que se come “al gusto español”, hecho que agradece a los cocineros alemanes (122). En situaciones parecidas, también estando los españoles solos, el protagonista destaca, al igual que el de Errando, que los nazis, a través de pequeñas, diferentes actividades, parecen pensar con frecuencia en la diversión del soldado (128). Es durante este tipo de cenas que se ofrece la ocasión de fraternizar con los soldados nazis a través de la bebida:

Costumbre estudiantil alemana es la de beber una ronda de cerveza en una gran copa que tiene la forma de una bota de montar, con el aliciente de que quien a su turno no consiga beber sin que penetre aire en el cuerpo interior del recipiente mencionado, ha de pagar la ronda. Aunque la cosa no es fácil, pues hay que tener cierta práctica o habilidad, salimos airosos de la prueba, lo cual hizo mucha gracia a Munzel [uno de los Tenientes alemanes] (141).

A pesar de que este narrador abarca sobre todo la temática militar, también se refiere alguna vez al ámbito musical. Cuando los soldados españoles emprenden una excursión a Bayreuth, apunta que esta ciudad es “célebre en todo el mundo por su famoso teatro, en el que anualmente se celebran festivales de música wagneriana” (109).

Otras descripciones de cenas compartidas recuerdan el relato de Errando y demuestran por tanto la veracidad de este tipo de acontecimientos:

Luego de la cena, que transcurrió animadísima, hubo exhibición de habilidades vocalistas o musicales. Al efecto se había reunido a los especialistas más destacados de todos los Batallones. Hubo, a coro, canciones patrióticas españolas y alemanas. Además, el Teniente Coronel Fabian envió a buscar a dos soldados alemanes que iban con los instructores y que, naturales del Tirol, eran diestros en cantos, bailes y música de la región. Ambos causaron las delicias de los oyentes, especialmente uno que era un verdadero artista en los típicos cantos guturales del Tirol (130).

Finalmente, antes de partir rumbo a Rusia, el narrador constata que la preparación germana para la lucha había sido muy agradable: “No pudo ser más grata la fiesta de despedida. Al día siguiente comenzaríamos a salir, en diversas expediciones, para el frente de combate” (130).

A pesar de los propósitos del autor de esta obra de relatar los hechos bélicos tal como los vivió en el frente, sin incluir en ella elementos de ficción, su libro se caracteriza por algunos elementos novelísticos: entre ellos están la manera de opinar sobre la infraestructura de Alemania y sus descripciones valorativas del paisaje. Al igual que otros de sus compatriotas, muestra entusiasmo a la hora de describir las comidas que comparte con los nazis u otros acontecimientos de carácter festivo dentro del

ámbito bélico. *Con la División Azul en Rusia* no es, por tanto, una crónica puramente militar, de tono sobrio, como en un primer momento pretendió concebirla su autor.

4. 5. Jesús Revuelta: “De cómo Erich Marie Remarque no estuvo en la División Azul”, 1943⁴⁷

El presente capítulo estudiará el único ensayo de esta sección, titulado “De cómo Erich Marie Remarque no estuvo en la División Azul”. Mientras existen algunos datos sobre el trabajo literario de su autor Jesús Revuelta, el lugar y las fechas de su nacimiento y muerte son desconocidas. Revuelta, sobre cuya pertenencia a la Falange la crítica literaria no se manifiesta unánime (Sanz Villanueva 2008: 339), es el único del grupo que no cultiva la novela. Se dedica sobre todo, en los años treinta y cuarenta, a la poesía y a escribir una gran cantidad de artículos periodísticos y también sobre lírica. Junto con Gaspar Gómez de la Serna, Jesús García Nieto y otros poetas participa en una antología sobre José Antonio Primo de Rivera, titulada *Elegía de los campos y de los vientos en el cortejo de José Antonio*, acerca de la que comenta la crítica:

... (sin lugar ni fecha, pero Madrid y 1939, *Ediciones Haz*, Delegación Nacional de Prensa y Publicaciones del *SEU*). Se trata de un libro destinado, digámoslo así, a acompañar poéticamente al cortejo fúnebre de los restos de José Antonio Primo, en noviembre de 1939, desde Alicante a El Escorial (Rodríguez-Puértolas 1986: 424).

El poema “Soneto”, la contribución de Revuelta en esta antología, figura en la *Literatura fascista española* (Rodríguez-Puértolas 1986: 424) como ejemplar en cuanto a la glorificación de José Antonio. Además, Revuelta publica artículos en la revista pro-franquista *Garcilaso*.

Hay quienes declaran falangista al poeta, otros constatan que las obras que se encuentran en *Garcilaso* expresan “sólo de forma parcial [...] una poética falangista” (Sanz Villanueva 2008: 339).

De toda la obra periodística de Revuelta, es el ensayo “De cómo Erich Marie Remarque no estuvo en la División Azul” el que mejor refleja los pensamientos y actitudes filonazis de este autor respecto a la lucha contra los rusos. Como se puede observar, el título de su artículo alude al escritor alemán, autor de *Sin novedad en el*

⁴⁷ Revuelta, Jesús. “De cómo Erich Marie Remarque no estuvo en la División Azul”. *Haz*, Madrid (febrero 1943): sin página. Resalta en este título, al igual que en la obra misma, el cambio en la ortografía del nombre de Remarque que se ha transformado en “Marie”. Dicho cambio no aparece en las citas de esta obra en los trabajos críticos. Tampoco concuerda con la traducción del nombre de este autor alemán al español, donde no cambia.

frente (1929) y puede ser considerada una respuesta a éste. Aunque en formato mucho más limitado, recuerda también parcialmente a la novela de Benítez de Castro⁴⁸.

Al terminar su ensayo, redactado en tercera persona del singular, el autor interviene, asegurando la autenticidad de la anécdota que acaba de contar, y enfoca de tal manera en el hecho de haber participado activamente en la guerra contra los rusos. Así pretende distanciarse de la narración de Remarque a quien califica de incapaz de haber podido luchar en esta misma guerra. Es bien sabido que la obra de Remarque se basa en sus propias experiencias durante la Primera Guerra Mundial. Además, desde los inicios de la Segunda el escritor vive en los Estados Unidos y nunca ha participado como soldado en ésta. La última frase del relato de *Reuelta* en la que su narrador constata lo siguiente, en presente del indicativo, es por tanto al menos sorprendente: “Por eso tengo la certeza de que Erich Marie Remarque no ha estado en la División Azul” (*Reuelta* 1943: l. 110-111⁴⁹). Resalta la utilización del indicativo en esta frase, siendo su autor seguramente consciente de que Remarque, tras sus experiencias como soldado entre 1914 y 1918, no podía participar, por muchos motivos, en la Segunda Guerra Mundial. Además, se caracteriza por ser el último ataque al espíritu antibélico de este escritor.

En cuanto a la estructura del artículo, éste se divide en tres partes: la primera y la segunda tienen aproximadamente el mismo tamaño mientras la tercera se limita a dos párrafos cortos. La primera parte relata los pensamientos de su protagonista Miguel, un escucha español, alternando entre la primera y tercera persona del singular. El soldado, que analiza el actual estado de la guerra desde Novgorod, en plena batalla, está afectado física y mentalmente de manera visible por haber efectuado muchas vigilias nocturnas. Además está sufriendo las dificultades de la guerra en general, entre ellas el extremo frío invernal. El narrador se presenta como una persona muy perturbada que siente incertidumbres en cuanto al desenlace de esta contienda. Describiendo el dolor que siente en la cara debido a las temperaturas muy bajas, se mira en el espejo y opina: “Yo, a los cincuenta años... ¡Si salgo de ésta, claro!” (31). Poco después parece sufrir una especie de alucinación en la que aparece desprotegido delante del enemigo ruso:

Ante él no estaban sus camaradas de la chabola, sino la curva cimitarra del frente enemigo, apenas perceptible en la pantalla blanca que, colgada de la luna, pasaba por el

⁴⁸ Compárese Benítez de Castro, Cecilio. *Se ha ocupado el kilómetro seis. Contestación a Remarque*. Palma de Mallorca/Barcelona: Maucci, 1940.

⁴⁹ A partir de aquí se citará siempre la edición de 1943 y con la línea entre paréntesis, ya que el ensayo sólo consta de una página.

horizonte desvanecido en el lechoso reflejo del cielo y terminaba en la boca de su fusil (33-36).

Poco después, aún en la primera parte, expresa su arrepentimiento por luchar en esta guerra: “El santo fanatismo de la Falange le había lanzado hasta allí, desde la butaca cómoda de Madrid, a esta tierra de nadie;...” (53-55). Mientras manifiesta aquí que no pertenece a la Falange, le parece invadir, al cabo de un momento, un notorio espíritu guerrero y fascista, y recuerda el sentido y la importancia del conflicto bélico:

Una emoción suave, creciente, honda, apresuraba su corazón de gozo. ¡Qué gran ideal el que es capaz de traer aquí veinte mil hombres con alegría de luchar! Ahora sí que no puede morir la Falange. Y si yo muero, «Sin novedad en el frente»; pues otro, con camisa azul, cubrirá mi hueco en la escuadra. Las noches seguirán siendo blancas como ésta, y Dios seguirá sobre las estrellas, que titilarán con ternura, como ahora, para el nuevo centinela. Decididamente, Remarque no luchaba por nada tan grande como lucho, ni sus camaradas tuvieron la fe que nosotros en una vida eterna (56-64).

Además de mostrarse aquí profundamente creyente –postura que defenderá también al final de la obra y que es característica de los escritores fascistas– vuelve a hacer referencia a Remarque. Además, realza asimismo una actitud propia del soldado fascista, el significado de la muerte por la patria, que está por encima de todo, y el honor militar que ésta conlleva.

Los ataques constantes del narrador a la novela de Remarque le atribuyen un carácter claramente filonazi ya que, entre las primeras lecturas prohibidas por los nacionalsocialistas, se encontró precisamente *Sin novedad en el frente*.

Con este tipo de pensamientos termina la primera parte del ensayo. La continuación se relata, en la tercera persona del singular, desde la perspectiva de los compañeros divisionarios de Miguel. Recapitulan una anécdota en la que el protagonista se construye –con los escasos recursos que puede encontrar en el frente que son un farol viejo, un cubo de plástico y algo de nieve fundida– un bote de remos. Antes de estrenar su invento, se confirma desde la perspectiva de sus compañeros el estado mental confuso del protagonista: “Los otros le preguntaban, sin hacerle demasiado caso – ya conocían algo de su carácter extraño – : ¿Vas a lavarte?” (89-90). El protagonista, sin embargo, no vacila ante la postura recelosa de sus compatriotas, sino que se defiende contestando: “No; es mi válvula de escape para la tristeza de los recuerdos que padecemos aquí, en esta condenada Rusia” (102-103). Son éstas las últimas palabras de la segunda parte.

En la tercera parte, en los únicos dos párrafos, interviene como autor del ensayo en la obra. Resumiendo comenta que para protegerse de las dificultades que conlleva la

guerra y los altibajos anímicos que puede sufrir un soldado, los militares deben proveerse de tres medidas concretas que son: “La fe religiosa, el entusiasmo fanático por la razón que luchaban y la invención española para el hallazgo de cauces de evasión a la inevitable nostalgia que sufre el soldado” (107-109). Según el autor, tal fue el equipamiento (mental) de los divisionarios españoles antes y durante la guerra por lo que ellos nunca sintieron lo que experimentó el protagonista de Remarque.

5. Análisis de la novela divisionaria: *¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos*, 1944, de Rodrigo Royo Masía⁵⁰

Sobre el divisionario Rodrigo Royo Masía, nacido en Ayora (Valencia) el 7 de agosto de 1922⁵¹, es sabido que, antes de participar en la guerra contra Rusia, trabaja como periodista no sólo en España sino también en el extranjero. Además es director de revistas y diarios, entre ellos *Arriba* y *SP*. Finalmente,

... casi recién vuelto de la *División Azul* publicó el bélico libro, dedicado a uno de sus héroes, *¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos* (Madrid, 1944). *El sol y la nieve* (1957) es su versión divisionaria, obra que, curiosamente, se publicó primero en inglés y en los Estados Unidos (*The Sun and the Snow*; Chicago, 1956) (Rodríguez-Puértolas 2008: 717).

Solamente dos décadas más tarde prosigue con su carrera novelística, tratando en *Todavía* (1974) la temática de la guerra civil y en *El Establishment*, del mismo año, los escándalos de la economía franquista (Rodríguez-Puértolas 2008: 717).

Tanto en *¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos* como en *El Sol y la Nieve* el autor trata sus experiencias en la División Azul. La estructura de ambos libros es comparable. Sin embargo, la segunda es bastante más extensa y se ocupa más del tema ruso en lo político, histórico y cultural, incluyendo lo lingüístico. Su precursor *¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos* es menos complejo. No obstante resulta una novela interesante ya que es algo diferente a las crónicas que se han abordado hasta ahora. Por ello conviene analizar esta obra bajo diferentes aspectos. Puesto que abundan las alusiones a la obra de Francisco de Quevedo, *Historia de la Vida del Buscón, llamado don Pablos*, de 1626, conviene comparar en un primer momento la novela de Royo Masía con ésta. Es menester dejar claro que en ningún momento se estudia la obra de Quevedo como tal, sino que únicamente es un modelo que permite equiparar ambas novelas en algunos aspectos. En un segundo momento salta a la vista la gran cantidad

⁵⁰ Royo Masía, Rodrigo. *¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos*. Madrid: sin editorial, 1944.

⁵¹ Véase Royo Masía, Rodrigo. *El Sol y la Nieve*. Madrid: Talleres Gráficos CIES, 1957.

de referencias al mundo cultural en general, es decir, no sólo a la literatura sino también, entre otras, a los campos de la historia, del cine y de la pintura. Puesto que dichos elementos destacan desde la primera lectura, se estudian antes que los elementos germanófilos y filonazis. Estos últimos se ven en la tercera parte del análisis de esta obra (5. 3.). Debido a estas tres maneras de aproximación al texto, el estudio de *¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos* es más extenso que el de las novelas anteriores.

Antes de analizar dichos elementos, conviene resumir brevemente la novela de Royo Masía. El protagonista de *¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos* se presenta en el capítulo “Preliminar” como estudiante del mismo nombre, de 22 años. Es de suponer que antes de la guerra, ha estudiado letras, probablemente con la especialidad literatura, ya que su relato abunda en referencias culturales, sobre todo a la literatura española.

Su origen no se revela hasta el último capítulo de la obra. Hasta entonces, el narrador confunde con una serie de indicaciones diferentes respecto a su procedencia que da a lo largo de su narración (Royo Masía 1944: 16, 37 y 130⁵²). Finalmente manifiesta ser de la provincia de Valencia: en el epílogo se comprueba que su madre, con la que vivía antes de partir a la guerra, “vive en Ayora, un pueblecito de la provincia de Valencia, en la calle de la Marquesa de Cenete, núm. 60” (218). Se ha podido confirmar no sólo que dicha dirección existe en el pueblo de Ayora sino también que el escritor procede de este mismo pueblo⁵³.

La novela de Royo Masía es introducida por dos dedicatorias: la primera se dirige a Eugenio Díaz Seco, amigo del protagonista, la segunda a un compañero fallecido en la contienda, llamado Ortiz (5 y 11). *¡Guerra!...* está compuesta por cinco partes: al terminar el prólogo, una carta introductoria y otra nota preliminar comienza la acción novelística, titulada “Recuerdo”. Ésta, por su parte, se divide en quince capítulos; entre ellos, los cinco primeros reflejan ya la actitud germanófila de su autor. Títulos como “Alemania” (segundo capítulo), “Grafenwöhr” (tercer capítulo) y “Hilde” (cuarto capítulo) son un primer indicio de esta postura (223). Una vez acabada la parte de la acción novelística, el cronista añade aún cuatro capítulos cortos a su crónica, llamados “Reseña del presente. – Schaulen”, “Delirio” y “Epílogo”, subtítulo “Nota del

⁵² Como en los capítulos anteriores, se citará a partir de aquí siempre la edición de 1944, con la página entre paréntesis.

⁵³ Véase Royo Masía, Rodrigo. *El Sol y la Nieve*. Madrid: Talleres Gráficos CIES, 1957.

transcriptor”. En cuanto a “Epílogo”, se trata de un capítulo muy breve. Firmado por el autor Royo Masía, en él se confirma que Royo es el transcriptor de las memorias de su amigo Luis Pablos, quien, antes de fallecer en un hospital militar en Letonia, le ha confiado su diario bélico.

Por último, el narrador le atribuye una división más a su relato: agrupa su novela, además de los capítulos ya mencionados, en cuatro bloques grandes. El *Buscón*, por su parte, está compuesto de tres. Así es que los primeros cuatro capítulos en Royo constituyen un bloque, del quinto al noveno se puede hablar de un segundo bloque y del décimo al decimoquinto de un tercero. El cuarto bloque engloba los capítulos restantes. A cada subdivisión le precede una pequeña cita, a veces literaria. La del primer bloque se titula “Bien haya la milicia, que sabe desterrar la pereza” (19), la segunda es “Y fuéme peor, pues nunca mejora su estado quien cambia solamente de lugar y no de vida y costumbres. (Quevedo: *El Buscón*)” (63), la del tercer bloque “También el fuego de la guerra purifica las almas” (125) y la del cuarto “Recordar es vivir tantas veces como se quiera” (189). Excepto en la segunda, en ninguna de las otras citas se indica un autor. Es posible que sean por tanto afirmaciones propias del narrador a las que quería atribuir un tono literario. Estos títulos, compuestos en forma de citas, reflejan los estados anímicos del narrador, en relación a los acontecimientos de cada bloque. Con tales lugares comunes, la figura principal, sufriendo la mayor parte de esta guerra, intenta encontrar un fin a la contienda.

A través de dichos títulos, resulta fácil reconstruir el trayecto de este divisionario que, además, concuerda con el de los anteriores. Pero hay en esta novela un acontecimiento que no figura en otros relatos divisionarios y que cambia notablemente el rumbo de la historia de este protagonista: debido al frío extremo al que Luis está expuesto en Rusia, ambos pies le son amputados. La última parte de la novela está situada en un hospital militar en Schaulen (Letonia) dónde se cuidan los soldados con lesiones de la guerra. El protagonista, debido a sus fuertes dolores, sufre en este último capítulo grandes delirios hasta que fallece finalmente en el mismo hospital.

Aún en vida, hay otro acontecimiento que marca el camino de Luis de Alemania a Rusia: es el encuentro con Hilde, una joven alemana de 17 años, de la que se enamora. A pesar de ciertas dificultades lingüísticas –Hilde habla un poco de español, el protagonista tiene escasos conocimientos del alemán– viven un corto, pero intenso romance en Alemania antes de que los divisionarios continúen su marcha. Ambos intentan mantener el contacto: mientras Hilde le escribe cartas, Luis apunta en su diario

los recuerdos compartidos. Son justamente estos buenos recuerdos que acompañan al protagonista hacia el final y que, durante la contienda, le ayudan a afrontar sus dificultades.

5. 1. Rasgos y elementos quevedianos

El título de Royo es la primera referencia directa a la novela de Quevedo: a diferencia del autor del Siglo de Oro, el divisionario sitúa al lector con la primera palabra en un contexto bélico y le atribuye un nombre de pila a su héroe narrativo. Pero también es la estructura de *¡Guerra!...* que recuerda la novela picaresca quevediana. Toda la novela de Royo, a excepción del prólogo y del epílogo, está escrita en primera persona del singular, desde la perspectiva de su protagonista Luis Pablos. En cuanto a las dos dedicatorias al inicio del libro, no demuestran ningún paralelismo con Quevedo ya que son mucho más cortas y no hacen referencia al *Buscón*. El prólogo de *¡Guerra!...* está concebido como una anotación de un amigo de Luis Pablos que ha publicado estas memorias suyas. Más adelante, en el último capítulo, se revelará que se trata en efecto del autor Royo Masía quien firma finalmente la obra. Las palabras del prólogo recuerdan en cierta manera la obra quevediana: primero, su autor pretende no haber querido crear ningún prototipo de novela con la presente novela. Además afirma que su protagonista había querido contar su historia y vida de la manera más verosímil y modesta posible: “Estoy seguro que Luis Pablos, al escribir sus memorias, no pretendió pintarse como arquetipo de algo. Quiso reflejar su vida y su alma tal y como eran” (7). Con la expresión “como arquetipo de algo” subyace la presencia del *Buscón* en cuanto Pablos es un arquetipo, el pícaro. Unos motivos parecidos para escribir su novela se pueden atribuir también al héroe novelístico de Quevedo. No obstante, la forma narrativa de la obra quevediana es diferente ya que falta un autor omnisciente que introduce al protagonista.

Las primeras descripciones que traza la figura principal de sí misma aún no tienen paralelismos con don Pablos:

El objeto es dar a conocer a un muchacho de hoy, con toda su ingenuidad y todo su profundo sentido de la vida; reflejar su posición ante las cosas, sus problemas espirituales, sus ambiciones, su secreto impulso de un romántico consciente (7).

Este carácter romántico encaja también con la descripción siguiente:

Luis Pablos, atolondrado y soñador, como él se llama, pero luchador de los mejores, como yo lo he conocido, es uno de tantos productos de nuestro tiempo que están todavía por estudiar. Bajo el signo épico y lírico que ha hecho renacer esta juventud nueva,

vivió Luis Pablos su vida intensa, dura, sencilla, llena de poesía. Este idealismo exaltado podrá o no cambiar el rumbo de la Humanidad,... (7).

A partir del siguiente capítulo, todavía de carácter preliminar a la acción novelística, habla siempre el protagonista Luis Pablos. Titulado con “Schaulen, 12 de febrero de 1942”, esta carta de Luis indica su estancia clínica en un hospital militar en Schaulen (Lituania), entonces perteneciente a la Unión Soviética. Revela en la carta, dedicada a sus padres, que había sido sometido a una operación importante: a causa de una grave lesión, le fueron amputados ambos pies (15). A pesar de este acontecimiento traumático cuyos efectos pesarán muy negativamente en él a partir del primero capítulo, se muestra bastante animado. Hace bromas sobre ciertas dificultades lingüísticas a la hora de confesarse con el cura del hospital que sólo habla francés:

Para que se confiesen los otros muchachos que no saben francés, dice [el páter] que basta con que indiquen con los dedos el número del Mandamiento contra el que se ha pecado. Como veis, la guerra tiene cosas originales y graciosas. Yo me confesaré en francés porque Dios entiende todos los idiomas, aunque el francés mío creo que ni Dios lo entiende (13-14).

La carta introductoria de Royo recuerda la forma epistolar de Quevedo: Pablos también se dirige siempre a un receptor, ya lo llame, en varias ocasiones, ‘Señor’ o ‘Vuestra Merced’. Con este tipo de comentarios, del estilo de la cita anterior, el texto adquiere un tono irónico-gracioso que no sólo es propio de la novela royana sino también del *Buscón*.

En el siguiente capítulo, titulado “Preliminar”, el protagonista de Royo detalla su situación actual y anota cuáles fueron sus motivos para escribir esta obra. A partir de estos momentos no se hallan muchos paralelismos con el Pablos quevediano puesto que el contexto bélico, en el centro de la novela, no es el del *Buscón*. Relacionado con ello, está el estado físico del protagonista de Royo que domina toda la novela y que no tiene punto de comparación con el de don Pablos. (Éste, es cierto, sufre físicamente también de dolores de piernas y rodillas, pero sus dolores se deben a peleas con sus conciudadanos.) Los protagonistas de Royo y Quevedo no comparten, por tanto, la misma situación de partida, pero coinciden en el relato de carácter autobiográfico.

Además, hay algunas características que ambas figuras tienen en común. Con su presentación personal y el tono de ésta, trazada en “Preliminar”, quiere hacer parecer su novela a una obra literaria de buen nivel: “Tengo veintidós años y nací en uno de aquellos pueblecillos de España que, desde aquí, más parece ciudad encantada de

leyenda infantil que un pueblo real” (16). Don Pablos, por su parte, se presenta de una manera parecida (Quevedo 1970: 10-11).

Aunque se muestra algo inseguro de sí mismo cree tener cierto talento para escribir. Además, sus circunstancias personales actuales son favorables para emprender este proyecto. El héroe quevediano no expresa, en cambio, ninguna de estas sensaciones. Sin embargo, el éxito en el escribir que parece tener la figura de Royo, es propio de don Pablos en lo oral:

Voy a escribir mi historia, la historia de Luis Pablos (que así me llamo), para entretener mi tiempo, tan pegajoso que se me pega a las sábanas y a las manos y no quiere correr. ¡Quién sabe si tengo yo talento literario! Varias veces me han felicitado por lo bien escritas que estaban mis cartas y siempre he pensado que mi vida se había de resolver por el camino de las letras o por el de futbolista, que todo es deporte. Ahora, como esto último ya no puede ser... (16).

A pesar de las diferencias entre ambos personajes, el autor Royo demuestra, ya con la elección de su título, su admiración y profundo conocimiento de la obra quevediana. Toda su narración consta de pequeñas referencias al *Buscón*. Desde el inicio de su crónica se compara con el pícaro del siglo XVII: “Mi vida tiene algo de semejante con la de aquel don Pablos de Quevedo. Por lo menos el nombre y también la desgracia” (17). Es evidente que, por un lado, el *Buscón* le sirvió al escritor como una especie de modelo para escribir sus memorias. Por otro lado, anticipa su estado desanimado que marca notablemente la novela. También hay en el *Buscón* un desencanto con la sociedad y la vida llevada a cabo. De ahí que el protagonista de Royo no se caracterice como el típico héroe pro-bélico como el de otras crónicas divisionarias. No obstante, ha encontrado en la literatura un ancla que le servirá de apoyo para aguantar las dificultades de la guerra.

Otro rasgo que Luis Pablos comparte con el ‘buscavidas’ es su carácter nómada, que se refleja en el primer capítulo “Recuerdo primero. – Francia” (21):

El «extranjero» tuvo siempre para mí un poder atractivo. Creo que nací enfermo de emigración, porque apenas empecé a razonar (si es que he razonado alguna vez), ya sentía una fuerza imperiosa que me arrastraba al «extranjero». Me preguntaba si la tierra sería tierra y los hombres serían hombres, si las leyes de la gravitación y de la inercia seguirían experimentándose, si se besaría lo mismo, si habría árboles, patos y burgueses. Estas incógnitas me atraían de un modo irresistible (21).

La figura principal de Quevedo, sin embargo, es vagabundo no por placer sino por necesidad: está en la búsqueda constante del dinero, de una esposa y a fin de cuentas de la felicidad, de una vida mejor. Aunque en este sentido, no es comparable con el héroe de Royo, ambos comparten su búsqueda por la felicidad en el amor. A pesar de la

euforia del divisionario por partir al llamado ‘extranjero’, la realidad bélica se impone rápidamente y con ella, el protagonista de Royo se desilusiona. Con retrospectiva constata:

Confieso que [una vez en el extranjero] sufrí un desencanto: el cielo era azul y la tierra color de tierra, con manchas verdes, que debían ser bosques o prados. Quizá allí se llamase de otra manera, pero no por eso dejaban de ser bosques o prados (21-22).

El estado pensativo del protagonista, acompañado de una gran facultad imaginaria, preside su perfil:

Mi imaginación hacía de todos los objetos un objeto raro, lleno de extrañas propiedades; y de las francesas, en la lujuria de mis años mozos, las dignas maestras de ese tipo histórico que se conoce con el nombre de libertino francés (23).

Además de recordar esta frase al *Quijote*, con el que Luis Pablos se podría comparar aquí, cumple también con algunas características de don Pablos: Éste demuestra con frecuencia que tiene gran imaginación, por ejemplo cuando se atribuye siempre de nuevo nombres diferentes o cuenta, en muchas ocasiones, a gente apenas conocida, anécdotas e historias inventadas para hacerse interesante. No obstante, don Pablos está más arraigado en su realidad de lo que parece estarlo Luis Pablos. El último confirma tal hecho también en otro momento de sus memorias (43).

A menudo el protagonista destaca su origen humilde, otro aspecto que comparte con la figura quevediana. En la siguiente cita compara las características paisajísticas de Alemania con las de su pueblo natal:

Sí; aquello era parecido a Roncesvalles, pero en ningún modo al paisaje de mi pueblo, canijo y pobre, como gato sarnoso. Había hayas y muchos pinos, no como los de mi pueblo, retorcidos y chatos, con la copa redonda, con las hojas foscas, como erizo a la defensiva, sin altos, rectos, exuberantes, con las jamugas recogidas en grandes racimos (37).

La figura principal de *El Buscón*, por su parte, no traza su pueblo natal como un lugar feo, sino que se refiere frecuentemente a su procedencia paupérrima en general; elemento central de la novela picaresca.

La muerte también es un tema que ocupa a Quevedo. En este contexto resulta interesante estudiar los trasfondos de ambas novelas para ver cómo sus protagonistas recíprocos tratan de la muerte cuando se ven confrontados con ella. A pesar de que los ambientes de ambas obras son diferentes –el de Royo es bélico, el de Quevedo no– se encuentran en ambas novelas situaciones con muertos, aunque no sean comparables. En *¡Guerra...!*, una de las escenas más impresionantes en cuanto a las víctimas bélicas, es

la de la mujer ahorcada en Rusia. Este incidente sucede en el décimo capítulo; los soldados acaban de llegar entonces a Novgorod:

El primer día todos fueron a ver a una rusa ahorcada en la plaza central y puesta allí, de cuerpo presente, para pregonar la justicia y la rigidez alemana. Un letrado en idioma germano y en ruso, colocado en el pecho de la víctima, rezaba: «¡Por espía!» (128).

Aunque el protagonista asegura que él mismo no ha ido a verla, no por miedo sino “porque no tuve ocasión” (128), comenta que todos los divisionarios quedan muy impresionados por la imagen de esta mujer.

La muerte que más le afecta al protagonista de Quevedo es la del padre de don Pablos. Cuando el héroe novelístico regresa a Segovia, su ciudad natal, para arreglarse con su tío respecto a la herencia de su padre, tropieza con el cuerpo del fallecido. Recordándole, relata que esta imagen provoca cierto sentimentalismo en él. Sin embargo, dicha escena no está en el centro de su narración como tampoco lo están, por lo general, los sentimientos del protagonista.

Llegué al pueblo, y a la entrada, vi a mi padre en el camino aguardando (3, nota a pie: Hecho cuartos por el verdugo). Enternecíme y entré algo desconocido de como salí, con punta de barbas, bien vestido. Dejé la compañía; y considerando en quién conociera a mi tío – fuera del rollo (4, nota al pie: Que servía de picota) – mejor en el pueblo, no hallé nadie de quien echar mano (Quevedo 1970: 70-71).

A pesar de ser diferentes y muy alejados históricamente los trasfondos y contextos de cada novela, los temas de la vida y de la muerte son comparables en otro sentido. Tanto Royo como Quevedo incorporan la oposición ‘vida-muerte’ en sus obras, aunque ello sea un tópico en la literatura universal.

Muy marcado por la situación bélica, el héroe narrativo de Royo hace con frecuencia hincapié en la falta de higiene, en el hambre de los soldados, en la suciedad a la que están expuestos todos:

Me iba embruteciendo cada vez más, como corresponde a un soldado. La comida comenzaba a preocuparnos, porque escaseaba. Cuando se detenía el tren para distribuir el rancho, todos saltábamos de prisa del vagón con objeto de ponernos los primeros en la cola y llegar al reenganche, si lo había (129).

Estos aspectos, que indican la falta de las necesidades básicas, expresadas lógicamente de forma muy distinta entre una y otra obra, son, por un lado, propias de la novela picaresca y, en concreto de *El buscón*, donde el hambre es motivo fundamental. Sirva de ejemplo la estancia de don Pablos y don Diego con el licenciado Cabra. Esta experiencia hace que don Pablos se invente trucos para camuflar sus robos y se haga pasar por buena persona:

No cabía el ama de contento conmigo, porque éramos los dos al mohino [...]: habíamos conjurado contra la despensa. Yo era el despensero Judas, que desde entonces heredé no sé qué amor a la sisa en este oficio. La carne no guardaba en manos del ama la orden retórica, porque siempre iba de más a menos, y la vez que podía echar cabra u oveja, no echaba carnero, y si había huesos, no entraba cosa magra; y así hacía unas ollas tísicas de puro flacas; unos caldos que, a estar cuajados, se pudieran hacer sartas de cristal de ellos. Las Pascuas, por diferenciar, para que estuviese gorda la olla, solía echar cabos de velas de sebo. Ella decía – cuando yo estaba delante – a mi amo: «Por cierto que no hay servicio como el de Pablicos, si él no fuese travieso; consérvete v. m. que bien se le puede sufrir el ser travieso por la fidelidad; lo mejor de la plaza trae.» Yo, por el consiguiente, decía de ella lo mismo, y así teníamos engañada la casa. Si se compraba aceite de por junto, carbón o tocino, y escondíamos la mitad, y cuando nos parecía decíamos el ama y yo: «Modérense vs. ms. en el gasto, que en verdad que si se dan tanta priesa, no baste la hacienda del rey. Ya se ha acabado el aceite o el carbón; pero tal priesa se han dado... Mande vuesa [sic] merced comprar más, y a fe que se ha de lucir de otra manera; denle dineros a Pablicos.» Dábanmelos, y vendíamos la mitad sisada, y de lo que comprábamos, sisábamos la otra mitad; y esto era en todo (Quevedo 1970: 41-42).

En otros fragmentos del texto de Royo, Luis Pablos describe como aprovecha la comida vieja:

En otra parada [de tren], a mediodía, Ortiz y yo, merodeando en torno a la cocina de otra Compañías, vimos en el suelo una verdadero riqueza de chorizos. Eran muchos trozos diseminados por el terraplén y algunos llenos de porquería. Pero nosotros los lavamos en un charco y nos llenamos la bolsa de chorizo. Al volver, en el vagón, como nos daba aprensión comerlo, lo cambiamos por otras cosas de comer y por cigarrillos, de los que hicimos un verdadero acopio. Poco después supimos que los de la cuarta Compañía habían tirado el chorizo que se les repartió, porque estaba descompuesto y podrido, pero en nuestro vagón todos se lo habían comido ya. Ortiz y yo estuvimos muy a punto de ser arrojados por la ventanilla (Royo Masía 1944: 129-130).

Este acto de lavar el chorizo podrido y ofrecérselo a los compañeros, que causa bastante repulsión en el lector, es comparable con algunas escenas de la vida del pícaro Pablos: éste también está constantemente preocupado por conseguir comida y comete innumerables travesuras para engañar a sus conciudadanos (por ejemplo, en el episodio con las pasas).

A modo de conclusión respecto a los rasgos quevedianos cabe resumir que son sobre todo el título y algunos elementos de la estructura de la novela de Quevedo a los que Royo recurre en la concepción de su obra. Por lo tanto son referentes de la estructura externa de la obra, elementos que pueden considerarse superficiales, aunque hábilmente utilizados. Además, también se hallan unos cuantos paralelismos entre, por un lado, las características de las dos figuras, y por el otro, los ambientes en los que se mueven, a pesar de que esos trescientos años de distancia no permitan comparaciones ambientales.

Otro posible elemento de comparación con Quevedo, refiriéndose al título, queda finalmente en el anonimato: En varias ocasiones el narrador de Royo habla de un tal Luis, presentado como otro soldado de su división. La mención de Luis, que lleva el mismo nombre que el narrador, crea confusión. Hay momentos en los que no está claro si Luis es el narrador o si es otra persona. Es el caso de la situación siguiente, cuando el narrador describe el entorno de soldados en el que se mueve:

Apenas nos conocíamos. El sargento y el cabo parecían dos buenos muchachos. [...] Luis padecía verborrea y no callaba ni con la boca llena. Por nuestra identidad de nombres, a él le decíamos Luis, y a mí me llamaban Pablos” (39).

El Luis que “no callaba ni con la boca llena” no encaja con el perfil del narrador que, aunque consciente de sus buenas nociones culturales, es generalmente mucho más reservado y modesto (118-119). La existencia del ‘otro’ Luis puede, por un lado, indicar el estado ambiguo del protagonista. Por otro lado, es posible que haga referencia al *Buscón* y a su amo don Diego, cuyas personalidades, según la crítica literaria, son mucho más comparables de lo que aparenta a primera vista. En algunos casos don Diego puede incluso considerarse como el áter ego de don Pablos⁵⁴.

Por último existen dos características claves que diferencian *¡Guerra!...* y *El buscón*: En primer lugar, el amor que siente el protagonista de Royo por Hilde no es vivido por don Pablos con las mujeres que conoce durante su vagabundería. Mientras Luis Pablos se ha enamorado de verdad, el héroe quevediano busca sobre todo un matrimonio que le permite mejorar sus condiciones de vida e instalarse de forma permanente en la sociedad. En segundo lugar, el final de *¡Guerra!...* no tiene nada que ver con *El Buscón*.

Así, pues, todas las referencias a la novela picaresca y a la novela quevediana se centran, en su mayor parte, en el carácter del protagonista y en manifestar su predilección y conocimiento literario de *El Buscón*.

5. 2. Referencias culturales

Como ya se pudo comprobar en la sección anterior, son múltiples las ocasiones en las que el narrador de *¡Guerra!...* deja constancia de sus amplios conocimientos sobre todo literarios, ya sea de literatura española o de universal. Además, demuestra un gran interés por muchos otros ámbitos culturales. Puesto que, por estas características, se diferencia notablemente de escritores como Crespo, Gómez y, aún más, de cronistas

⁵⁴ Véanse Redondo 1974: 8 y 12 así como May 1950: 323.

de tendencia más militar como Martínez, conviene dedicar un capítulo a las referencias culturales de dicha novela.

Las siguientes referencias, excluidas las quevedescas ya expuestas, se pueden clasificar en distintos apartados: en un primer momento están las alusiones a la literatura española, agrupadas por siglos y corrientes literarios. Después, las menciones sobre la literatura universal. Además, cuenta esta novela con un número considerable de referencias históricas, cinematográficas y pictóricas. En otro apartado se agrupan las menciones algo menos frecuentes a la música, la arquitectura y la filosofía. También se comenta brevemente el lenguaje utilizado por el narrador que refleja precisamente todos estos conocimientos culturales.

Una de las primeras referencias a la literatura española se realiza sobre Garcilaso de la Vega. Durante el viaje de los divisionarios por Francia, el narrador describe su paisaje y apunta que para las obras de este poeta renacentista hubiese sido éste el ambiente más adecuado:

Yo comenzaba a arrepentirme de mi primera sensación de desencanto. Sí que era el «extranjero», sí que había cosas exóticas, paisajes distintos, llenos de sugerencias y extrañas impresiones. ¿Y aquellas casas de campo, con sus tejados rojos, que se dejaban ver a una distancia inverosímil? ¿Y aquel verdor intenso, aquel césped en donde Garcilaso debió cantar sus églogas, mejor que en la seca y árida Castilla? ¡Todo era distinto! (23).

Pero Luis Pablos no sólo conoce a Quevedo y Garcilaso, sino también tiene presente una de las obras maestras de Tirso de Molina, *El burlador de Sevilla y convidado de piedra*, como demuestra a finales del primer capítulo. Todavía en el tren recorriendo Francia, son éstas sus últimas reflexiones antes de terminar el capítulo:

Me dormí, y aún creo que soñé con asaltos y heridas gloriosas, y con medallas y escapularios que me prendieron en el pecho las manos de tantas novias que me amaban. En mis sueños aún quedaban reminiscencias de don Juan presuntuoso (32).

Recuerda en estos momentos no sólo su juventud y sus relaciones amorosas anteriores sino se compara además con la figura de un don Juan que impresiona a las mujeres por sus éxitos militares. La manera con la que el narrador alude tanto a Garcilaso de la Vega como a Tirso de Molina indica la admiración que siente por ellos. Aunque en puridad la referencia pudiera ser sobre cualquier donjuan de la literatura española, en buena lógica a uno de los dos más afamados, el de Tirso o el de Zorrilla. La referencia es al mito.

Dentro de las referencias a la literatura española destaca la frecuencia con la que el protagonista aborda ideas propias del Romanticismo. Tal hecho concuerda, por un lado, con el carácter soñador del protagonista que se refugia a menudo, como un

romántico perdido, en su mundo imaginario. En este sentido, el protagonista tiene un carácter soñador y, a menudo, se refugia, como un romántico perdido, en su mundo imaginario. Al mismo tiempo, el amor que siente por Hilde, por varias razones, se podría considerar eminentemente romántico. Así, entre otras cuestiones, los recuerdos de esta relación le acompañan hasta su muerte, por lo tanto es un amor absoluto típicamente romántico y, a la vez imposible. Además, la personalidad de Luis, ya trazada en la sección anterior, contrasta con la del típico héroe militar que vive con la cruda realidad de la guerra. En muchas ocasiones, la literatura romántica le sirve para animarse:

«¡Nada de sentimentalismos! El hombre es hombre cuando sabe vencerse a sí mismo.»
Tan saturado estaba de Zorrilla y Espronceda, que me brotaban las consonantes con la misma espontaneidad que si fuera poeta melencólico y bohemio (27).

Por un lado, Luis realza su modestia en cuanto a su propio talento literario, comparándose con los grandes escritores románticos. Es una afirmación que repetirá con frecuencia a lo largo de su relato. Por otro lado, sus compañeros ven en él a alguien “un poco soberbio y engreído” (39), como afirma su compañero Ortiz. En otro momento, cuando Luis cita a Neruo y Bécquer, expresa sus aspiraciones por ser un verdadero poeta. Insiste en sus ganas de componer sus propias obras poéticas a pesar de no ser un “poeta melencólico y bohemio” (27). Su vida anterior a la contienda era, según él:

[...] monótona: estudiaba y escribía versos como cualquier estudiante; [...]. Me parece que era un muchacho atolondrado y romántico [sic], con más versos de Amado Neruo y de Bécquer en la cabeza que piojos he matado en la chabola... (17-18).

En cuanto a su amor por Hilde, le atribuye también un carácter altamente romántico. Lo describe como el típico amor romántico; intenso, pero pasajero: “Yo amaba a Hilde, la amaba locamente, románticamente, pero momentáneamente también” (59). A pesar de tanta terminación en –mente, que poco dice de la calidad del autor, los dos primeros adverbios muestran el carácter apuntado y el siguiente sin duda lo dicta su realidad, la guerra. En otro momento, después de haber intentado, en un estado de borrachera, prender fuego al barrio judío, intenta recapitular los hechos de la noche anterior: “Recordaba todo lo pasado con las polacas y los alemanes y luego con los judíos aunque de un modo confuso. Pero conocía el desenlace. Era triste el desenlace, como la literatura de los románticos” (85). En efecto, ya se ha escrito sobre los finales de amor imposible en el movimiento romántico.

En otra escena, en torno a la literatura de finales del siglo XIX y principios del XX, el protagonista refleja sobre el papel de los españoles en la guerra contra la Unión Soviética. Es ahí cuando recuerda “el espíritu noventayochista” (28) y opina que los escritores de esta generación hubiesen estado en contra de esta guerra:

Nuestro destino estaba más allá de Pavia y de Flandes. Íbamos a recorrer Europa incendiada de guerra. [...] ¿Y nosotros teníamos derecho? El término de nuestro viaje era el de avivar con el fuego de nuestros fusiles esa angustia, ese miedo, esa incertidumbre. ¿Era justo acrecer los lutos y las lágrimas? El espíritu noventayochista, si hubiera viajado en aquel expreso, vestido de caqui y confundido con los soldados, habría aprovechado la ocasión para acercarse a mí y murmurarme al oído: «¡Paz, paz, paz!» No todos los días se le ofrecía una ocasión tan propicia, porque tampoco nosotros poníamos a diario sobre el tapete la cuestión de justificar nuestra aventura (28).

En varias ocasiones el narrador expresa su poca convicción sobre el objetivo de esa contienda y le busca una justificación, generalmente en la conversación con sus compatriotas. Este tipo de reflexiones corroboran su desánimo que es cada vez mayor, a medida que sus piernas empiezan a congelarse.

Sin embargo, el protagonista rectifica a continuación su opinión, apuntando que la situación política actual europea no sería comparable con la España de principios del siglo:

Pero «noventa y ocho» era imposible que viniera a meterse conmigo, que, siguiendo sus normas y preceptos, se había quedado, sin duda, en España, y a mí me parecía imposible que pudieran viajar en aquel tren, que corría hacia el incendio más grande de los siglos y no llevaba, además, coches de primera (28).

Como se puede observar aquí el narrador aprovecha cualquier temática para relacionarla con la literatura, elemento clave en su vida.

El primer bloque termina con una referencia a la literatura española modernista, una mención del poeta y dramaturga Francisco Villaespesa Martín. Luis está disfrutando en estos momentos de la compañía de Hilde y se compara con el poeta: “¡Cuánto hice el vate decimonónico, acariciándole sus manos blancas y olorosas como las manos ducales que cantó Villaespesa” (60). Esta cita resulta además interesante en el contexto de las referencias germanófilas. Por ello, también forma parte de la sección 5.3.

En el octavo capítulo, cuando los soldados traspasan Polonia, el protagonista tiene presente la literatura española del siglo XX, pero sólo una cita al respecto nada dice de su conocimiento de la literatura española del momento y, aún menos por referirse a una figura tan consagrada y ya fallecida, aunque fuera de rabiosa actualidad. Así, en el pueblo Karaszewo, los divisionarios entran en contacto con la población

polaca para conseguir comida. A cambio de algo de ropa o pequeñas herramientas que los españoles llevan encima, los polacos les dan de comer. El narrador comenta la situación con la gracia e ironía que le son tan propias:

Aquellos campesinos habrían dado la mujer y las hijas por unas botas viejas; pero nosotros no pretendíamos tanto. Fue aquella una escuela de gitanería, menos lírica que la de García Lorca, pero de más utilidad (94).

El narrador se sirve aquí de Lorca para comparar la literatura con su vida actual: mientras Lorca crea escuela de gitanería (en lo literario), los soldados experimentan esta ‘gitanería’ directamente como consecuencia de la guerra.

En cuanto a las menciones que se refieren a la literatura universal, excluyendo ahora la literatura española, el protagonista también se muestra buen conocedor de la literatura francesa, especialmente de la romántica. En el primer capítulo, titulado “Francia”, reflexiona sobre el extranjero y sus ganas de salir de España, que había tenido desde siempre. Cita en estos momentos al tópico “Partir es morir un poco” (21), el primer verso de un poema del francés Edmond Haraucourt⁵⁵. Dicha cita refleja la situación en la que se encuentran los divisionarios en aquel momento.

Dentro del contexto de la literatura francesa, Luis recurre, poco después, otra vez a su predilección por el romanticismo. Durante una conversación con el divisionario Ortiz, cita dos novelas del romanticismo francés y revela con ello, una vez más, hasta qué punto está sumergido en el mundo de la literatura. Los dos soldados conversan aquí sobre el físico de las mujeres alemanas:

Ya habíamos discutido sobre la belleza de las alemanas. A Ortiz le gustaban todas, con tal de ser altas y de coloradas mejillas. A mí no acababan de convencerme. Yo esperaba en aquella aventura encontrar una de esas mujeres de ensueño que las novelas y la fantasía, por partes iguales, han hecho nacer en nuestra imaginación. Pretendía gustar la dulzura romántica de una Graziella inocente y virginal, o el amor sazonado y amargo de una Margarita Gautier (49).

Primero, Luis anota aquí cómo tendría que ser la mujer de sus sueños: debería ser como sólo se la puede imaginar él, una mezcla entre su imaginación y sus conocimientos novelísticos. Este deseo se confirma después cuando menciona a dos figuras femeninas de la narrativa romántica francesa: la primera es Graziella, la protagonista de la novela del mismo nombre de Alphonse de Lamartine, publicada en 1853. La segunda es Margarita Gautier, la heroína de *La dama de las Camelias* (1848) de Alexandre Dumas. El narrador evoca aquí dos imágenes de mujeres de carácter más

⁵⁵ Véase Vadeanu, Ana. “La obra de Cela al desnudo.” *El Extramundi y los papeles de Iria Flavia*. 5-17 (primavera de 1999): 86.

bien opuestas: *Graziella* es una joven y representa el amor adolescente del que disfruta en una Italia vacacional; mientras que Margarita Gautier es una prostituta de lujo y famosa.

Además de referirse a algunas obras francesas, el protagonista cita en otras ocasiones la literatura oriental, como por ejemplo una de sus obras maestras *Las mil y una noches*, en el cuarto capítulo. Los soldados españoles entonces ya se han instalado en el campamento en Alemania y aprovechan sus días de salida para conocer a un grupo de jóvenes alemanas. Al cabo de poco tiempo empiezan a formar parejas con ellas. Un día, los divisionarios quieren llevarse a las chicas al bosque, pero son cinco las chicas y sólo cuatro los españoles. Ortiz, que tiene muchas ganas de estar a solas con su chica, expresa su malhumor frente a la situación de desigualdad de parejas. Luis describe el estado anímico de su amigo de la siguiente manera:

Y al hablar así le bailaban en los ojillos muchas escenas de las «Las mil y una noches», que él se representaba en su imaginación. ¡Qué bien recuerdo su expresión de gatazo celoso en enero! Era un buen camarada Ortiz, tan bueno como sincero y brutal en ocasiones (53).

El narrador recurre aquí a una técnica que emplea a menudo: a través de otro personaje, expresa sus propios conocimientos literarios. Esta técnica destaca aquí aún más teniendo en cuenta que el amigo de Luis, como éste había afirmado antes, es una persona muy poco culta.

En otro fragmento del texto, el protagonista alude a la literatura clásica griega y la filosofía. Como se verá con más detalle en la sección 5. 3, Luis da rienda suelta a su actitud antisemítica en el capítulo “El capitán y el saco de arena”. Después de haber intentado incendiar unas casas del barrio judío, junto a su compañero Alejandro, es castigado por el jefe de su división: durante veinticuatro horas, tiene que llevar un saco de arena en la espalda. Reflexionando sobre la justicia del castigo en comparación con el hecho cometido la noche anterior, Luis anota:

¿Y si yo me quitara el saco de la espalda ... y me fuera a buscar al capitán y se lo dejara caer encima de la cabeza? [...] Pensaba así porque me humillaba tener que acatar su imposición. Quería entonces aplicarme una lógica desquiciada y absurda. El razonamiento es verdad que no conduce a nada a pesar de Platón y de Descartes, porque siempre nos ofrece diversos caminos, y el que elegimos en un momento cualquiera depende de la predisposición de nuestro ánimo, que nunca es una misma (85-86).

Luis alardea de tener cultura, de conocer a ambos filósofos, pero en estos momentos le es imposible adoptar una actitud serena y razonable, tal como la proclaman ellos. Recurre aquí a sus conocimientos culturales en un contexto militar, para olvidar o

al menos suavizar lo que le avergüenza. Al final de su crónica volverá a esta misma temática⁵⁶.

Además se incorpora en este capítulo, aunque puede considerarse también un elemento de cultura general, una referencia bíblica. Se encuentra en el noveno capítulo, en medio de unas reflexiones de Luis sobre el amor:

El amor, el amor a los hombres, a las cosas, a la vida; el amor como norma, como definición, como rector de la existencia; el amor que quiso Jesucristo para todos, lo sentía en aquellos momentos en que la soledad y el silencio hacían la luz en mi espíritu (115).

A continuación el narrador enlaza estos pensamientos con el deseo de que todo el mundo debería sentir el amor por la Biblia. Según él no debería haber guerra. No obstante, tampoco olvida el motivo por el cual se encuentra en Rusia y la importancia de matar al enemigo (115).

Las últimas reflexiones del protagonista antes de morir son muy significativas. Anota lo que planifica hacer de sus crónicas, una vez vuelto a España:

Entonces yo escribiré bajo los cerezos una novela triste y melancólica que terminará en un atardecer otoñal, bajo un crepúsculo lluvioso. Será una novela hecha con pedazos de realidad y con gotas de sentimentalismo. Una novela de recuerdos que me sirva de guión para toda la vida. Aprovecharé para ello estos apuntes. Haré en mi novela la exaltación del soldado y el gozo de vivir; pero no un gozo irreverente, desmesurado, sino un gozo místico, triste, porque la vida es, ante todo, una mesurada exaltación, una melancolía agradable, un misticismo mudo de contemplación de las cosas, de deseos suaves, de ansias de que todo se venga para nosotros, ya que nosotros no podemos ir porque nos han cortado los pies (205-206).

En un primer momento expresa a través de estas palabras su deseo de ser escritor, aunque no tiene grandes aspiraciones literarias. Una vez en casa, opina que la literatura será para él una especie de medio para tratar con sus experiencias bélicas y para vivir con ellas. Además, aborda el terreno religioso a través del “gozo místico” que siente el soldado. Para muchos divisionarios, la fe católica era un apoyo importante al que recurrían en los momentos más duros de la contienda. Así lo hace también Luis Pablos no sólo en esta cita sino también cuando relata la muerte de su compañero Ortiz, en el capítulo XIV (178).

Poco antes de que el delirio tome posesión de él, el protagonista recurre otra vez al misticismo. Dejando rienda suelta a sus pensamientos resalta lo importantes que son sus recuerdos de los momentos compartidos con Hilde:

Tú puedes hacerlo, pensamiento; pero cuida que sobre todos mis recuerdos, presidiéndolos, como en un primer plano, se destaquen sus ojos de luz, azules y

⁵⁶ Véanse las páginas 206 y 212 del mismo libro.

lánguidos, y juguetea en torno su risa de adolescente, misionera de esta nueva mística de ensueño (210).

Además de las referencias literarias, que son las referencias culturales más frecuentes en esta obra, el protagonista incorpora también algunas alusiones a la historia universal. A través de éstas, demuestra, además de sus conocimientos, su interés por esta materia. Durante una estancia corta en el pueblo de Vítebsk, hoy Bielorrusia, el supuesto áter ego de Luis interviene en la narración. Desde la perspectiva de Luis Pablos, comenta: “Luis estaba más sociable. La pedantería se le fue perdiendo en el camino y ya no citaba con tanta frecuencia a Justiniano ni hablaba con aquella suficiencia de hombre docto” (110). El narrador le recrimina que con anterioridad exhibía en exceso sus conocimientos culturales, pues le ha calificado de pedante, condición que va perdiendo a medida que la guerra se intensifica. Así, el protagonista recurre al emperador romano Justiniano. El hecho de mencionar a personajes célebres históricos, literarios o procedentes de otros ámbitos culturales ya se ha podido observar anteriormente. Es probable que a través de esta estrategia, el narrador quiere seguir pareciendo una persona modesta. Ante todo, no quiere destacar.

Otras asociaciones históricas vienen a la mente de Luis cuando viaja por Rusia. Es posible que se deba tal entendimiento a sus múltiples lecturas: “Me acudían también a la memoria algunos conceptos olvidados sobre Rusia, sobre Rasputin, sobre la Revolución, sobre los zares” (129). El interés del narrador por la historia y cultura de este país se refleja también en su novela posterior *El sol y la Nieve* (1957). Es significativa, aunque contradictoria, la elección de los personajes, de claro carácter autoritario y la Revolución, probablemente evocando 1917, pero de signo contrario a los personajes citados. Coinciden, eso sí, en ese rasgo autoritario, de fuerza, tan alabada por el narrador a lo largo de la novela.

Poco después, Luis demuestra las ganas de querer escribir él mismo algo de historia, deseo que está cumpliendo a través de la escritura de su diario: “Ahora me veía soldado español y sabía que en la planta de mis botas, en la punta de cada uno de sus férreos clavos se afilaba una pluma con que escribir Historia de España” (133).

Otras referencias culturales son las que aluden al cine español de la época. Mientras se encuentra entre Polonia y Rusia, Luis recuerda el cine de la actualidad y uno de sus “objetos” más populares de entonces, el caballo:

No sabíamos adónde nos llevaban ni cuándo acabaríamos de andar. Acudieron a mi memoria las películas de caballistas, que me entusiasmaban cuando chico. Recordaba los grandes rebaños a través de las llanuras americanas (96).

Para cambiar, el narrador describe aquí una asociación cinematográfica en vez de una literaria. A través de ésta, se aleja una vez más de la cruel realidad bélica. Además, alude con ella no solamente a España, sino también a muchos otros países europeos donde el cine americano, en concreto el “western”, entonces gozaba de mucha popularidad.

Es lógico que el cine de su época conmueva al protagonista. Así es que recuerda, en el décimo capítulo, películas de su juventud. Los divisionarios viajan en estos momentos en tren por Rusia:

Tumbado sobre la paja, en aquel enorme vagón ruso de mercancías, capaz para cincuenta toneladas de carne, me acordaba del cine en España, de aquella película «Miguel Strogof», que tanto me había entusiasmado (129).

El protagonista alude aquí a la vez a la literatura francesa, nombrando la novela del mismo nombre de Jules Verne de 1876, y a su adaptación al cine a principios del siglo XX, que tuvo un gran éxito de público. Este tipo de asociaciones, tan propias de la figura novelística, son solamente un reflejo más de la cultura de la época.

Hacia el final de la crónica, cuando Luis ya se encuentra en el hospital militar en Schaulen, un día, recibe un periódico español. Comenta la emisión de una película conocida, basada en una obra de teatro del mismo nombre, de Jardiel Poncela:

Ayer recibí carta de España y dos periódicos. En uno de ellos venía el anuncio de una película que se ha estrenado recientemente en Madrid. La película se titula «Los ladrones somos gente honrada» (202).

Esta película se estrenó, efectivamente, en 1942 (García-Abad García 2001: 173). El episodio les sirve a los españoles para burlarse del título de la película, que intentan hacer entender a otro herido alemán, a través de gestos. Dicha acción no resulta exitosa, pero divierte a todos.

En otro momento, el protagonista no cita una película en concreto, pero, mientras observa el ambiente que le rodea, equipara la realidad con el arte cinematográfico. Como en otras ocasiones, hace expresar sus propias asociaciones a sus compañeros, aquí en el hospital letón:

Miguel y Rodrigo pasean un rato por el hospital y se asoman a la ventana, viendo pasar los transeúntes, entre los que circulan, según me dicen, señoritas muy elegantes y estupendísimas, envueltas en pieles exóticas, que parecen mujeres de película (204).

Tales pensamientos no sólo son una prueba más de la gran imaginación del protagonista sino son también una especie de autoayuda ya que le hacen olvidar por un momento la pérdida de sus pies.

Entre las referencias culturales también se halla una mención a la pintura. El protagonista la incorpora en su relato cuando describe sus citas con Hilde. La primera caracterización de la chica alemana consta de un toque poético de tono algo cursi, ya que el protagonista compara sus trenzas “largas y rubias” (48) al trigo en verano. A continuación, enlaza esta descripción con un cuadro de Watteau. Todas las situaciones compartidas con Hilde son, a partir de estos momentos, felizmente valoradas:

Hilde determinó, pues, al poco tiempo, esperarme cerca del Campamento, y allí se rompieron las reuniones y los bailes. [...] Todos los días a la hora prevista, ella me esperaba en el mismo sitio, siempre puntual. Cogidos de la mano, aquellos bosques tenían un encanto misterioso y poético, y nosotros, por entre ellos, hubiéramos inspirado, a buen seguro, un cuadro de Watteau, aunque yo no llevaba calzón corto ni ella falda larga (56).

El paisaje de la Alemania verde en el estío hace recordar a Luis al pintor francés dieciochesco Jean-Antoine Watteau. Una vez más, el narrador se traslada a través de su fantasía a una época pasada, cuyos encantos imaginados le hacen olvidar del todo la guerra.

A pesar de ser más escasas, se hallan en la crónica de Royo otras referencias a ámbitos culturales, como por ejemplo, a la música, la arquitectura y la filosofía. La temática musical se aborda en la última parte de *¡Guerra!...* En el hospital militar en Schaulen, los divisionarios intentan animarse a través de canciones populares. Así es que cada uno canta en su lengua respectiva. Las canciones españolas son apreciadas por los heridos de otras nacionalidades. Luis, que canta junto a sus compatriotas Miguel y Rodrigo, apunta el efecto positivo que tiene la música en los enfermos:

[A los demás les] gustan mucho nuestras canciones. No por esta precisamente, que es una canción tonta, sino por otras muchas canciones populares, que les parecen muy alegres y graciosas. Las de... [los demás soldados de otras nacionalidades], sobre todo las que canta Heino, son unas canciones tristes, monótonas, con un ritmo lento, lánguido, agonizante. Se ve aquí bien que las canciones son un producto de la Geografía. Cada vez que canta el «Mu isamaa», la canción preferida del estonio, me parece estar en una de aquellas casuchas de madera, mirando tras de los cristales cómo cae la nieve, con la misma lentitud y blandura que cada nota de la canción de Heino (203).

El protagonista subraya aquí que la melodía de los cantos españoles es bastante más animada que la de los países del norte o del este de Europa. Va incluso más hacia allá y pretende que aquello tiene que ver con el carácter más alegre del español, propio de la gente del sur de Europa. Sin embargo, se percibe que los conocimientos de Luis del ámbito musical son mucho menos profundos que los que tiene del ámbito literario.

A la arquitectura alude a principios del undécimo capítulo. En búsqueda del capitán de su división, el protagonista tropieza con una ermita rusa cuyo estilo arquitectónico comenta:

La ermita estaba bien conservada, quizá por un resto piadoso en el corazón del enemigo. Se componía de dos naves; la primera, amplia y rectangular, conducía a otra interior, que era una pequeña capilla de forma circular, en la que había un ara desmantelada. Esta segunda nave, coronada por una cúpula verde, como todas las cúpulas rusas, dejaba ver el cielo por un boquete que la granada de un mortero había abierto en lo alto. El suelo estaba lleno de escombros y algunas imágenes del altar derribadas. Todo se veía muy decorado, predominando el oro, el rojo y el amarillo, lo que hacía recordar el estilo bizantino. Por las paredes estaban distribuidos muchos cuadros de santos, todos con el rostro pintado de negro. Entre ellos, distinguí a la Virgen del Perpetuo Socorro, ante la que hice la señal de la cruz, a pesar de que la iglesia era ortodoxa, según demostraban los brazos oblicuos de todas sus cruces (145).

El narrador muestra sus conocimientos arquitectónicos. Sencillamente parece tener el interés de cualquier turista, dada la topografía del interior de la capilla. De ahí que, por una parte, pueda manifestar su devoción religiosa en general (hace la señal de la cruz ante una imagen ortodoxa, lo cual parece indicar que a pesar de las diferencias hay un tronco común de creencias) y también exhibir sus conocimientos artísticos al dar un motivo diferenciador entre las dos religiones tácitamente comparadas. Ese motivo o detalle son “los brazos oblicuos de todas las cruces.” Pablos deja en esta escena también constancia de su fe cristiana.

La temática filosófica le preocupa sobre todo cuando está herido y ve la muerte cercana. Entonces reflexiona sobre el sentido de la guerra y pretende diferenciarse de los demás por negar cualquier motivo por el que se lucha:

Cuando se dice que luchamos por esto o por lo otro, me domina la indignación y grito: – ¡Mentira! ¡Traficantes! ¡Mentira! – Luchar por algo, por la economía, por el bienestar de la muchedumbre, sería comerciar. Yo no lucho por nada. Yo lucho porque sí (206).

Esta negación del motivo bélico, esta defensa de la guerra por sí misma, sin dar una razón obedece, entre otras posibles, a dos cuestiones. La primera obedece a la reafirmación de la fuerza en sí misma, a la creencia fascista de la imposición de la fuerza y el canto de ello como manifestación de que el hombre también es fuerza, fuerza bruta, sin más, demostración de poder físico y material. La idea de que en la vida se imponen los fuertes, de ahí la negación de la igualdad del ser humano. La representación de la fuerza bruta es el soldado. Y ello se relaciona con la segunda razón, que no es otra que la convicción de que el soldado no debe pensar, sino realizar lo que se le manda, porque precisamente es eso, fuerza bruta, obediencia de manera ciega, no fuerza reflexiva o que deba pensar sobre la guerra o la existencia. Aunque a medida que

avanza la novela su desencanto, debido a la pérdida de la fuerza (la amputación de sus pies) le conducirá a pensar y, por lo tanto a no cumplir con lo que está estipulado para el soldado.

En efecto, poco antes de morir, apunta haber perdido toda su fe, ya sea en la religión, ya sea en el fin de esta guerra: “Ya no creo en nada. Me parece que somos una colección de necios y de locos. La vida es un engaño fantástico, sin sentido, sin causa, sin explicación...” (212). Estas frases indican que está pensando, que se está cuestionando la razón de su existencia que le llevó a embarcarse en esa guerra contra los soviéticos.

Antes de terminar el capítulo sobre las referencias culturales de *¡Guerra!...* conviene retener que, además de todas las alusiones abarcadas, es también el lenguaje literario del protagonista y el uso frecuente de metáforas y paralelismos, que diferencian esta novela del resto de textos divisionarios. Aunque el narrador no cita tan a menudo poemas en concreto, deja entrever, a través de múltiples alusiones, que la poesía es una de sus mayores predilecciones. Así es que, cuando disfruta de la compañía de Hilde, Luis no se refiere a obras o figuras concretas de la literatura universal, pero transmite a través de su lenguaje sus ideas literarias. Su gran capacidad imaginativa le hace equiparar sus conversaciones con Hilde con las de entre dos figuras de la alta burguesía que disponen de buenos conocimientos literarios:

Aquellas tardes se han grabado mucho en mi memoria y con mucha claridad. Yo me creía un marqués pastor, diciendo madrigales a una duquesa labradora, como en los tiempos de las églogas. Ella me explicaba lo que se creía. [...] Me miraba como si yo fuera un héroe fabuloso o un personaje de la mitología (58).

Parece lógico que en el momento de mayor enamoramiento el protagonista recurre aún más a su ‘otro amor’, la literatura. A través de la mención de la égloga, refleja su interés por la poesía bucólica y la novela pastoril, narrativa idílica propia del Siglo de Oro español. Cuando se describe como una figura mitológica o fabulosa, atribuye a otra figura sus propias fantasías: cree saber lo que piensa Hilde de él cuando ella le mira. Aquello sólo demuestra su poco arraigo en la realidad bélica, que parece ser inexistente en estos momentos. O el deseo imperioso de evadirse de una realidad cruel. Tal hecho se refleja también en afirmaciones como “Ella me miraba, me miraba siempre con sus ojos zarcos, y yo me olvidaba entonces de la guerra y del mundo” (60).

La imagen que tiene Luis de Hilde le persigue también en otras ocasiones. En el segundo capítulo, los soldados españoles, apenas llegados a Alemania, entran por primera vez en contacto con la población alemana. Sintiéndose halagados por la

bienvenida de las jóvenes alemanas, el narrador compara sus compatriotas con poetas y otro tipo de artistas:

Bajamos del tren. En los andenes, las alemanitas, rubias, pelirrojas, morenas, se disputaban nuestros brazos y nos llevaban a la cantina, donde nos obsequiaban con cerveza y unos tubos de caramelos redondos, como tabletas de aspirina. (Había colgaduras y banderas, como en fiesta de gala.) En sus cuadernos anotábamos nuestras direcciones y no nos daban tiempo unas y otras. Algunos [de nosotros] adoptaban ya el aire prosopopéyico de los grandes poetas, o la «pose» de los artistas de cine o los literatos modernos, acosados por sus admiradoras (34-35).

Recurriendo aquí a nociones del ámbito artístico, las descripciones de Luis constan de un tono irónico. Sin embargo, no se burla de los alemanes, sino del comportamiento teatral de sus propios compatriotas. Es también una forma de embellecer la realidad, de mitificar las figuras de los pobres soldados, cuya única satisfacción en esta guerra será ese recibimiento de las mujeres germanas. Ese “pavoneo” linda con el deseo de sentirse ya casi un héroe.

En otras reflexiones acerca de la poesía, el narrador atribuye, una vez más, el papel del experto en lírica a los demás personajes: no sólo es Luis quien muestra sus conocimientos poéticos sino que también lo hacen otros divisionarios. Después de haber conocido a una chica polaca en la ciudad de Grodno, los compatriotas de Luis le hacen bromas por su predilección por la literatura:

El teniente se metía conmigo porque en Grodno me las di de conquistador y porque además me habían puesto fama de poeta pedestre y ripioso por algunos versos que publiqué en un periódico mural del campamento y algunas canciones que había improvisado durante la marcha. – Sí, mi teniente. Para mí la vida es un endecasílabo, ya lo sabe usted. – ¿Y qué es un endecasílabo? – preguntó Ortiz, mientras se disponía a engullir su tercera marmita de patatas. – Un endecasílabo es una estrofa de once versos – respondió uno de los advenedizos pelotilleros, que había sido chupatintas y se le había perdido la preceptiva, sin duda por entre los remiendos de los codos de sus manguitos. El teniente le llamó burro, y él se puso muy colorado (118-119).

Para no destacar entre los demás soldados por ser muy culto, no es el protagonista quien contesta en estos momentos a la pregunta por la definición del endecasílabo. El narrador opone aquí claramente el mundo de la literatura y el mundo militar. Con todo, parece encontrarse en el mismo dilema que siempre: ocuparse demasiado de la literatura no le conviene a un soldado que debe concentrarse sobre todo en el transcurso de la guerra. También parece adquirir un significado más profundo la oposición que se establece entre poemas y patatas. El ideal ante la realidad.

Otro ejemplo del lenguaje literario del narrador, esta vez refiriéndose al teatro, está en la descripción del fallecimiento de un camarada querido: “En nuestro corazón queda siempre un hueco reservado para guardar aquel afecto, que nació quizá al filo de

una aventura trágica, pero el dueño no vuelve a comparecer” (76). El mundo literario, aquí el teatral, le sirve, por tanto, otra vez de referencia y apoyo para superar este tipo de acontecimientos trágicos.

Otros fragmentos del texto reflejan, como se ha podido ver anteriormente, la importancia que tiene el mundo cultural para el protagonista y la frecuencia con la que necesita recurrir a éste. La descripción de Luis lo demuestra cuando el comandante de su compañía da un discurso:

Fuera se reunieron las Compañías, y el comandante nos habló. Era la noche oscura, y no le veíamos la cara ni los ademanes, pero escuchábamos su voz recia y clara, y en las pausas de su discurso se dejaba oír el rumor de la guerra lejano y como acompasado, que semejaba el fondo musical de una película (137).

Incluso discursos militares como éste evocan en Luis asociaciones al mundo cinematográfico.

Cuando Ortiz, uno de los camaradas y amigos más queridos del protagonista, muere, el narrador incorpora otra vez la temática cultural en su crónica. Ortiz es herido en medio de una de las batallas. Después de haberle encontrado en la nieve, Luis le arrastra y le lleva a una de las chabolas de su división. Ahí, como lo hace también en otros momentos, incluyendo a sus compatriotas, Luis expresa su necesidad de pensar que toda esta escena sólo es una pesadilla muy mala de la que se tiene que despertar: “Entré en la chabola y... deposité [a Ortiz] en la litera. El practicante se encontraba allí, y toda la posición, conocedora del suceso, esperaba con ansia un desenlace de novela rosa” (177). No obstante, Ortiz sucumbe a sus heridas; hecho que a Luis le lleva a comentar dicho acontecimiento trágico de la siguiente forma: “Cuando se lo llevaron estaba la noche cerrada y la nieve caía, mística y silenciosa, cubriendo su lecho de muerte a lo largo del camino con un sudario blanco que él tenía bien merecido” (178).

Del final deseado e ideal, de novela rosa, se pasa a la realidad, aun con ribetes religiosos, con el adjetivo “mística”, propios de la muerte.

En otro momento, el narrador compara el estilo de una carta de Hilde con el de una novela rosa. No obstante, recuerda a la enfermera con nostalgia:

...bajé la... [mirada] para releer la carta de Hilde, que llegaba tan oportunamente. Me escribía desde Viena, a donde había sido destinada para prestar servicio en el hospital. Era atrevida Hilde al decirme que le gustaría que me hirieran para tener la probabilidad de que cayera en sus manos. Aquello resultaba muy sentimental, muy de novela rosa, muy de muchacha de dieciocho años, que todavía sueña con el príncipe azul, pero encerraba una gran verdad, constituía una coincidencia misteriosa que parecía una burla grosera del destino, porque en el momento de recibir su carta, donde me expresaba su deseo funesto y romántico, yo acababa de ser herido por el frío (187).

A través de dicha descripción, el narrador demuestra, aunque no es aficionado a la novela rosa, que conoce el género. Es más, con sus referencias al destino, él mismo parece querer dar un toque de novela rosa a su narración.

Más adelante, en el decimoquinto capítulo, durante otra batalla contra los rusos, el narrador equipara los ataques de un ejército y los contraataques del otro a una novela y su epílogo:

Se apagó la bengala y disparamos todos a bulto en la dirección en que los habíamos visto caer, hasta que otra bengala nos ofreció el epílogo de aquella novela sin intriga: los rusos se habían retirado, dejando sobre la superficie del río seis hombres muertos (184-185).

Con este tipo de comentarios, el protagonista se adentra en la descripción de la brutalidad de la guerra en toda su amplitud. Sin embargo, no cambia su estilo ya que sigue recurriendo a términos literarios a fin de comparar la contienda con la literatura.

En la última parte de la novela, en “Reseña del presente. Schaulen”, cuya acción se desarrolla enteramente en el hospital militar, Royo interviene explícitamente como autor en la narración. Sin embargo, siempre se mantiene la perspectiva de Luis Pablos, que describe cómo conoce al autor Royo en la sala de heridos. Royo le dice a Pablos, para animarle tras la amputación de sus pies: “– No te preocupes. Tú serás un héroe en España, y tu madre te cuidará mucho. [...] ¿Que no puedes correr? ¿Y qué? En cambio, irás mucho al cine, leerás muchos libros... No hay que preocuparse” (200). Una vez más, el remedio para escapar de la triste y dura realidad es el mundo cultural. En este caso, como es imposible la actividad física se optará por la actividad intelectual y cultura: cine y lectura.

Poco antes de morir, ya en un estado de delirio, apunta sus últimas fantasías que se desarrollan en un mundo futuro en paz:

Besaré a Hilde en la espesura de los bosques de Grafenwöhr y correré con ella cogida de la mano, pisando con mis botas las blandas hojas y el césped alto y fresco, que habrá crecido ya desde las últimas veces que lo pisé. Su risa volverá a estremecerse, portándome su alma tan pura y tan ideal como mis recuerdos (208).

Por última vez, el narrador evoca la auto-imagen del héroe novelístico, aquí con un toque cursi-romántico, que disfruta de los placeres del amor en plena naturaleza, en un mundo sin guerras.

En su función de transcriptor, Royo resume en el último capítulo las características más destacadas de Luis. Éstas encajan del todo con las que el joven soldado efectúa a lo largo de su crónica: “[Luis e]ra infantil y soñador, lleno de sentimentalismo y de exaltaciones románticas” (220).

5. 3. La temática germanófila y filonazi

Las tres primeras asociaciones positivas con el país germano que anota el protagonista se refieren a los ámbitos de la música, de la farmacia y de la milicia. Durante el viaje de los divisionarios por Alemania, cuando llegan a la primera parada de tren, el narrador apunta el buen efecto que le causa esta música:

Al llegar, casi todos íbamos durmiendo. Me despertó, sin duda, el cambio de ritmo, porque el tren se había parado, y, en lugar del duro traqueteo, se escuchaba una canción lejana, dulce, melodiosa, muy suave, como si las voces tuvieran miedo de romper el alba, que parecía de cristal. La cantaban las hermanas de estación, y el efecto era maravilloso. Aquellas hermanas hacía siglos que cantaban las mismas canciones, porque Alemania es la tierra de la música, de los productos farmacéuticos y de los soldados conscientes. Fue la canción como mensaje de un mundo ideal, que murmuraran en nuestros oídos sonámbulos seres de otros mundos. En el primer instante no sabíamos si era sueño o realidad, y ésta fue entrando en nuestras conciencias poco a poco, como de puntillas. Fue una realidad tímida y medrosica [sic] (33).

La música es el elemento que acompaña idílicamente la bienvenida y el agradecimiento por su apoyo militar que dan los alemanes a los españoles. Sobre todo en comparación con los franceses anteriormente conocidos, al narrador le sorprende e impresiona “el entusiasmo de aquella población alemana, que nos recibía con música y obsequios. La hostilidad francesa se había traducido en una admiración sin límites y una alegría delirante” (34). La consideración de Alemania como la tierra de la música indica la valoración de la tradición musical germana.

Dicha bienvenida tan calurosa tiene el efecto de una embriaguez agradable para los españoles, cuyo efecto es animarles:

... en la estación quedaron, agitándose, los blancos pañuelos, durante largo espacio. Nosotros contestábamos con la boina roja, los que la conservábamos, que muchos la habían perdido en la pelea, por ser una de las presas más codiciadas. Salimos como atontados, saturados nuestros ojos de miradas azules y dulzonas, envueltos en un nimbo de cabellos rubios y sonrisas prometedoras. En nuestros oídos quedaba la resonancia de mil sonidos guturales, ... (35).

Al igual que otros compañeros suyos, el narrador recoge aquí las diferencias físicas e idiomáticas entre alemanes y españoles resaltando los ojos azules y el pelo rubio de los germanos. Según las exclamaciones de uno de los soldados españoles, las mujeres les parecen guapas (35). En cambio, el idioma germano es descrito como muy poco vocálico, de sonidos extraños. Poco después, el narrador admite que apenas lo conoce y que necesita las traducciones de uno de sus compañeros (40).

El paisaje alemán es otro elemento que alaba Luis:

El tren se dirigía resuelto hacia una gran mancha oscura, como un mar de tinta. Era la Selva Negra. Había amanecido un sol espléndido, lo que hacía más impresionante aún el

gran macizo montañoso, que amenazaba tragarnos, según iba el tren de decidido e incauto hacia él. Dejamos atrás los campos de cultivo, a los que sucedieron los prados, verdes, extensísimos, con la hierba tan alta, tan exuberante, tan fresca, que me dieron envidia las vacas. Casi sin apercibirnos, nos vimos de pronto en lo hondo de la Selva. La luz se llenó de color y el aire de perfumes. ¡Era todo tan vivo, tan intenso, tan intrincado! Yo me puse de nuevo a soñar (36-37).

El narrador establece la oposición entre el paisaje verde alemán y el blanco y frío de Rusia. Lo vivo del ambiente también contrasta con la temática de la muerte, a la que los soldados se ven confrontados diariamente, una vez en el frente. El paisaje alemán impresiona a Luis, que puede observar el origen de los auténticos árboles de Navidad (37). La impresión es tanta que, en medio del bosque, recurre a su capacidad imaginativa y se inventa cuentos de hadas (37-38).

También elogia al paisaje alemán durante un paseo por los alrededores de Grafenwöhr. Junto a sus compatriotas, se encuentra con un pueblo pequeño cuyas casas le recuerdan a un paisaje puro e infantil:

Era un pueblecillo pequeño, muy lindo, muy limpio, con las calles asfaltadas y las casas muy nuevas y muy bonitas. Todas ellas eran pequeñas, de dos pisos a lo sumo, y desde lejos, desde el camino rubio de los trigos que conducía al Campamento, parecían todas de juguete (47).

Mientras las situaciones anteriores se centran en algunos aspectos ajenos a lo militar, el narrador a continuación da cuenta de la amabilidad de otros alemanes con los que los divisionarios entran en contacto en Grafenwöhr. En el siguiente episodio, el narrador relata los primeros encuentros hispano-alemanes en una cervecería. Entre los objetivos de los jóvenes españoles está el hecho de conocer chicas alemanas:

En nuestra primera visita encontramos una cervecería donde algunos alemanes, todos gruesos y de grandes bigotes, de rostros muy colorados, jugaban a las cartas y bebían cerveza. Nosotros bebimos también toda la que tuvimos gana, y como pronto pudo ver el tabernero que éramos españoles, no nos la cobró. Repetimos la escapada cuantas veces nos fue posible. Al principio, las muchachas del pueblo huían llenas de pánico. No sé qué cuentos les habrían dicho de los españoles. En cierto modo tiene su encanto esto de inspirar pánico o terror. Pero al tercer día ya perdieron su miedo y empezamos a hacer amistades. Pronto nos invitaron a merendar en sus casas y a bailar. Vicente se entendía bastante bien en alemán y todos le hacíamos traducir nuestros piropos. Aquello resultaba más interesante de lo que en mis sueños de poeta trasnochado hubiera podido imaginar. [...] Las alemanitas eran muy divertidas y sus papás muy condescendientes. Yo era por entonces un muchacho fuerte y de buena presencia (ahora, con mis pies cortados, no me da reparo decirlo) y tenía bastante partido entre las chicas (47-48).

En un primer momento resalta en esta descripción que el físico de los hombres que frecuentan la cervecería bávara es el prototipo del alemán proviniendo del sur. Del todo en la línea de otras crónicas, los primeros acercamientos germano-españoles se efectúan a través de la bebida. En un segundo momento y a diferencia de otros relatos, estos

españoles buscan la compañía de mujeres y no se relacionan todavía demasiado con los nazis. Pasando su tiempo libre en dicha cervecería, los divisionarios profundizan así, durante su estancia en Grafenwöhr, en las relaciones con las chicas alemanas. Es curiosa la forma de autocalificarse, “poeta trasnochado”, así el narrador parece distanciarse del entorno descrito y saber que lo aprecia de una manera ideal. Es poeta que aprecia el momento en que vive, marcado por la escasez.

El ambiente de estos encuentros es bastante animado. Debido a los escasos conocimientos de los idiomas correspondientes –los españoles apenas hablan alemán y las chicas no saben casi nada de español– la comunicación está limitada y se adivinan ciertos malentendidos. Un ejemplo de ello es el siguiente comentario del narrador, cuando caracteriza a su posible álter ego Luis: “Así, en una ocasión, por pedirle a su «novia» un «beso» le pidió una «vaca»⁵⁷ (50). Al igual que en el relato de Errando, dichas descripciones de tono inocente tienen como efecto el olvido de la terrible realidad bélica.

La historia de *¡Guerra!...* que más elementos germanófilos presenta es la relación entre Luis y Hilde que se establece en estos momentos. Dicha relación y sus recuerdos acompañan al protagonista a partir de entonces hasta el final de su crónica. Los efectos que provoca el amor por Hilde en Luis, le sirven de acicate para afrontar los difíciles momentos que vivirá en la guerra.

Hilde, que sabe un poco de español, es capaz de mantener simples conversaciones con el protagonista. Éste apunta por tanto:

Averigüé que [ella] sabía conjugar el presente del verbo amar y sabía decir «yo» y «tu» con bastante claridad. [...] Seguimos hablando. ¡Cómo nos reíamos con su poco español y mi menos alemán! Ella me explicó: acababa de llegar de Núremberg, donde vivía habitualmente. Pasaría en el pueblo lo que quedaba del verano, para regresar en septiembre a la capital, otra vez al Colegio. En el Colegio, entre otras cosas, estudiaba el español; pero de ahora en adelante pondría mucho mayor interés en aprenderlo (52).

Por lo demás, el cronista y sus compañeros se centran en comentar el físico de las chicas. Según Pablos, Hilde destaca por ser la más bonita del grupo (53-54). Sus ojos son “como esos que describen los novelistas y que llaman zarcos, es decir, azules, grandes, rasgados, ocultos por largas pestañas” (54). Sigue en la línea de asociar la belleza al arte y, en concreto, a la literatura. Además se caracteriza por ser alta y corresponder de esta manera a la altura del protagonista. Al cabo de unas descripciones acerca de su rostro y cabello (54), el narrador concluye: “En Alemania es fácil encontrar

⁵⁷ La palabra ‘beso’ en alemán es *Kuss* y ‘vaca’ es *Kuh*.

unos ojos bonitos, una boca atractiva, una cara interesante, pero una piernas bien hechas... ¡Qué difícil es!” (54). Sin embargo, y para su satisfacción, las de Hilde cumplen con sus expectativas (55).

El carácter romántico de estos encuentros se embellece con el paisaje. Sirva de ejemplo la descripción del bosque en los alrededores del campamento:

Cuando nos cansábamos de andar nos sentábamos sobre las hojas amarillas y húmedas, en capas superpuestas de muchos otoños, que formaban una gruesa alfombra, mullida y acogedora. Aquel otoño también caerían las hojas de los árboles y formarían una nueva capa, que serviría para proteger aquella sobre la que Hilde descansaba. [...] Encima de nosotros, las copas de los árboles formaban una gran cúpula verde, y dentro quedaba todo el espacio a manera de bóveda, donde nuestras voces tenían la resonancia de muchos ecos, que se alejaban lentamente, hasta morir del todo (56).

La última mención a la muerte se puede considerar como una anticipación de la muerte del protagonista. La relación de Luis y Hilde conoce un final bastante rápido, ya que los soldados se marchan a Rusia. Sin embargo, el protagonista guarda todos los recuerdos de los momentos compartidos con ella y los evoca con frecuencia (61).

En esos difíciles momentos en que el protagonista vive un profundo desánimo, debido a la dura situación bélica, una carta de Hilde es el objeto que lo anima. Leyéndola, Luis se siente de inmediato mejor:

Hilde me escribía desde Núremberg y en un español un tanto incorrecto, pero bastante inteligible. Según me decía, había estudiado con ahínco el español sólo para poder escribirme. Era una carta larga, llena de ternura y de lindos recuerdos. Ahora había cumplido dieciocho años y tenía que abandonar el colegio para incorporarse al servicio que en Alemania tiene que realizar toda mujer. Se había alistado como enfermera, y de un momento a otro la destinarían a un hospital. Me quería mucho y me enviaba como recuerdo una fotografía, en la que la vi con las trenzas cortadas, por lo cual parecía mucho mayor. [...] Hilde me produjo con su carta una emoción desconocida hasta entonces. Ella volvió a dar vida a mis sueños, que se iban muriendo con la fatiga del cuerpo y la cotidiana preocupación de mi espíritu, digna de los más bajos instintos animales: comer y descansar. Las noticias de Hilde dieron a mis pasos de caminante un ritmo nuevo y original (106).

El efecto positivo que causa esta carta en Luis se repite cuando, en otro fragmento de la novela poco después, contrapone la vida en el frente con su vida amorosa. Invadido por un notable espíritu antibélico idealiza su relación con Hilde ya que ésta pertenece a un mundo armónico y pacífico (115).

Pero el cronista apunta también los momentos de desánimo de los divisionarios quienes, en otro momento, se quejan por la falta del mismo equipamiento para todos, por la que culpan a los nazis:

¿Y por qué los alemanes van en camiones? Si no había más, que nos hubieran dejado en Grafenwöhr, o que hubieran venido ellos a pie, que al fin y al cabo son ellos los que

deben sufrir las consecuencias y no nosotros. [...] Esta guerra es de Alemania y le importa a Alemania, y nosotros aquí no hacemos más que los primos (120-121).

Esta opinión antigermana contrasta, sin embargo, con la afirmación de otro divisionario que destaca la necesidad de la guerra y la labor de un buen soldado:

Esta guerra no es de Alemania: es de Europa. Por eso, si Rusia ganara la guerra, a Europa y, por lo tanto, a España le iba a correr mal pelo. Y, por otra parte, nosotros escribimos aquí un trocito de historia que no es nada despreciable, además de adquirir una fuerza insospechada para poner las cosas en su lugar cuando volvamos, si volvemos (121).

De esta manera, el narrador restablece el equilibrio entre los pros y los contras de la guerra. Éste, por su parte, se suma al último argumento, buscando sobre todo el reconocimiento social de su tarea como soldado (122).

La segunda mitad de la presente novela se centra principalmente en pequeñas anécdotas de la vida cotidiana en el frente. A partir del momento en el que el protagonista se encuentra en el hospital, aumentan los elementos germanófilos.

Cuando Luis ya sufre notablemente los primeros síntomas de la congelación y, en consecuencia, la deformación de sus pies, otra carta de Hilde le produce una sensación agradable y alivia su dolor, al menos momentáneamente. Es la carta, ya anteriormente citada, en la que Hilde desea poder ejercer su labor de enfermera con un Luis herido. Éste anota:

Miré mis piernas, gordas, negruzcas ya, con inconfundibles síntomas de gangrena. ¿Qué podría hacer Hilde con sus manos tan blancas, tan pequeñas, en aquella carne muerta ya para siempre, que se me iría cayendo a pedazos, maloliente y podrida? [...] Me acometió un ataque de nervios y destrocé la carta de Hilde entre mis manos, arrojándola al fuego, donde me parecía que se quemaba la ilusión más grande de mi vida (187).

Pero a diferencia de la primera carta, ésta no hace que el protagonista se olvide de su estado desesperado. Aunque Luis la tira, acto del que enseguida se arrepiente, esta carta sigue siendo un signo agradable: poco después, el cronista reconoce que el recuerdo de su amorío con Hilde es su mayor ilusión.

Al final de sus memorias, Luis Pablos relata su estancia en el hospital militar en Schaulen donde le han trasladado. A pesar de aún saber muy poco alemán, se hace amigo de un grupo de soldados inválidos. Entre ellos se encuentra también un alemán. Por el cronista es llamado Felipe:

Hemos formado un grupo al que llaman la «colonia española», aunque en verdad es internacional... [ya que también está] Felipe, un alemán que sabe un poco español y lo está perfeccionando con mucho interés. Con él nos desternillamos de risa cuando nos cuenta alguna historia (201).

A excepción de su relación con Hilde es la única vez en esta obra que el protagonista entra en contacto directo con un alemán.

A partir de estos momentos Luis apunta más situaciones compartidas con los alemanes, en las que él como español –sólo hay dos compatriotas suyos más– destaca como exótico (198); hecho que se puede atribuir a su gran cultura. Cuando, por ejemplo, canta en español, en presencia de un cura protestante, todos le escuchan con gran atención (196-197). En general, las descripciones de su estancia en Schaulen se caracterizan por ser bastante amenas, teniendo en cuenta las circunstancias.

Mientras el narrador disfruta a menudo de cierta popularidad entre los alemanes, gozando de su admiración, el transcurso de sus días está marcado por la rígida organización germana en la que insiste en esta última parte:

El régimen de vida del hospital está sometido al método de exactitud que los alemanes tienen para todo. Las comidas se dan a una hora exacta. A horas exactas, también, nos ponen a todos el termómetro, y con la misma precisión, las hermanas nos ayudan a lavarnos la cara y las manos (201).

Dentro de esta exactitud, el cronista se siente cuidado en dicho hospital. Pero hacia el final de su crónica el estado de su salud empeora. Cada vez con más frecuencia sueña despierto, a veces hasta sufre alucinaciones. Las imágenes que evoca mentalmente son sus encuentros con Hilde a la que empieza a idealizar:

Tan sólo un recuerdo me atormentará dulcemente: El recuerdo de Hilde. A fuerza de recordarla he llegado a convertirla en un ideal, y estoy seguro de que soy otro ideal para ella. Pero me parece que este encanto se rompería si nos viéramos. [...] Hilde es ya para mí un ideal, un ideal imposible, como deben ser los ideales, un ideal impalpable, sutil, que vaga siempre por sobre todas las cosas de la tierra sin tocarlas, sin rozarlas siquiera, sin contaminarse de su grosería, un ideal que se rompería al menor contacto con la realidad (205).

Muy avergonzado y destrozado por su aspecto físico se aferra finalmente a la idea de haber perdido a su amante para siempre imaginándose que ésta, si le viera, no querría estar con él. Tras unas últimas fantasías según las que se reúne, después de la guerra, otra vez con Hilde, intenta levantarse, en un estado de exaltación, de la cama. Cayendo sobre los muñones de sus pies muere al instante. Este final trágico, este suicidio de un cronista desesperado, es interpretado en el epílogo por el autor Royo que interviene. La visión de la figura Hilde, que hasta entonces había sido la imagen de la felicidad anhelada, cambia, a ojos de Royo, con la muerte del protagonista. Royo opina que Luis Pablos no habría muerto si no se hubiera obsesionado con la idea de poder vivir algún día, en plena salud y felizmente, junto a ella:

[Luis h]abía hecho de Hilde un mito casi religioso. Había renunciado por completo a aquella muchacha que le enamoró en Grafenwöhr, pero se aferraba más y más a su recuerdo, como si temiese que se le escapara. Yo pretendí convencerle de que no era muy acertado su punto de vista, y le aseguraba que Hilde lo seguiría queriendo a pesar de su desgracia; pero él nunca estuvo de acuerdo conmigo. Decía que le horrorizaba nada más pensar que Hilde le pudiera ver en aquel estado, porque tenía la certeza de que su sentimiento había de ser muy otro de aquel que le inspiró en un principio (220).

No obstante, tales afirmaciones reflejan solamente la opinión del transcriptor de la obra.

En cuanto a los elementos filonazis, se perciben sobre todo en las situaciones militares y reflexiones de Luis acerca del sentido de la guerra. Como se ha visto, el protagonista no dispone de una personalidad constante: mientras su euforia primeriza al partir a la guerra es parecida a la de otros divisionarios, su carácter soñador le influye notablemente en la mayoría de las situaciones. Su refugio en un mundo imaginario, si no dificultan su adaptación a la guerra, están siempre opuestos a ésta. Poco después de salir de España, comenta, lo que para él es una ‘aventura bélica’, de la siguiente manera:

Sí, yo era un soldado de España en medio de la angustia europea. [...] Me alisté como si toda mi vida hubiera esperado ese momento, con la resolución de un predestinado, con la vehemencia que mi espíritu exaltado y nervioso podía poner en aquel trance de dar un paso decidido y firme, cuando la mayoría dudaba ante la aventura (29).

Sus motivos por participar en la guerra son, por tanto, los típicos de un divisionario azul: La guerra es, para él, a la vez, predestinación y obligación. Además, se siente importante, cumpliendo con una tarea imprescindible, ejerciendo la función de soldado. Pero no sólo se ve como un simple soldado sino como representante de su país, hecho que le llena de orgullo y sentimientos patrióticos:

Me encontré de pronto como revolucionado y distinto. En mi espíritu melancólico y disoluto, sin más que una inquietud indefinida por algo que yo llevaba dentro, pero que no sabía qué, comenzaba a abrirse ahora una brecha que daba sentido y significación concreta a mi aventura: España era fuerte y yo la representaba, y pisoteaba a Francia, engreída tres siglos gracias a su habilidad engañosa. Ahora estaba humillado su orgullo y vencida, y nosotros, los fuertes – de cuerpo y de espíritu –, la teníamos bajo los pies (31).

Como español se siente además superior a los franceses, sensación que le provoca un orgullo aún mayor. Aludiendo no sólo a la enemistad histórica entre España y Francia, realza además que actualmente hay más voluntarios españoles que franceses con lo que el apoyo a Alemania es mayor por parte de España.

La actitud pro-bélica del protagonista es mayor al principio de *¡Guerra!...*:

Yo nunca había pensado en estas cosas hasta aquel momento. Pero noté que, poco a poco, iba sintiendo admiración por la fuerza; sí, la amaba ya, me rendía ante su hermosura y ante su justicia, porque ella nos hacía capaces de saltar y correr, de matar y de morir, de amar, de vivir, de gozar; y la debilidad, su antítesis, era pobre y

blandengue, repugnante, y se servía maliciosamente del entendimiento, forzando la voluntad de los fuertes, cuya inocencia y buena fe hacía que sufrieran con paciencia su yugo, hasta que, hartos ya, le pegaban un puntapié soberano y tremendo (31).

Sus palabras son las de un ferviente falangista, apuntando sus argumentos belicistas de manera parecida a los nazis. Pero su crónica se diferencia de otras por su composición y estilo literario.

Al igual que otros divisionarios, el héroe de Royo también apunta sus momentos de identificación con el ejército nazi, aspirando siempre a cierta igualdad con éste: lleno de orgullo, se viste con el uniforme alemán (41), acto que recuerda una escena parecida de *Campaña de invierno* (Errando Vilar 1943: 15). En sus descripciones del campo militar, Pablos admira, una vez más, la organización rígida de los nazis y la pulcritud del lugar por la que éstos se preocupan especialmente:

Los Campamentos de Grafenwöhr estaban divididos en dos: el del Norte y el del Sur. Eran como grandes pueblos en los que no había sino cuarteles, cantinas y cines. La población era sólo de soldados. Los cuarteles estaban perfectamente acondicionados, con todos los detalles para el aseo, la higiene y el orden. La vida era intensísima de instrucción (Royo Masía 1944: 42).

En muy pocas ocasiones critica la exagerada disciplina de los alemanes, sin embargo se produce algún ejemplo de ese extremo aferramiento germano a la ordenanza (67).

La actitud antisemítica, propia de los nazis, no la asume totalmente el protagonista. Sin embargo, tiene una postura mucho más disimulada que en otras obras divisionarias, como por ejemplo en Gómez. La actitud antisemítica de este narrador se hace notar en sus menciones acerca de Quevedo y Villaespesa. Ambos autores, aunque hay que verles siempre en sus contextos histórico-políticos correspondientes, o demostraron una postura directamente antisemita (Quevedo⁵⁸) o trabaron amistades con antisemitas (Villaespesa). Aquello se verá en las citas a continuación. El protagonista de Royo, por su parte, muestra su actitud antisemítica en el ya mencionado episodio con su compañero Alejandro, en el barrio judío.

Luis recuerda a Villaespesa estando en compañía de Hilde, alabando la belleza de ésta⁵⁹. Esta mención de Villaespesa resulta interesante en el contexto de las referencias filonazis ya que el poeta, entre otros, era amigo de escritores pro-nazis como Ricardo León y Salvador González Anaya quienes le animaron a seguir con su trabajo

⁵⁸ Véase Redondo 1974: 703.

⁵⁹ “¡Cuánto hice el vate decimonónico, acariciándole sus manos blancas y olorosas como las manos ducales que cantó Villaespesa” (60).

literario (Domene 2003, s. p. y Villaespesa 1954: 15). El narrador de Royo, sin embargo, no alude con su cita a tal hecho sino que muestra su preocupación por la obra lírica de Villaespesa.

En el capítulo “Grodno”, que trata del paso de los divisionarios por Polonia, el cronista manifiesta su actitud antisemítica y el efecto que ya le ha provocado el adoctrinamiento nazi. Describiendo a los judíos de la región, comenta las órdenes de los alemanes:

Nos prohibieron hablar con aquellas gentes, que llevaban todos en el pecho y en la espalda, bordada o prendida, una estrella amarilla de cinco puntas. [...] Era, sin duda, por nuestro bien, ya que los judíos eran gentes peligrosas, que más de una vez habían asesinado a los soldados alemanes en sus camas o cuando los cogían solos de noche, en un lugar apartado (67).

Poco después de anotar lo anterior, los soldados tienen permiso para salir y se van al baile. Pero entre la muchedumbre Luis pierde a sus compañeros y se encuentra, de repente, a solas con el divisionario Alejandro. Cerca del barrio judío empieza a conversar con él. Como ambos ya han bebido en exceso, expresan abiertamente su odio hacia los judíos. Finalmente Luis propone:

Sí, es el barrio judío. ¿Por qué no le prendemos fuego? – Eso es, eso es. ¿Tienes cerillas? – Yo, no. – Ni yo tampoco. Pero, escúchame, Pablos, es una lástima. ¿Oyes? Porque se lo merecen. Se dice que ellos tienen la culpa de todo lo que pasa y de la guerra, y a mí me da pena de todas las casas destruidas y tantos niños muertos (77).

A partir de ahí, Luis y Alejandro empiezan a gritar, ante una de las casas, pidiendo fuego para fumar. En vez de dárselo, los judíos, asustados por la hora tardía de la noche y el estado de los dos soldados, les hacen entrar en su casa. Cuando se dan cuenta de que son españoles, pierden el miedo y les llevan a su cuartel. Durante su narración, Luis expresa su actitud antisemítica. Según él, los judíos de esta zona cumplen con los estereotipos físicos de los semitas en general e infunden miedo:

Pero era el farol del judío que bajaba, temeroso, a abrirnos. A la luz del farol me pareció que tenía la nariz de pico de águila, como es fama en los judíos, y los ojos de lechuza o mochuelo o cualquiera otra ave nocturna (78).

Esta cita recuerda además a Quevedo cuyo protagonista Pablos comenta acerca de los judíos: “... hay muy grande cosecha desta gente [los moriscos] y de la que tiene sobradas narices y sólo les faltan para oler tocino” (Quevedo 1970: 34).

El día siguiente, Luis y Alejandro son castigados por el jefe de su división por su aventura nocturna. Después, el protagonista opina que solamente está vivo porque los

judíos no son hispanóforos ya que la predisposición de ellos por asesinar está comprobada:

Pero no me habían protegido a mí, a Luis Pablos, porque a Luis Pablos no lo conocían. Habían protegido al soldado español, porque el soldado español inspira simpatía aun a sus mismos enemigos. A un alemán, en las mismas circunstancias, lo habrían matado; o a un francés, o italiano, o húngaro; pero a mí me respetan por ser español (89).

A pesar de lo ocurrido se mantiene la actitud antisemítica del protagonista. Su única conclusión, como lección del incidente, es la de procurar ser, de ahora en adelante, un soldado más consciente de sus actos (90).

Además de esta situación, hay otro elemento antisemita en *¡Guerra!...*, aunque menos explícito que el episodio anterior: si *El Buscón* puede considerarse un modelo para Royo para escribir su novela, tal vez se puede suponer que el autor compartió el antisemitismo de Quevedo.

6. Conclusiones

Una vez acabada la labor de la División Azul, aún no termina la colaboración hispano-alemana en Rusia ya que la primera es sustituida por otra unidad, la llamada Legión Azul. A pesar de que esta última se retira a finales de febrero de 1944, sigue habiendo voluntarios españoles que apoyan la causa nazi hasta el final de la guerra (Salas 1989: 266 – 267).

En lo literario destaca que los escritos sobre las experiencias de los divisionarios azules no disminuyen, una vez acabada la Segunda Guerra Mundial. Se siguen escribiendo y publicando obras, no sólo obras narrativas de carácter autobiográfico de los mismos divisionarios, sino también libros de carácter documental sobre la División Azul, hasta al menos 2004, como apunta Núñez Seixas (2005: 90).

En cuanto a las crónicas aquí estudiadas todas se escriben desde una perspectiva muy determinada: la época bélica que se vive, muy marcada por los lemas nacional-socialistas y por los ideales falangistas. En consecuencia, no sólo hay que tener en cuenta la influencia de la propaganda nazi sino también la presión y censura franquista a las que dichos autores se ven expuestos, a partir del momento que quieren publicar sus crónicas. Como prueba de ello se puede considerar, por un lado, el fomento de estereotipos muy concretos sobre los alemanes en casi todas las obras, a excepción de *Revuelta*, debido al tamaño de su ensayo. Dichos estereotipos existen, además, también en el otro sentido, sobre el español “amable y divertido” (Núñez Seixas 2005: 105). Por otro lado, también resalta que muchos de estos relatos autobiográficos no se

caracterizan por su parcialidad histórica e ideológica, lo que les conduce a mitificar la guerra.

La mayor diferencia entre los mismos escritores divisionarios reside en el grado de germanofilia y filonazismo que expresan en sus obras. Así, la germanofilia se manifiesta menos intensamente en Crespo, debido a los propósitos que el mismo escritor tiene y a los que se mantiene fiel. Su protagonista no destaca por mostrarse demasiado germanófilo. Las pocas referencias al mundo alemán en general y al ámbito nazi en concreto no son afirmaciones del propio narrador sino, con mayor frecuencia, recapitulaciones de las conversaciones entre los militares españoles. Otras obras de mayor carácter filonazi son las de Errando Vilar y de Gómez Tello. Por el contrario *De las memorias de un combatiente sentimental* es una novela de rasgos levemente germanófilos y apenas puede considerarse pro-nazi.

Campaña de invierno, en cambio, consta de un gran número de elementos favorables, tanto respecto a los alemanes en general como a los nazis en particular. El héroe narrativo de Errando Vilar manifiesta claramente, a través de sus comentarios, opiniones y amistades establecidas durante la contienda, su germanofilia que en algunos momentos se convierte en filonazismo. Como médico, vive la guerra de manera más intensa que los protagonistas de otros autores divisionarios, sobre todo los de Gómez Tello y de Royo Masía. Sin embargo, también se puede suponer, por el trato agradable que recibe, que en cierta manera se ve obligado a alabar la acogida germana.

El narrador de Errando, además de elogiar el paisaje de Alemania, especialmente de Baviera, acostumbra a poner un notable énfasis, a veces hasta euforia, en las descripciones de situaciones compartidas con algunos de los nazis: ejemplos de ello son los relatos de los encuentros hispano-alemanes, sus conversaciones y sus costumbres festivas. El protagonista llega al frente bélico ya con una actitud germanófila muy marcada que aumenta cuando Hermann Brunner le comunica su gran hispanofilia. A medida que avanza la narración hace posible que ambos compartan muchas más cosas y así esa actitud favorable hacia los españoles por parte de los alemanes provoca que el protagonista se sienta reafirmado en sus ideas germanófilas.

Aunque las descripciones sobre el mundo germano de *Campaña de invierno* parecen a veces a primera vista neutras, domina en ellas a menudo un tono claramente germanófilo. A pesar de algún elemento filonazi como el que se encuentra en la recapitulación del acto del juramento, esta novela posee más características

germanófilas que pro-nazis ya que en comparación con otras novelas analizadas en este trabajo hay cierta escasez de típicas exclamaciones patrióticas o pro-hitlerianas.

En el protagonista de *Canción de invierno en el Este*. ... se refleja, en cambio, una actitud más filonazi que en el de la novela anterior. Mientras esta actitud, en la primera parte, se exterioriza más bien a través de elementos germanófilos, a medida que va avanzando la guerra y sobre todo respecto a las experiencias del narrador en el frente, su postura filonazi se va manifestando. En un primer momento resaltan los paralelismos que establece entre España y Alemania. Otros elementos pro-nazis se hallan en los encuentros directos entre el protagonista y los alemanes. Es entonces cuando el narrador hace referencia a algunas características alemanas que ha podido observar: son, por un lado, la amabilidad de los soldados, a menudo sonrientes, así como sus comentarios amicales hacia los españoles. Por otro lado aparecen las características que admiran los españoles especialmente en los militares alemanes: aparte de las estereotipadas ya mencionadas, el protagonista se centra sobre todo en la imperturbabilidad de los nazis ante situaciones imprevistas o peligrosas. Finalmente destacan las ideas antisemitas del protagonista que dedica un capítulo entero a la comunidad judía. Su antisemitismo es bastante más notable que el del narrador de Errando Vilar.

Sin embargo, también hay que mencionar que el protagonista de Gómez Tello entra menos en contacto directo con los nazis que otros autores divisionarios. Destaca que, al igual que el mismo protagonista, la mayoría de sus conocidos alemanes quedan en el anonimato.

Los elementos germanófilos de *Con la División Azul en Rusia*, de Martínez Esparza, se centran en la primera parte de la crónica, cuando los divisionarios aún viajan por Alemania. Una vez en el frente, desaparecen dichos elementos. Este cronista difiere de los demás por tener más conocimiento militar y por haber tratado ya, anteriormente a la guerra, con alemanes. Dichas experiencias hacen que su criterio, a la hora de juzgar, por ejemplo, el equipamiento de los nazis, sea más fundamentado.

El Novgorod de Revuelta se caracteriza más por su ambiente filonazi que por sus elementos germanófilos. A pesar de las expectativas del lector, dado el título de este ensayo, la obra de Remarque no es la base del trabajo literario de Revuelta. El título sirve más bien a su autor de motivo para criticar el espíritu pacífico de sus contemporáneos en general y para apelar al honor del soldado. Es una obra de notable carácter fascista y en la línea pro-nazi.

El narrador de Royo finalmente es quien más culto y leído se muestra con diferencia. Cada capítulo consta al menos de una referencia literaria y el protagonista ha incorporado muchas más citas literarias en su relato que los otros divisionarios. Es de suponer que, en los tiempos anteriores a la guerra, ha sido un excelente estudiante, ya que incorpora muchos términos y nociones literarios en su narración. A ratos, *¡Guerra!* ... se lee como un viaje por la historia y literatura españolas, empezando por el Siglo de Oro hasta nuestros días. Tiene cierto sello lejanamente renacentista, y además el protagonista realiza numerosas referencias a épocas literarias y movimientos sin profundizar de manera excesiva en ello. A menudo sólo menciona nombres de autores, personajes de obras o sus títulos sin analizarlos más; hecho que hace suponer que también busca a un público más culto que otros autores. Estas referencias contribuyen a que el estilo de dicha novela sea bastante más elevado que el de las demás crónicas. La exhibición de cierta erudición, por sí misma, no consigue que una obra sea más elevada literariamente que otra, pero en este caso la poca calidad del resto de las obras junto a determinados aciertos de Royo en su obra, sí consigue estar por encima del resto de autores divisionarios.

El carácter intelectual del protagonista se enfrenta a la cruda realidad de la guerra. Sin embargo, los cambios de estado de ánimo sobre todo a partir del momento en que padece la congelación de sus pies, no le hacen adquirir una actitud antibélica. Es más, a pesar de su carácter soñador y romántico, que podría considerarse opuesto a la personalidad de un militar, pretende ser un buen soldado que también quiere conseguir cierta reputación en su labor.

Ya que en la obra prevalece la historia amorosa entre Luis y Hilde y este último personaje es, en sí mismo un elemento germanófilo, es una obra mucho más marcada por su germanofilia que por su filonazismo. Hilde es el centro y el anhelo de Luis. Los recuerdos y momentos compartidos con ella vuelven continuamente, son el ideal soñado. Las demás afirmaciones germanófilas se refieren a las descripciones paisajísticas y algunas costumbres germanas así como a los encuentros con los soldados alemanes que el narrador conoce durante su estancia en el hospital de Schaulen.

En cambio, su actitud filonazi se reduce a unos pocos comentarios antisemíticos. La anécdota en la que más se refleja su antisemitismo es el episodio nocturno en el barrio judío.

En todas las crónicas estudiadas destaca su identificación con los principios nazis; hecho que repercute sobre todo en actos como el juramento de la doctrina nazi,

que muchos autores relatan, pero también en momentos de intensa convivencia con los alemanes. El lenguaje utilizado por dichos escritores deja entrever, además, que la mayoría de los voluntarios aspira a una igualdad en lo militar con el ejército nazi.

Por último, aunque también hay un número considerable de escritores que se distancian de la línea nazi después de 1945 y, en consecuencia, de sus obras germanófilas y filonazis anteriores, un distanciamiento parecido no se ha podido comprobar en los seis autores aquí presentados y sus trabajos literarios posteriormente publicados.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias

- CRESPO, ALBERTO. *De las memorias de un combatiente sentimental*. Madrid: Haz, 1945.
- ERRANDO VILAR, ENRIQUE. *Campaña de invierno*. Madrid: José García Perona, 1943.
- GÓMEZ TELLO, JOSÉ LUIS. *Canción de invierno en el Este. Crónicas de la División Azul*. Barcelona: Luis de Caralt, 1945.
- MARTÍNEZ ESPARZA, JOSÉ. *Con la División Azul en Rusia*. Madrid: Ejército, 1943.
- REVUELTA, JESÚS. “De cómo Erich Marie Remarque no estuvo en la División Azul”. *Haz* (febrero 1943): sin página.
- ROYO MASÍA, RODRIGO. *¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos*. Madrid: sin editorial, 1944.

Fuentes secundarias

- ABELLÁN, MANUEL L. “Censura y práctica censoria”. *Sistema* 22 (1978): 29-52.
- BAROJA, PÍO. *Obras completas*. Vol. I, Madrid: Biblioteca Nueva, 1978.
- BAROJA, PÍO. *Obras completas*. Vol. II, Madrid: Biblioteca Nueva, 1947.
- BAROJA, PÍO. *Obras completas*. Vol. V, Madrid: Biblioteca Nueva, 1976.
- BAROJA, PÍO. *Obras completas*. Vol. VII, Madrid: Biblioteca Nueva, 1949.
- BAROJA, PÍO. *Comunistas, judíos y demás ralea*. Valladolid: Cumbre, 1939.
- BENÍTEZ DE CASTRO, CECILIO. *Se ha ocupado el kilómetro seis.(Contestación a Remarque)*. Palma de Mallorca/Barcelona: Maucci, 1940.
- BERMAN, RUSSEL A. „Raíces y plasmaciones de la literatura fascista“. *Historia de la Literatura, Volumen sexto, El mundo moderno. De 1914 a nuestros días*. Selec. Erika Wischer. Madrid: Akal, 2004. 102-126.
- BERCHEM, THEODOR. “España y Alemania: esbozo de sus relaciones culturales a través de los siglos (1).” *Índice Cultural Español* 9 (1982): 7-23.
- BERNAL MARTÍNEZ, ISABEL. “Libros, bibliotecas y propaganda nazi en el primer franquismo: las exposiciones del libro alemán.” *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea* 7 (2007): 1-31.
- BERNECKER, WALTHER. “Luis Araquistáin y la crisis de la República de Weimar.” *Las influencias de las culturas académicas alemana y española desde 1898 hasta 1936*.

- Eds. Jaime de Salas y Dietrich Briesemeister. Frankfurt/Madrid: Vervuert/Iberoamericana, 2000. 111-127.
- BERTRAND DE MUÑOZ, MARYSE. *La guerra civil española en la novela. Bibliografía comentada, Tomo I*. Madrid: José Porrúa Turanzas, 1982.
- BERTRAND DE MUÑOZ, MARYSE. "Bibliografía de la creación literaria sobre la guerra civil española." *Anales de la literatura española contemporánea*. Vol. 11-3 (1986): 357-411.
- BEUTIN, WOLFGANG ET AL. *Deutsche Literaturgeschichte*. Stuttgart/Weimar: Metzler, 2008.
- BRUYNE, JACQUES DE. "Pío Baroja und die Deutschen." *Revue belge de Philologie et d'Histoire*, 48 (1970): 803-819.
- CAMBA, JULIO. *Alemania. Impresiones de un español*. Madrid: Espasa-Calpe, 1968.
- CRUZ, JUAN. "Reportaje. Entre hermanos – Los Mariscal. La familia Errando." *El país* 16.08.2009.
- DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA*. Madrid: Real Academia Española, 2006.
- DOMENE, PEDRO M. "Francisco Villaespesa. Biografía." 2012. <http://www.andalucia.cc/almenara/103-11.htm>.
- EGEA BRUNO, PEDRO MARÍA. "«Cartagena Nueva» o la Falange que no pudo ser: Un modelo de prensa fascista de posguerra." *Anales de Historia Contemporánea* 12 (1996): 491-506.
- ELLWOOD, SHEELAGH. *Historia de la Falange Española*. Barcelona: Crítica, 2001.
- GALLEGO, FERRÁN / MORENTE, FRANCISCO (eds.). *Fascismo en España*. Mataró: Intervención Cultural/El Viejo Topo, 2005.
- GARCÍA-ABAD GARCÍA, MARÍA TERESA. "El cine y la risa en el teatro de Jardiel Poncela." *Rilce* (17.2.2001): 169-177.
- GIMÉNEZ, ALICIA. *Torrente Ballester*. Barcelona: Barcanova, 1981.
- GIMÉNEZ ARNAU, JOSÉ ANTONIO. *Línea Siegfried*. Barcelona: Destino, 1981.
- GRACIA GARCÍA, JORDÍ Y DOMINGO RÓDENAS DE MOYA. *El ensayo español del siglo XX*. Barcelona: Crítica, 2008.
- INGLIS, IAN. *Popular music and television in Britain*. Farnham, Surrey: MPG Books Group, 2010.
- JONES, MICHAEL. *La retirada. La primera derrota de Hitler*. Barcelona: Crítica, 2010.

- LEÓN, RICARDO. *Cristo en los infiernos*. Madrid: Victoriano Suárez, 1941.
- LÓPEZ GARCÍA-BERDOY, GUSTAVO. *El Eco de Alemania en las Memorias de Pío Baroja*. Sevilla: Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1975.
- LOWENS, VERENA. *Der Rattenfänger von Hameln*. Munich: Grin, 2001.
- MARTÍNEZ CACHERO, JOSÉ MARÍA. *Historia de la novela española entre 1936 y fin de siglo*. Madrid: Castalia, 1997.
- MAY, T. E. "Good and Evil in the «Buscón». A Survey." *The Modern Language Review* 45, 3 (julio 1950): 319-335.
- MOSCHEK, WOLFGANG. „Der Westwall zwischen Aachen und Freiburg. Hitlers Limes.“ *Der Limes* 1, 4, (2010): 28-31.
- MUÑOZ OLIVARES, CARMEN. "Vida y obra de Rafael López de Haro y Moya, vol. I y II". Tesis doctoral, Tarragona: Universidad de Barcelona, mayo 1990.
- NEGREIRA, JUAN. *Voluntarios baleares en la División Azul y Legión Azul 1941-1944*. Palma de Mallorca: Miramar, 1991.
- NEUSCHÄFER, HANS-JÖRG (ed.). *Spanische Literaturgeschichte*. Stuttgart/Weimar: Metzler, 1997.
- NÚÑEZ DÍAZ-BALART, MIRTA. "El ojo de la aguja. El carnet de periodista, el último filtro de la depuración profesional en la inmediata posguerra." *Historia y Comunicación Social* 2 (1997): 205-210.
- NÚÑEZ SEIXAS, XOSÉ MANOEL. "Los vencedores vencidos: la peculiar memoria de la División Azul, 1945-2005." *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea* 4 (2005): 83-113.
- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ. *El tema de nuestro tiempo*. Madrid: Espasa-Calpe, 1987.
- ORRINGER, NELSON R. "En Nietzsche de Baroja: filósofo-poeta modernista." *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía* 25 (2008): 137-150.
- ORTIZ DE URBINA, PALOMA. "La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias: la imagen de Alemania en España a partir de 1914." *Revista de Filología Alemana* 13 (2007): 193-206.
- PACO, MARIANO DE. "El grupo «Arte Nuevo» y el teatro español de postguerra." *Estudios Románicos* (1987): 1065-1078.
- PARDO BAZÁN, EMILIA. *Obras completas. Novelas y cuentos*. Tomo 1. Madrid: Aguilar, 1964.
- PEDRAZA JIMÉNEZ, FELIPE B. Y MILAGROS RODRÍGUEZ CÁCERES. *Manual de literatura española XIII. Posguerra: narradores*. Estella, Navarra: Cénlit, 2000.

- PROCTOR, RAYMOND. *Agonía de un neutral. (Las relaciones hispanoalemanas durante la segunda guerra mundial y la División Azul)*. Madrid: Nacional, 1972.
- PUERTA, XABI. *El sol apagado: ceremonia y sacrificio de Guillermo Tell*. Murcia: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 2003.
- QUEVEDO, FRANCISCO DE. *Historia de la vida del Buscón*. Madrid: Espasa Calpe, 1970.
- REDONDO, AGUSTÍN. “Del personaje de don Diego Coronel a una nueva interpretación de «El buscón».” *Actas del quinto congreso internacional de Hispanistas*. (1974): 699-711.
- REHRMANN, ROBERT. “Los sefardíes como ‘anexo’ de la hispanidad. Ernesto Giménez Caballero y «La Gaceta Literaria».” *Vencer no es convencer. Literatura e ideología del fascismo español*. Ed. Mechthild Albert. Madrid: Iberoamericana, 1998. 51-74.
- REVERTE, JORGE M. *La división azul. Rusia 1941-1944*. Barcelona: RBA Libros, 2011.
- RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, JOSÉ LUIS. *Historia de Falange Española de las JONS*. Madrid: Alianza, 2000.
- RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, JOSÉ LUIS. *Los esclavos españoles de Hitler – La historia de los miles de españoles enviados a trabajar a la Alemania nazi*. Barcelona: Planeta, 2002.
- RODRÍGUEZ RICHART, JOSÉ. “Literatura española de tema alemán (siglo XX).” *Centro Virtual Cervantes AIH*, actas XI (1986): 351-361.
- RODRÍGUEZ-PUÉRTOLAS, JULIO. *Literatura fascista española*. Vol. 1 y 2, Madrid: Akal, 1986/1987.
- ROYO MASÍA, RODRIGO. *El Sol y la Nieve*. Madrid: Talleres Gráficos CIES, 1957.
- SALA ROSE, ROSA. *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo*. Barcelona: Acantilado, 2003.
- SALAS, RAMÓN. “La División Azul.” *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Historia Contemporánea* 2 (1989): 241-169.
- SÁNCHEZ-BLANCO, FRANCISCO. „España, inspiración para conservadores alemanes; Alemania, admiración de progresistas españoles. Carl Schmitt: un ejemplo de malentendidos de fondo.” *Las influencias de las culturas académicas alemana y española desde 1898 hasta 1936*. Eds. Jaime de Salas y Dietrich Briesemeister. Frankfurt/Madrid: Vervuert/Iberoamericana, 2000, 91-110.

- SÁNCHEZ-ÓSTIZ, MIGUEL. *Derrotero de Pío Baroja*. Irún: Alga, 2000.
- SAÑA, HELENO. *El franquismo sin mitos. Conversaciones con Serrano Súñer*. Barcelona: Grijalbo, 1981.
- SANZ VILLANUEVA, SANTOS. *Historia de la literatura española 6/2. Literatura actual*. Barcelona: Ariel, 1991 y 2008.
- SCHELER, MAX. *Ética: nuevo ensayo de fundamentación de un personalismo ético*. Madrid: Caparrós, 2001.
- SCHMOLLING, REGINE. *Literatur der Sieger. Der spanische Bürgerkriegsroman im gesellschaftlichen Kontext des frühen Franquismus*. Frankfurt am Main: Vervuert, 1990.
- SECO, MANUEL. *Diccionario del español actual*. Madrid: Espasa Calpe, 1999.
- SOBEJANO, GONZALO. *Novela española de nuestro tiempo (en busca del pueblo perdido)*. Madrid: El Soto/Prensa española, 1975.
- SOLDEVILA DURANTE, IGNACIO. *La novela desde 1936*. Madrid: Alhambra, 1982.
- STERNHELL, ZEEV / SZNAJDER, MARIO / ASHERI, MAIA. *El nacimiento de la ideología fascista*. Madrid: Siglo XXI, 1994.
- TRAPIELLO, ANDRÉS. *Las armas y las letras: literatura y guerra civil (1936-1939)*. Barcelona: Planeta, 2010.
- URRUTIA, JORGE. “Vecinos de la pólvora y la muerte. La literatura del fascismo español.” *Centro Virtual Cervantes AISPI*, actas XXII (2004): 19-37.
- VILLAESPESA MARTÍN, FRANCISCO. *Poesías Completas*. Madrid: Aguilar, 1954.
- VADEANU, ANA. “La obra de Cela al desnudo.” *El Extramundi y los papeles de Iria Flavia*. 5-17 (primavera de 1999): 62-92.
- WERZ, NIKOLAUS. „El diagnóstico del tiempo en Curtius, Jaspers y Ortega.” *Las influencias de las culturas académicas alemana y española desde 1898 hasta 1936*. Eds. Jaime de Salas y Dietrich Briesemeister. Frankfurt/Madrid: Vervuert/Iberoamericana, 2000. 75-90.